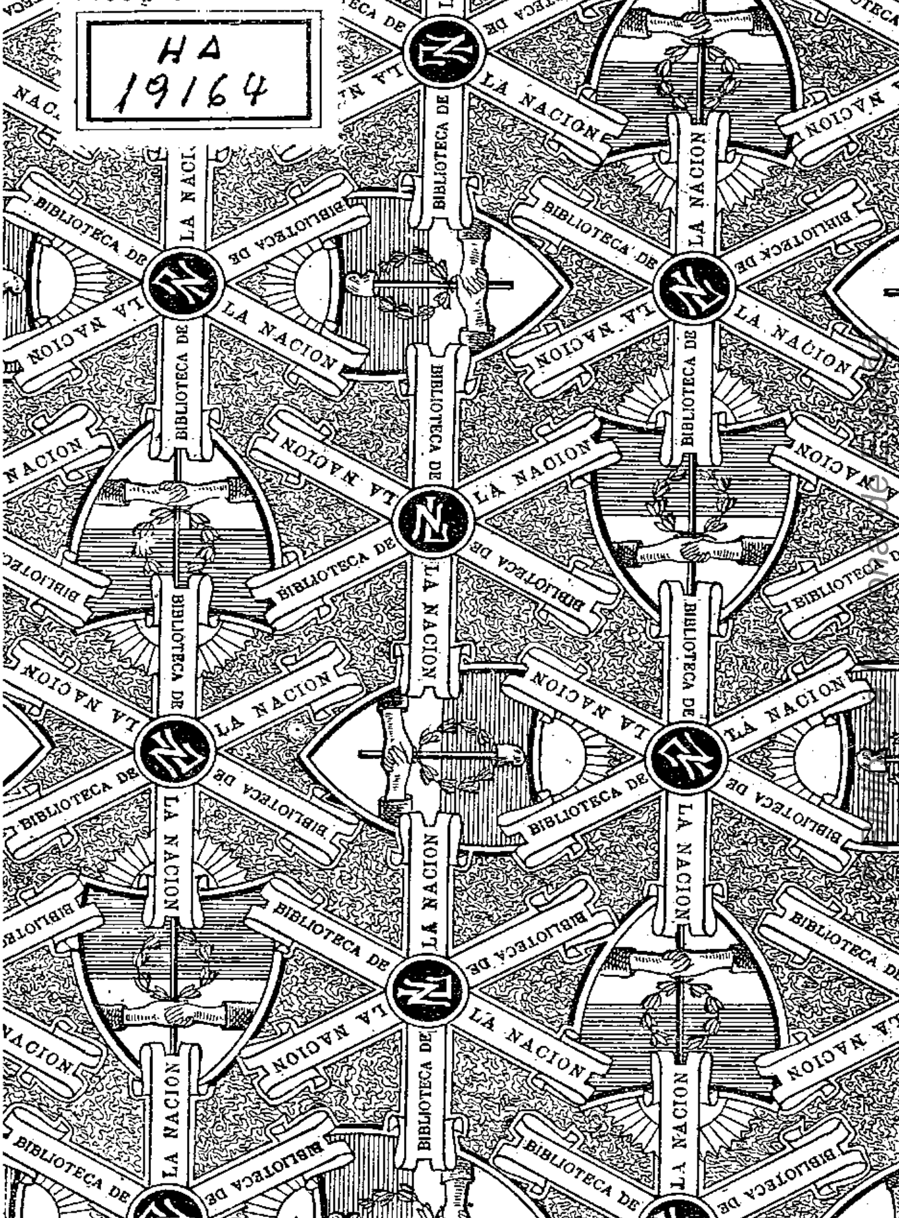
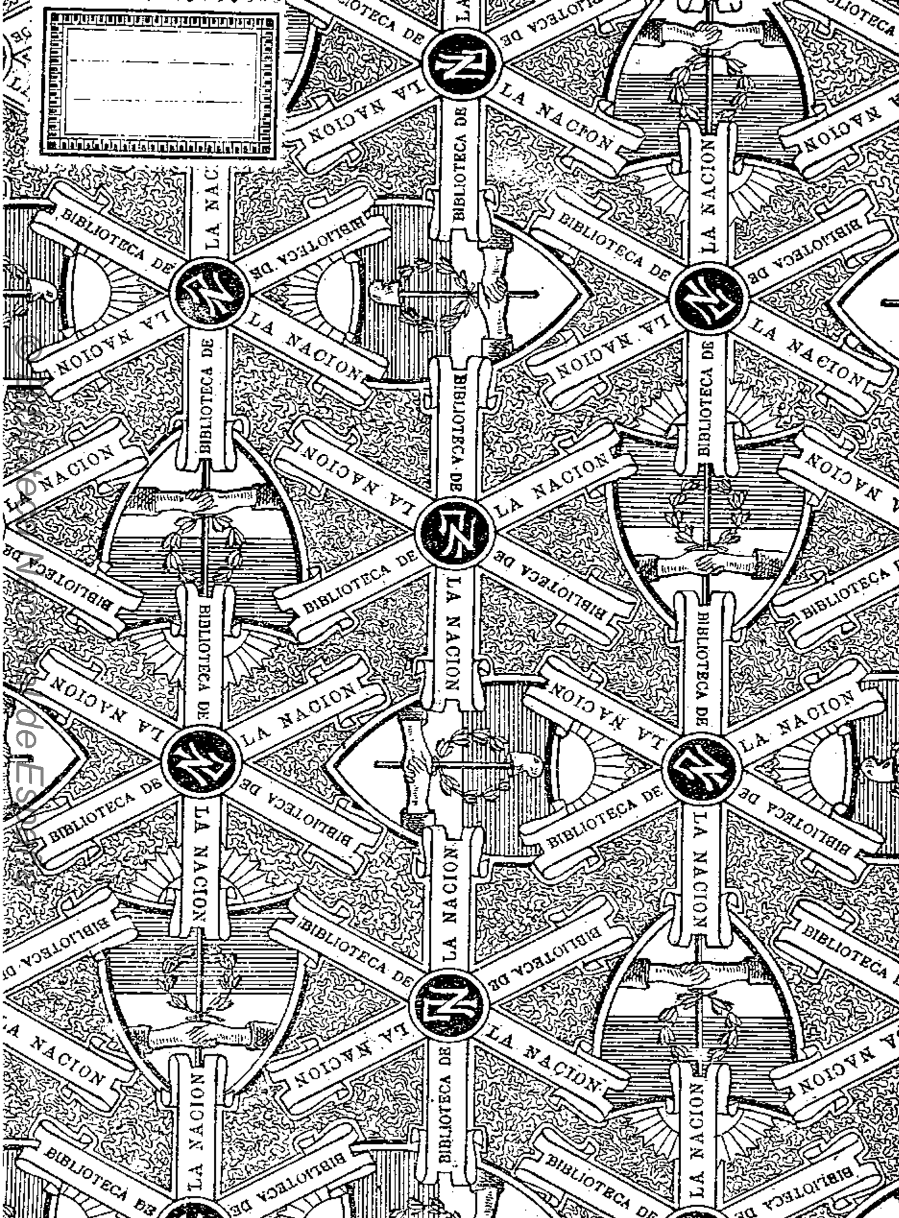
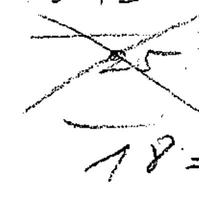

BIBLIOTECA DE "LA NACION"
N L


BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA DE LA NACION



AMALIA

TOMO I

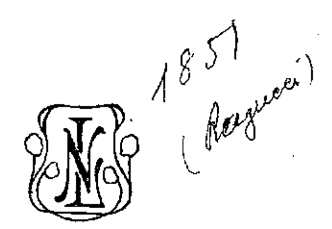
BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

JOSÉ MÁRMOL

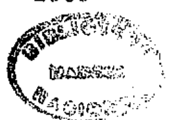
AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

TOMO I



BUENOS AIRES
1909



INDICE

EXPLICACION

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela, existen aún, y ocupan la posición política ó social que en la época en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos. Y es ésta la razón por qué el lector no hallará nunca en presente los tiempos empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.

El autor ha creído que tal sistema convenía tanto á la mayor claridad de la narración, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leída, como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema, aquí adoptado, de describir, en forma reprospectiva, personajes que viven en la actualidad.

Montevideo, mayo de 1851

AMALIA

PRIMERA PARTE

I

TRAICIÓN

El 4 de mayo de 1840, á las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguán, obscuro, como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice á los otros:

—Todavía una precaución más.

—Y de ese modo, no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche—contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada, medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

—Por muchas que tomemos, serán siempre po-

cas—replica el primero que había hablado.—Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la acera de enfrente; un momento después saldrán los tres restantes, seguirán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

—Bien pensado.

—Sea, y yo saldré delante con Merlo y con el señor—dijo el joven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación. Y diciendo esto, tiró del pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano en dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquéllos, por la acera prefijada.

Después de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del joven que conocemos por la distinción de una espada á la cintura, dijo á éste, mientras aquel otro á quien habían llamado Merlo, marchaba delante embozado en su poncho:

—¡Es triste cosa, amigo mío! Esta es la última vez, quizá, que caminamos por las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos á un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra.

—Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos... Sin embargo—continuó el joven, después de algunos segundos de silencio;—hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

—¿Cómo, lo contrario?

—Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es permanecer en Buenos Aires.

—¿A pesar de Rosas?

—A pesar de Rosas.

—¿Y no ir al ejército?

—Eso es.

—¡Bah! ese es un cobarde ó un mazorquero.

—Ni lo uno ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad, y su corazón es el más puro y noble de nuestra generación.

—¿Pero, qué quiere que hagamos, entonces?

—Quiere—contestó el joven de la espada,—que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo á quien hay que combatir, está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que menos número de hombres moriremos en las calles el día de una revolución, que en los campos de batalla en cuatro ó seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo... Pero dejemos esto, porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras ó el polvo repiten luego nuestras palabras á los verdugos de nuestra libertad.—El joven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros cuya expresión melancólica se avenía perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veintiséis años de la vida.

A medida que la conversación se había animado sobre aquel tema y se aproximaban á las barrancas del río, Merlo acortaba el paso, ó parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubría.

Llegados á la calle de Balcarce:

—Aquí debemos esperar á los demás—dijo Merlo.

—¿Está usted seguro del paraje de la costa en

que habremos de encontrar la ballenera?—preguntóle el joven.

—Muy seguro—contestó Merlo.—Yo me he comprometido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido, no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar á los hombres que los han de conducir á la otra banda; ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando alcanzaron á la comitiva los tres hombres que faltaban.

—Ahora es preciso no separarnos más—dijo uno de ellos.—Siga usted delante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del Sur empezaba á dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche obscura á las orillas del río

de la Plata, en lo que se llama el «bajo» en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, á dos ó tres cuadras de la orilla, se descubre informe, obscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubremente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscripción á centenares de buenos ciudadanos, esos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debía morir al puñal de la Mazorca si eran notados ; ó decir adiós á la patria, á la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos á tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época á que nos referimos, además, la salud del ánimo empezaba á ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, á las «personerías», á los fusilamientos, empezaban á suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mazorca ; por ese club de bandidos, á quienes los primeros partidarios de

Cromvell habrían mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba á apoderarse de todos los espíritus, no podía dejar de ejercer su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del río, en dirección á Barracas, á las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa tiranía que se castigaba irremediablemente con la muerte.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiar una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo, hombre del vulgo, de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía á la civilización, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

A pocos pasos seguíale el coronel don Francisco Lynch, veterano desde 1813, hombre de la más culta y escogida sociedad, y de hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el joven Eduardo Belgrano, pariente del antiguo General de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres; corazón valiente y generoso, é inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el joven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, argentinos todos.

En este orden habían llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barran-

ca que da á Barracas en la calle de la Reconquista; (1) es decir, se hallaban en línea paralela con la casa que habitaba el ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

—Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la obscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigía hacia Barracas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

—No está—dijo Merlo;—no está aquí, es necesario caminar algo más.

La comitiva le siguió en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía á comunicarlo á sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, llevando un repentino pavor al ánimo de todos.

—No respondan; yo voy á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que hay—dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes,

---

(1) El lector debe tener en cuenta que la actual calle de la Defensa se denominó de la Reconquista por algún tiempo.—*(N. del E.)*

que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de su bolsillo una de las pistolas que llevaba, y antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que lo atropella, pero rueda también á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos hechas pedazos ya, á su garganta para defenderla-... ¡todo en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero; entretanto que nadie se ve ni se entiende en la obscuridad y confusión de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo

cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extensión y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos, en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa, casi de un salto, un espacio de quince pies en dirección á las barrancas. Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo, tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero, si había librádose del choque de los caballos, no había evitado ser visto, á pesar de la obscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza con su hombro izquierdo; y ese hombre y otro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aún no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en dirección á la ciudad.

En ese momento, tres asesinos más se reunen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un com-

pañero á los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces contra Eduardo.

Este se desliza rápidamente hacia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte, que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de la caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo tira entonces su capa, y retrocede diez ó doce pasos más. La idea de emprender la carrera pasa un momento por su imaginación; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexión, súbita como la luz, sin embargo, no había terminádose en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe á los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendían. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes á su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza á ganar hacia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendía, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor, no

perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo, para perderse con ellos entre la obscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentía que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiración de su pecho. Sus contrarios no se cansan menos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita á los otros con palabras de demonio; pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, éste tira dos cortes á derecha é izquierda, con toda la extensión de su brazo, amaga á todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándose algunos pasos más hacia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder éste y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza á perder la fuerza en la sangre abundante que se escurría de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con tesón, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado á su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos con él; no se turba su espíritu, sin embargo; da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa, que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, mientras su

diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra á lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

—¡Bárbaros—dice Eduardo,—no conseguiréis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en tercia una estocada que le tira su contrario más próximo; y desenganchando, se va á fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen á la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo, que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posición, y que cae, sin perder, empero, su conocimiento ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún se precipitan sobre él.

—¡Aún estoy vivo!—grita Eduardo, con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía á su lado, y tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición,

ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo, la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, é hinca sobre su pecho una rodilla.

—¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado!—le dice, y volviéndose al otro, que se había abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquél se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que lo oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo, casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo á la garganta del joven.

Pero en el momento en que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

—¡A ti también te irá tu parte!—dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio muerto, temía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede, y toma repentinamente la huída en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso; se vuelve á

aquel grupo de heridos y cadáveres, en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra, suspende el cuerpo del joven, y reclina su cabeza contra su pecho.

—¡Todavía vive!—dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive y que le ha conocido.

Sin vacilar, alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándolo al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha, segura y fácil, hace conocer que aquellos parajes no eran extraños á su planta.

—¡Ah!—exclama de repente,—apenas faltará media cuadra, y...tengo que descansar, porque... —y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos, entre la sangre que á los dos cubría.—¡Eduardo!—le dice, poniéndole sus labios en el oído;—¡Eduardo! soy yo, Daniel, tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, ocasionado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fría de la noche á reanimarlo un poco.

—Huye... ¡Sálvate, Daniel!—fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

—No se trata de mí, Eduardo; se trata de... á

ver... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo más fuerte que puedas... pero, ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda, que conservas la espada empuñada con ella? ¡Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!... ¡y no haber estado contigo yo!

Y durante hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo á Eduardo, que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacía una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma dirección que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido un poco de la vida, que le había arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

—Basta Daniel—dice;—apoyado en tu brazo, creo que podré caminar un poco.

—No hay necesidad—responde éste, poniéndolo suavemente en tierra;—ya estamos en el lugar adonde quería conducirte.

Eduardo quedó un momento de pie; pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso, y al tomar esa posición, todos los músculos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del joven...

—Ya me imaginaba que no podrías estar de pie—dijo Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se había helado, sospechando entonces que las heridas de Eduardo eran mortales.—Pero, felizmente—continuó,—ya estamos aquí, aquí, donde podré dejarte en seguridad,

mientras voy á buscar los medios de conducirte á otra parte.

Y diciendo esto, había vuelto á cargar á su amigo, descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hondo de una zanja, de cuatro ó cinco pies de profundidad, que dos días antes habían empezado á abrir á distancia de veinte pies del muro lateral de una casa, sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del ministro de S. M. B., caballero Mandeville.

Daniel sienta á su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta dónde se siente herido.

—No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles —dice Eduardo, tomando la mano de Daniel y llevándola á su hombro derecho y á su muslo izquierdo.

Daniel respira entonces con libertad.

—Si solamente estás herido ahí—dice,—no es nada, mi querido Eduardo—oprimiéndolo en sus brazos con toda la efusión de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero á la presión de sus brazos, Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

—Debo estar también... sí... estoy herido aquí—dice, llevando la mano de Daniel á su costado izquierdo;—pero sobre todo el muslo... el muslo me hace sufrir horriblemente.

—Espera—dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido.—Esto, á lo menos—continúa,—podrá contener algo la hemorragia; ahora, venga la cintura; ¿es aquí donde sientes la herida?

—Sí.

—Entonces... aquí está mi corbata—y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto lo hace y lo dice fingiendo una confianza que había empezado á faltarle desde que supo que había una herida en el pecho, que podría haberle interesado alguna entraña. Y lo dice y lo hace todo entre la obscuridad de la noche, y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posición terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era también, los sonidos de un piano llegaron en este momento á sus oídos: el señor Mandeville tenía esa noche una pequeña tertulia en su casa.

—¡Ah!—dice Daniel, acabando de vendar á su amigo:—S. E. inglesa se divierte.

—¡Mientras á sus puertas se asesina á los ciudadanos de este país!—exclama Eduardo.

—Y es precisamente por eso por lo que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés, sino en cuanto represente fielmente á la Inglaterra, y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes, con la sola diferencia de que éstas lo hacen de dolor, y aquélla de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea, nacida de una cabeza cuya imaginación él conocía y admiraba tanto; é iba á hablar, cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

—Siento ruido—le dice al oído, buscando á tientas la espada.

Y, en efecto, no se había equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibía claramente, y un minuto después, el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacía más perceptible por instantes;

entendiéndose al fin, clara y distintamente, la voz de los que venían conversando.

—Oye—dice uno de ellos, á diez ó doce pasos de la zanja,—saquemos fuego, y á la luz de un cigarro, podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme á casa.

—Bajemos, entonces—responde aquel á quien se había dirigido; y dos hombres desmontan de sus caballos, sonando la vaina de latón de sus sables, al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo, y, caminando hacia le zanja, vinieron á sentarse á cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recién llegados, sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un gruseo cigarro de papel, y dijo al otro:

—A ver, dame esos papeles, uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de Banco, y dió uno de ellos á su compañero, quien tomándolo con la mano izquierda, lo aproximó á la brasa del cigarro que tenía en la boca, y aspirando con fuerza, iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada con la aspiración.

—¡Cien!—dice aquel que había entregado el billete, y cuya cara se había juntado con la del otro para ver junto con él el número.

—¡Cien!—dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operación que con el primer billete, se hace con treinta de igual valor; y después de repartirse 1.500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3.000 que sumaban los treinta billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

—¡Yo creía que sería más! ¡Si hubiésemos degollado al otro, nos hubiese tocado la bolsa de onzas.

—¿Y adóndè iban esos unitarios? Al ejército de Lavalle, ¿no es verdad?

—¡Pues! ¿Y adónde se habían de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos, para que tuviéramos de éstas todas las noches.

—¡Pero, y si alguna vez entra Lavalle, y alguien nos delata!

—¡Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos la cosa mal, nos pasaremos; entretanto, yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del Comandante.

—¡Fíate mucho! ¡Que nos eche de menos luego, y veremos tú y yo lo que nos pasa!

—¡Oh! ¿Y él no nos mandó por este lado, y á Morales por el Retiro, y á Diego, con cuatro más, por las calles, á buscar al que se escapó? Entonces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

—Pero, ¡qué susto llevaba Camilo cuando fué á avisar al Comandante! Le dijo que salieron cuatro á proteger al unitario, pero no le ha de haber creído, porque sabe que es flojo.

—Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los había de matar. Por mi parte, yo no los busco.

—¡Qué buscarlos! Yo me voy á la Boca—dijo aquel que había traído los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, mientras el otro se dejó estar sentado.

—Bueno—dice éste,—ándate no más; yo voy á acabar mi cigarro antes de irme á casa; mañana te iré á buscar de madrugada, para que nos vayamos al cuartel.

—Entonces, hasta mañana—dice aquél, dando vuelta á su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos después, el que se había quedado, mete la mano al bolsillo, saca una cosa que aproxima á su cigarro en la boca, y la contempla á la claridad que espacía la brasa.

—¡ Y es de oro el reloj—dice ;—esto nadie me lo vió sacar ; y la plata que me den por él, no la parto con ninguno.

Y examinaba y volvía á examinar el reloj á la luz de su cigarro.

—¡ Y está andando !—dice, aplicándosele al oído, —pero yo no sé... yo no sé cómo se sabe la hora... —y volvía á iluminar su preciosa alhaja...—ésta es cosa de unitarios !... la hora que yo sé, es que serán las doce, y que...

—Esa es la última de tu vida, bribón—dice Daniel, dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante, sin dar un solo grito, el mismo golpe que había dado en la cabeza de aquel qué puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo ; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibración, ocasionado por un instrumento que Daniel tenía en sus manos, muy pequeño, y que no conocemos todavía, el cual parece que hacía sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañón que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer, no habían dado un solo grito.

Daniel, que había salido de la zanja, y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja, y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

—¡ Valor, valor ! mi Eduardo ; ¡ ya estás libre...

salvo... la Providencia te envía un caballo, que era lo único que necesitábamos!

—Sí, me encuentro un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas... no puedo estar de pie.

—No hagas fuerza—dice Daniel, que carga otra vez á Eduardo, y lo sube al borde de la zanja.

En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles, consigue montar á Eduardo sobre el caballo, que se inquietaba con las evoluciones que se hacían á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto, se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y le hace subir inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

—Daniel, no vamos á mi casa, porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene orden de no dormir en ella esta noche.

—No, no, por cierto; no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo á estas horas, en que veinte serenos alumbrarían nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

—Bien; pero tampoco á la tuya.

—Mucho menos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida; y llevarte á mi casa sería haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

—¿Y adónde, pues?

—Ese es mi secreto, por ahora. Pero no me hagas más preguntas. Habla lo menos posible.

Daniel sentía que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel mo-

mento, un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecía; pero, felizmente, le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la dirección á Barracas; atravesó las del Brasil y Patagones, y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno, sino los fondos de ladrillos ó de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad, sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas, causan temor de día mismo á los que se dirigen á Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, antes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente, si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas cualidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía, por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo, sin ningún contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó al fin á la calle Larga de Barracas, sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios lo más aproximado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como si quisiera salir de ese camino, frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y, convencido de que no veía

ni oía nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo:

—Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

—¿Dónde?—le pregunta Eduardo, con voz sumamente desfallecida.

—Aquí—le responde Daniel, subiendo el caballo á la vereda de una casa, por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se transparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo á las rejas, é introduciendo su brazo por ellas, y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió á llamar segunda vez, y entonces, una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

—¿Quién es?

—Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

—¡Daniel!—dijo la misma voz, aproximándose más á la ventana la persona del interior.

—Sí, Daniel.

Y en el momento la ventana se abrió, la celosía fué alzada, y una mujer joven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo, retiróse de esa posición como sorprendida.

—¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes á los criados; ábrela tú misma.

—¿Pero, qué hay, Daniel?

—No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, más que la vida, ¿lo entiendes ahora?

—¡Dios mío!—exclama la joven que cierra la

ventana, y se precipita á la puerta de la sala, de ésta á la de la calle, que abre sin cuidarse de hacer poco ó mucho ruido, y que, saliendo hasta la vereda, dice á Daniel:

—¡Entra!—pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que sólo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiración.

—Todavía no—dice Daniel que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo, llega á la puerta.

—Ocupa mi lugar, Amalia; sostén á este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo, que, recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda, que le pesaba enormemente.

—¡Gracias, señorita, gracias!—dijo con voz llena de sentimiento y de dulzura.

—¿Está usted herido?

—Un poco.

—¡Dios mío!—exclamó Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras cambiaban estas palabras, Daniel había conducido el caballo al medio del camino, y poniéndolo en dirección al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en el anca con la espada de Eduardo, que no había abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal, y tomó al galope en aquella direción.

—¡Ahora—dice Daniel,— ¡adentro! — acercándose á la puerta, levantando á Eduardo por la cin-

tura hasta ponerlo en el zaguán, y cerrando aquélla. De ese mismo modo lo introdujo en la sala, y puso por fin, sobre un sofá, á aquel hombre á quien había salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre, lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podía, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

II

LA PRIMERA CURACIÓN

Cuando Daniel colocó á Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre á la joven prima de Daniel, pasó corriendo á un pequeño gabinete contiguo á la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, á cuya luz la joven leía las *Meditaciones*, de M. Lamartine, cuando Daniel llamó á los vidrios de la ventana, y volviendo á la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo; y los rizos de su cabello castaño-claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron á Eduardo descubrir en una mujer de veinte años una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento, y

una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó á la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima, le dijo:

—Amalia, en las pocas veces que nos veimos, te he hablado siempre de un joven con quien me liga la más íntima y fraternal amistad; ese joven Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son «oficiales», son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo y salvarlo.

—¿Pero, qué puedo hacer yo, Daniel?—le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hacia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecía la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

—Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

—¡Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

—Bien—dice el joven, poniendo sus labios sobre la frente de su prima,—entonces, lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves á quedar dueña de tu casa, y de mí como siempre.

—Dispón; ordena lo que quieres: yo no podría tampoco concebir una idea en este momento—dijo Amalia, cuya tez iba volviendo á su rosado natural.

—Lo primero que dispongo es que traigas tú

misma, sin despertar á ningún criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oir concluir la última sílaba, y corrió á las piezas interiores.

Daniel se acercó entonces á Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado, empezaba á dar expansión á sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y por el cansancio, y le dijo:

—Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de quien te he hablado tantas veces, y que, después de su regreso de Tucumán, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que, si la hospitalidad no agrada á tus deseos, no les sucederá lo mismo á tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante, volviendo su semblante á su gravedad habitual, exclamó:

—¡Pero es un proceder cruel; voy á comprometer la posición de esta criatura!

—¿Su posición?

—Sí, su posición. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. ¡Mañana sabrá Rosas dónde estoy, y el destino de esta joven se confundirá con el mío!

—Eso, lo veremos—dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo.—Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre dificultades. Y si, en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno á que no tendrías en tu cuerpo un solo arañazo.

—Pero tú, ¿cómo has sabido el lugar de mi embarco?

—Eso es para despacio—contestó Daniel, sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos, azucarado.

—¡Oh, mi linda prima—dijo Daniel,—los dioses hubieran despedido á Hebe, y dádote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico.—Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba á beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar, por primera vez, á Eduardo, cuya palidez y expresión dolorida del semblante le daban un no sé qué de más impresionable, varonil y noble; y al mismo tiempo, para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecían dos figuras como no había imaginádose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y de sangre.

—Ahora—dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia,—¿el viejo Pedro, está en casa?

—Sí.

—Entonces, vé á su cuarto, despiértalo, y díle que venga.

Amalia iba á abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

—Un momento, Amalia: hagamos muchas cosas á la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

—En aquel gabinete—responde Amalia, señalando el que estaba contiguo á la sala.

—Entonces, anda á despertar á Pedro.—Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó á otra habitación, que era la alcoba de su

prima, de aquélla á un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y con el lodo de sus manos.—¡ Oh !—exclamó, mirándose en el espejo del tocador, mientras se lavaba las manos ;—¡ si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando le quiero robar un beso y está enojada, se me escaparía hasta la Pampa. ¡ Bueno ! —continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido de Tucumán,—¡ allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo ; y también beberé, porque el diablo se lleve á Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirle !—Y diciendo esto, se echó á la garganta media docena de tragos de vino, con una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecía ajena al carácter del joven, escribió dos cartas, las cerró, púsoles sobre, y entró en la sala donde Eduardo estaba, cambiando algunas palabras con Amalia, sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo, la puerta de la sala abrióse, y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzón de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver á Daniel de pie en medio de la sala, y sobre el sofá á un hombre tendido y manchado de sangre.

—Yo creo, Pedro, que no es á usted á quien puede asustarlo la sangre. En todo lo que usted ve no hay más que un amigo mío, á quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío, el coronel Sáenz, padre de Amalia?

—Catorce años, señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junín, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

—¿A cuál de los Generales que lo han mandado ha tenido usted más cariño y más respeto: á Belgrano, á San Martín ó á Bolívar?

—Al general Belgrano, señor—contestó el viejo soldado, sin vacilar.

—Bien, Pedro; aquí tiene usted en Amalia y en mí, una hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

—Señor, yo no puedo ofrecer más que mi vida, y ésta está siempre á la disposición de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

—Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no sólo valor, sino también prudencia, y sobre todo, secreto.

—Está bien, señor.

—Nada más, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazón honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

—Sí, señor; patriota viejo—dijo el soldado, alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

—Bien; vaya usted—continuó Daniel,—y sin despertar á ningún criado, ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese y venga.

El veterano llevó su mano á la sien derecha, co-

mo si estuviese delante de su general, y dando media vuelta, marchó á ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos después, las herraduras del caballo, se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el portón dé la quinta, y en seguida apareció en la sala, cubierto con su poncho, el viejo soldado de quince años de combates.

—¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

—¿Tras de San Juan?

—Allí.

—Sí, señor.

—Pues irá usted á ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta, diciendo que, mientras se prepara el doctor, usted va á una diligencia, y volverá á buscarlo. En seguida, pasará usted á mi casa, llamará despacio á la puerta, y á mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

—Bien, señor.

—Todo esto lo hará usted á escape.

—Bien, señor.

—Otra cosa más. Le he dado á usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar antes que dejarse arrancar esa carta.

—Bien, señor.

—Nada más, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche—dijo Daniel, mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea;—á la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anterior-

mente, y salió. Algunos segundos después sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo, que conmovía con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal á su prima de pasar al gabinete inmediato, y después de recomendar á Eduardo que hiciese el menor movimiento posible, en tanto que llegaba el médico, le dijo:

—Ya sabes cuál ha sido mi elección; ¿á quién otro podría llamar que nos inspirase más confianza?

—¡Pero, Dios mío, comprometer al doctor Alcorta!—exclamó Eduardo.—Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

—¡Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá más que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos á los buenos, y los pícaros se deben á los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado á dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

—Pero Alcorta no se ha comprometido, y, sin embargo, con hacerle venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

—Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación á que pertenecemos, y que ha sido

educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han desechado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frías es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen, son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria, antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y... pero, ¡bah, qué tonterías estoy hablando!— exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrían por el cadavérico rostro de Eduardo.— ¡Vaya, vaya! no hablemos más de esto. Déjame hacer las cosas á mí solo, que, si nos lleva el diablo, nos llevará á todos juntos; y á fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima que, al ver las de su amigo, había brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que más tarde daremos mejor á conocer á nuestros lectores.

—Daniel—le dice Amalia al entrar en el gabinete, de pie y apoyando su mano de alabastro so-

bre la mesa de mármol negro,—yo no sé qué hacer: tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitáis mudaros, y yo no tengo más trajes que los míos.

—Que nos sentarían perfectamente, si nos dieses también un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, vén acá.—Y llevando á su prima á un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó á su lado y continuó:

—Dime, Amalia, ¿cuáles son los criados en quienes tienes una perfecta confianza?

—Pedro, Teresa, una criada que he traído de Tucumán, y la pequeña Luisa.

—¿Cuáles son los demás?

—El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

—¿El cochero, y el cocinero son hombres blancos?

—Sí.

—Entonces, á los blancos por blancos, y á los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

—¿Pero, crees tú?...

—Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor, se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta á las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca. Venecia, en tiempo del Consejo de los Diez, se hubiese con-

dolido de la situación actual de nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada á elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, á la que siempre toman ellos por modelo.

—Bien: los despediré mañana.

—La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado á un desgraciado, y...

—¡Oh, no, Daniel, no me hables de eso! ¡Mi casa, mi fortuna, todo está á disposición tuya y á la de tu amigo!

—No puedes arrepentirte—decía,—y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegación, no den armas contra ti á nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir á tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa sino los días indispensables que determine el médico: dos, tres á lo más.

—¡Tan pronto, oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mías.

—¡Gracias, gracias, mi Amalia¡ Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca

aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora es necesario vayamos á preparar la cama en que se habrá de acostar después de su primera curación.

—Sí... por acá; vén—y tomando una luz pasó con Daniel á su alcoba, y de ésta á su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado, de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte inferior, y otras, de raso azul, muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, ó las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido, verde y blanco, era tan espeso, que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro pies de ancho y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobresupuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordados de hilo de plata, tan leve, tan

vaporosa, que parecía una tenue neblina abrillantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado á fuego, y delante de la cama estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego, una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo á la sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y, por último, una mesa de palo de naranjo, apenas de dos pies de diámetro, colocada á la extremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la más preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla obscura, bordados en seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto á ésta.

El retrete de vestirse estaba empapelado del

mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían á uno y otro lado del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y á continuación de ella una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero al lado de la bañadera, y los otros, frente á los espejos de los guardarropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirables. Seis magníficos cuadros de paisajes y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba á un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia á su servicio inmediato.

Ahora sigámosla, que entra en el aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta

de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto á sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta en un corredor que cuadra aquél, entra, siempre con la luz en la mano, y con Daniel al lado suyo, en un aposento amueblado.

—Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino de Tucumán, y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene cuanto puede necesitar Eduardo. Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y lo arregló todo en la habitación, mientras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguán estaba enfrente de aquella de la sala, por donde una hora antes había entrado él con Eduardo en los brazos.

—¿Adónde mira esta ventana?—preguntó á su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba á ocupar Eduardo.

—Al corredor por donde se entra de la calle á la quinta, por el gran portón. Sabes que todo el edificio está separado hacia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el portón, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí por donde ha salido Pedro.

—Es verdad, lo recuerdo... pero... ¿no oyes ruido?

—Sí... Son...

—Son caballos á galope...—y el corazón de Amalia le latía en el pecho con violencia.

—Es probable que... se han parado en el portón —dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago y

abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

—¡Quién será, Dios mío!—exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena de la tarde.

—Ellos—dice Daniel, que había pegado su cara á los vidrios de la ventana.

—¿Quiénes?

—Alcorta y Pedro... ¡oh! ¡el bueno, el noble, el generoso Alcorta!—y corrió á traer la luz que había ocultado.

En efecto, eran el viejo veterano de la Independencia y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hízole entrar por el portón, llevó los caballos á la caballeriza, y luelo lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenía la llave.

—¡Gracias, señor!—dice Daniel, saliendo á encontrar al doctor Alcorta en medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

—Veamos á Belgrano, amigo mío—dijo Alcorta, apresurándose á cortar los agradecimientos de Daniel.

—Un momento—dijo éste; conduciéndole de la mano al aposento donde permanecía Amalia, mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jaracandá debajo del brazo.—¿Ha traído usted, señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta?

—Creo que sí—respondió Alcorta, haciendo una reverencia á Amalia;—lo único que necesitaré, serán vendajes.

Daniel miró á Amalia, y ésta partió volando á sus habitaciones.

—Este es el aposento que ha de ocupar Eduar-

do. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimínto?

—Es necesario—respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

—Pedro—dijo Daniel,—espere usted en el patio; ó más bien, vaya usted á enseñar á Amalia cómo se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, señor, ya debo decir á usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son «oficiales».

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

—¿Cree usted que no lo he comprendido ya?—respondió, y una nube de tristeza empapó ligeramente su semblante...—Veamos á Belgrano, Daniel—dijo, después de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró en la sala por la puerta que daba al zaguán.

En ese momento, Eduardo estaba, al parecer, dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas, lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver á Alcorta de pie junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

—Quieto, Belgrano—dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño;—quieto, aquí no hay otro que el médico.—Y sentándose á la orilla del sofá, examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

—¡Bueno!—dijo al fin,—vamos á llevarlo á su aposento.

A ese tiempo entraban en la sala, por el gabinete, Amalia y Pedro. La joven traía en sus manos una porción de vendas de género de hilo no usado todavía, que había cortado, según las indicaciones del veterano.

—¿Le parecen á usted bien de este ancho, doctor?—preguntó Amalia.

—Sí, señora. Necesitaré una palangana con agua fría, y una esponja.

—Todo hay en el aposento.

—Nada más, señora—dijo, tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresión del reconocimiento á sus oficiosos cuidados.

Inmediatamente, Alcorta y Daniel colocaron á Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeros á la habitación que se le había destinado, mientras Amalia quedó de pie en la sala, sin atreverse á seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó á separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan imprevistas y violentas, y á quien la Naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el

curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y mientras ella comienza á darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre había pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo, al fin, reconocer las heridas.

—No es nada—dijo después de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo,—la espada ha resbalado por las costillas, sin interesar el pecho.

—Tampoco es de gravedad—continuó después de inspeccionar la que tenía sobre el hombro derecho, —el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

—Veamos el muslo—prosiguió.

Y á su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de extensión, la expresión del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos, á lo menos, examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corría á lo largo del muslo.

—¡Es un hachazo horrible!—exclamó,—pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente.

Y en seguida lavó él mismo las heridas, é hizo en ellas la curación que se llama de primera intención, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que había traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento, sintióse detenerse caballos frente al portón, y la atención de todos, á excepción de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacía sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

—¿A él mismo entregó usted la carta?—preguntó Daniel, dirigiéndose á Pedro.

—Sí, señor, á él mismo.

—Entonces, salga usted á ver. Es imposible sea otro que mi criado.

Un momento después volvió Pedro acompañado de un joven de dieciocho á veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, á pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

—¿Has traído todo, Fermín?—le preguntó Daniel.

—No ha de faltar nada, señor—le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces á sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo, y á vestirlo con ella, pues en aquel momento, el doctor Alcorta terminaba la primera curación. Y, en seguida, entre los dos, colocaron á Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermín, y en pocos momentos se lavó y mudó de pies á cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar á Pedro disposiciones sobre cuanto debía hacer, relativas á los demás criados, á limpiar la sangre de la sala, á quemar las ropas ensangrentadas, etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba á Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relación que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debía traer el duelo y el espanto á la infeliz Buenos Aires.

—¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre?—le preguntó á Eduardo.

—No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero, si no es así, él no puede saberlo, porque Oliden fué el único que se entendió con él.

—Eso me inquieta un poco—dijo Daniel, que acababa de oir la relación que hacía Eduardo,—pero todo lo aclararemos mañana.

—Es preciso mucha circunspección, amigos míos—dijo Alcorta,—y, sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

—Nada sobrevendrá, señor. Sólo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba á perder la vida; y Dios no hace las cosas á medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

—¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir!—dijo Alcorta, paseando sus miradas de Eduardo Belgrano á Daniel Bello, dos de sus más queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegación, que en el espíritu de ellos habían sembrado sus lecciones.

—Es necesario que Belgrano descanse—continuó.—Antes del día sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al mediodía volveré—dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Después de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

—¿Cree usted, señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

—Ninguno absolutamente, pero su curación podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras, llegaron á la sala, donde Alcorta había dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdían entre los rizos de su cabello castaño-claro.

—Señor, esta señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

—En efecto—dijo Alcorta, después de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella,—en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar que entre ustedes hay también mucha afinidad de alma, pues observo, señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propensión simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquélla recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas, relativas al enfermo, para ir, de un salto, al aposento de éste.

—Eduardo, yo necesito retirarme, y voy á acompañar á Alcorta. Pedro va á quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el día; pero mandaré á mi criado á saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

—Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas á nadie en mi mala fortuna.

—¿Volvemos? Tú tienes más talento que yo,

Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces más que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

—Nada. ¿Has hecho que tu prima se recoja?

—¡Adiós! ¿ya empezamos á tener cuidados por mi prima?

—¡Loco! — dijo Eduardo sonriendo. — Véte y consérvate para mi cariño.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso, como dos hermanos.

Daniel hizo señas á Pedro y á Fermín, que permanecían en un rincón del aposento, y salió al patio con ellos.

—Fermín: toma esa caja de madera del doctor, y tén listos los caballos. Pedro: dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida, si sobreviniese algún accidente. Puede ser que los que asaltaron á Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular, y puede ser también que algunos de ellos quieran vengar á los que ha muerto Eduardo, si, por desgracia, supiesen su paradero.

—Puede ser, señor, pero á la casa de la hija de mi coronel no se entra á degollar á nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

—¡Bravo! así me gustan los hombres—dijo Daniel, apretando la mano del soldado.—Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el portón, cuando hayamos salido: ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, señor!

Alcorta estaba ya de pie, despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

—¿Nos vamos ya, señor?

—Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

—Perdone, señor; tengo necesidad de ir á la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

—¡Bien, vamos, pues!—dijo Alcorta.

—Un momento, señor. Amalia: todo queda dispuesto; Fermín vendrá á mediodía á saber de Eduardo, y yo estaré aquí á las siete de la noche. Ahora, recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

—¡Oh! ¡yo no temo sino por ti y por tu amigo! —le contestó Amalia llena de animación.

—Lo creo, pero nada sucederá.

—¡Oh! ¡el señor Daniel Bello tiene grande influencia!—dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginación y de talento.

—¡Protegido de los señores Anchorena, consejero de S. E. el señor Ministro don Felipe y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora!—dijo Daniel con tan afectada gravedad, que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

—Ríanse ustedes—continuó Daniel,—pero yo no, pues sé prácticamente lo que esas condecoraciones sirven en mí para...

—Vamos, Daniel.

—Vamos, señor. Amalia, ¡hasta mañana! E imprimió un beso en la mano que le tendió su prima.

—Buenas noches, doctor—dijo Amalia, acompa-

ñándolos hasta el zaguán, de donde atravesaron el patio y salieron por la puerta de hierro que daba á la quinta, doblando luego á la izquierda y llegando al corredor del portón, donde Fermín los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo, que daba á la quinta, como se sabe, paróse y vió al viejo veterano de la Independencia sentado á la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver á la sala sin echar desde el zaguán una mirada hacia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida volvióse, paso á paso, á sus habitaciones á esconder, entre la batista de su lecho, aquel cuerpo, cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano, y cuyo cutis, luciente como el raso, tenía el colorido de las rosas y parecía tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado, habían enfilado, á gran galope, la obscura y desierta calle Larga, y subiendo á la ciudad por aquella barranca de Balcarce que, doce años antes, había visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir á sellar con sangre el origen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos á la puerta de la casa del señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron cambiando algunas palabras al oído; y, Daniel, seguido de Fermín, tomó por el Mercado, salió á la calle de la Victoria, dobló á la izquierda, y á poco andar, Fermín bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

III

LAS CARTAS

En el patio de su casa Daniel dió su caballo á Fermín, y orden de no acostarse y esperar hasta que lo llamase.

En seguida alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce, y tomándola, pasó á un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este joven, de veinticinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño y ojos pardos, frente espaciosa, nariz aguileña, labios un poco gruesos pero de un carmín reluciente que hacía resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este joven, de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de don Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraba en sociedad con los señores Anchorena, quienes, por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentesco y de política con Rosas, gozaban, en esa época, de una alta reputación en el partido federal.

Don Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepción que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde mucho antes que Rosas, opiniones de federal; y por la federación había sido partidario de López primeramente, de Dorrego después, y últimamente de Rosas, sin que por esto él pudiese explicarse la razón de sus antiguas opiniones; mal común á las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811, en que el coronel Artigas pronunció la palabra federación para rebelarse contra el Gobierno general hasta 1829 en que se valió de ella don Juan Mánuel Rosas, para rebelarse contra Dios y contra el diablo.

Don Antonio Bello, sin embargo, tenía un amor más profundo que el de la federación; y era el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo, y, desde niño, empezó á prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo *dotor*, como decía el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel había llegado en sus estudios al segundo año de jurisprudencia. Pero, por motivos que más tarde trataremos de conocer, hacía ya algunos meses que no asistía á la Universidad.

Vivía completamente solo en su casa, á excepción de aquellos días en que, como al presente, tenía huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando á conocer en adelante la vida y las relaciones de este joven, que, después de entrar en su gabinete y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillón volteriano, echó atrás su cabeza

y quedó sumergido en una profunda meditación por espacio de un cuarto de hora.

—¡ Sí—dijo de repente, poniéndose de pie y separando con su mano los cabellos lacios de su frente;—no hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y sin precipitación, pero como ajeno á la mínima duda, sin vacilación, sentóse á su escritorio y escribió las siguientes cartas, que leía con atención después de concluir cada una:

«5 de mayo, á las dos y media de la mañana.

«Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia »mía, como tengo siempre necesidad de tu amor, »de tus caprichos, de tus enojos y reconciliacio»nes, para conocer una felicidad suprema en mi »existencia. Tú me has dicho, en algunos momen»tos en que sueles hablar con seriedad, que yo »he educado tu corazón y tu cabeza: vamos á ver »qué tal ha salido la discípula.

»Necesito saber cómo se explica en la casa de »doña Agustina Rosas y en la de doña María Ez»curra, un suceso ocurrido anoche en el Bajo de »la Residencia: qué nombres se mezclan en él: »de qué incidentes lo rodean; todo, en fin, cuan»to sea relativo á ese acontecimiento.

»A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, »donde espero encontrarte de vuelta de tu misión »diplomática.

»Tén cuidado de doña María Josefa; especial»mente, no dejes delante de ella asomar el menor »interés en conocer lo que deseas saber y harás »que te revele ella misma: he ahí tu talento.

»Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo

»muy serio envuelve este asunto para mí; y tus
»enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben tener parte en lo que importa al destino de—
»*Daniel.*»

—¡Mi pobre Florencia!—exclamó el joven después de leer esta carta.—¡Oh, pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no quiere! Vamos á otra carta—continuó,—pero para ésta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas. Y escribió y leyó lo que sigue:

«5 de mayo de 1840, á las nueve de la mañana.

«Señor don Felipe Arana, etc., etc.

»Mi distinguido amigo y señor: Mientras usted »se desvela, y arrostra, con la energía propia de »su carácter, todos los peligros de que está ro»deado el Gobierno, por la oposición y la intriga »de sus enemigos, ciertas autoridades que, estan»do bajo la dependencia de usted no dejan, sin »embargo, de hacerle una guerra disfrazada, des»cuidan el cumplimiento de sus deberes.

»La policía, por ejemplo, tiene más empeño »en ostentar independencia de usted, que en ve»lar aquello que únicamente le compete.

»Sabe usted que en la semana anterior han emi»grado cuarenta y tantos individuos, sin que la »policía lo haya estorbado, á pesar de sus pode»rosos medios; y que S. E. el Restaurador lo ha »sabido por avisos de usted, á quien tuve el honor »de comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese »usted quien lo comunicó á S. E. para que el se»ñor Victorica se manifieste indolente.

»Anoche, á las diez y media, me retiraba de la

»Boca para la ciudad, por el camino del Bajo; y »á la altura de la casa del señor Mandeville, he »visto una numerosa reunión de hombres que, por »su inmediación á la orilla del río, creo que tenían »el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán »efectuado. Y es el momento para que usted tome »su desquite del señor Victorica, informando de »esto á S. E. que, casi me atrevería á asegurarlo, »si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de te»ner de los nombres de los prófugos, que á estas »horas debería saberlos, si la policía imitase á us»ted en su actividad y celo.

»Después de mediodía tendré el honor de ha»blar á usted personalmente, y me asiste la es»peranza de poder ratificarme más en la alta idea »que tengo de su talento y de su actividad, al ver »que á esas horas ya sabrá usted, sin necesidad »de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, »con detalles y nombres, si, como lo creo, mi pre»sunción no es equivocada.

»Y, hasta entonces, saluda á usted con su acos»tumbrado respeto su atento y seguro servidor., »Q. B. S. M.—*Daniel Bello.*»

—¡Ah, mi buen don Felipe—exclamó Daniel riéndose como un niño después de la lectura de esta carta;—¡quién te había de decir alguna vez que, ni en chanza, te hablarían de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos á la otra:

«5 de mayo de 1840.

«Señor coronel Salomón.

»Paisano y amigo: A mí me consta, como al que »más, que la federación no tiene una columna más

»robústa que usted, ni el heroico Restaurador de »las leyes un amigo más fiel y decidido. Y por »eso es que me disgusta oir entre algunas relaciones »que frecuento, y que usted sabe, poco más ó me- »nos quiénes son, que la Sociedad Popular, de que »usted es digno presidente, no ayuda á la policía »con toda la actividad que debiera, en perseguir » á los unitarios, que se fugan todas las noches »para ir á incorporarse al ejército de Lavalle.

»El Restaurador debe estar disgustadísimo de »esto; y yo, como amigo de usted, quisiera acon- »sejarle que hoy mismo reuniese en su casa á los »mejores federales que tiene la Sociedad, tanto »para que le diesen cuenta de cuanto sepan res- »pecto de los que se han ido últimamente, cuan- »to para acordar los medios de perseguir y escar- »mentar á los que quieran irse en adelante.

»Yo mismo tendría mucho gusto en asistir á la »reunión y en prepararle á usted un discurso fede- »ral para que entusiasmase á los defensores del »Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun »cuando usted es muy capaz de desempeñarse por »sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa »causa de la federación, y de la vida del ilustre »Restaurador de las leyes.

»Si usted acuerda la reunión federal, sírvase con- »testarme antes de las doce, y disponga de este »su atento servidor que lo saluda federalmente.— »*Daniel Bello.*»

—Este hombre hará cuanto le digo—dijo Da- niel después de escribir la carta, con un acento de completa confianza.

Este hombre y todos los demás de su especie, devorarían á Rosas sin saberlo ellos, si solamen- te hubiera tres hombres como yo que me ayudá-

sen á conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, ó como el diablo...—Me falta otra carta todavía—continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba á medida que escribía con ellos, lo siguiente:

«Buenos Aires, 5 de mayo de 1840.

«Anoche han sido sorprendidos cinco de nues»tros amigos á tiempo de embarcarse: Lynch, Ri»glos, Oliden, Maisson, han sido víctimas, á lo »menos así lo creo hasta este momento; uno ha »escapado milagrosamente. Si por algún otro con»ducto tienen ustedes conocimiento de este suce»so, no hagan uso absolutamente de ningún otro »nombre que no sea de los que dejo escritos.»

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre:

«A. de G3—Montevideo.»

Y poniendo esta carta dentro de otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró del cordón de una campanilla.

Fermín apareció en el acto.

—Las cosas no andan buenas, Fermín—dijo Daniel fingiendo cierto aire de distracción y de indolencia mientras hablaba. — El enrolamiento es general, y voy á tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de excepción, á no ser que tú quieras servir.

—¡Y, cómo he de querer, señor!—dijo el cria-

do, con esa entonación perezosa, habitual en los hijos del campo.

—Y sobre todo—continuó Daniel,—el servicio va á ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la República, y tú no estás acostumbrado á tales fatigas. Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado á mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

—¡Qué sentir, señor!—dijo Fermín con lágrimas en los ojos.

—Te tengo á mi servicio inmediato, porque deposito en ti una completa confianza. Tú eres, en mi casa, el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres, y yo creo que nunca te he reconvenido, ¿no es verdad?

—Es verdad, señor.

—Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir á mi padre otro para Fermín, y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrías que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

—Yo no sirvo, señor. Primero me hago matar que dejarlo á usted.

—¿Y te harías matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

—¿Y cómo no, señor?—contestó Fermín con el acento más cándido y sincero de un joven de dieciocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor que parece innata á los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

—Así lo creo—dijo Daniel,—y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazón hace mucho tiempo, sería bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar.

Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que había escrito, y continuó.

—Bien, Fermín, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy á decirte: Mañana, á las nueve, llevarás un ramo de flores á Florencia, y cuando salga á recibirlo le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida á casa de don Felipe Arana, y le entregarás esta otra. Irás después á casa del coronel Salomón, y le entregarás también esta otra carta. Tén mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

—No hay cuidado, señor.

—Oye más.

—Diga usted, señor.

—De vuelta de tus diligencias, pasarás por la casa de Marcelina.

—Aquélla de...

—Aquélla, sí; aquélla á quien prohibiste que entrase de día en mi casa, y que tuviste razón para eso: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente á verme.

—Está muy bien.

—A las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aún, me despertarás tú mismo.

—Sí, señor.

—Antes de salir, da orden de que se me despierte si viene alguien á buscarme, cualquiera que sea.

—Muy bien, señor.

—Ahora, una sola palabra más, y véte á acostar. ¿No adivinas que palabra será esa?

—Ya sé, señor—dijo Fermín con una marcada expresión de inteligencia en su fisonomía.

—Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamás. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se necesita no tener boca, ó tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor, debido á alguna indiscreción.

—No hay cuidado, señor.

—Bien; véte ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, á las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habían trabajado más que algunos otros hombres de gran nombre en el espacio de algunos años.

IV

LA HORA DE COMER

A la vez que ocurrían los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de mayo, otros de mayor importancia tenían lugar en una célebre casa de la calle del Restaurador. Pero, para su más completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector el cuadro político que representaba la República en esos momentos.

Era la época de crisis para la dictadura del general Rosas; y de ella debía bajar á su tumba, ó levantarse más robusta y sanguinaria que nunca, según fuese el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgían los peligros que rodeaban á Rosas: de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestión francesa.

La revolución del Sur, acaecida seis meses antes de la época en que principia esta historia, había conducido repentinamente á Rosas al más eminente peligro de que se había visto amenazado en su vida política. Pero el desgraciado suceso de esa revolución espontánea, sin plan y sin dirección, había, como sucede en tales casos, dado más vigor y petulancia al vencedor Rosas, á ese hijo predilecto de las casualidades, que debió su poder y su fortuna á las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacían temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre Ríos.

La victoria del Yeruá lleva al General libertador á imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en efecto, el 6 de octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre y proclama la revolución contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la provincia de Entre Ríos, hacia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el expresidente don Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes, y con su ejército aumentado en número, en disciplina y entusiasmo, da y gana la batalla de Don Cristóbal el 10 de abril de 1840; y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, á quien una tempestad de dos días, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria cen-

telleaba en Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La sala de representantes de Tucumán, en ley de 7 de abril de ese año 1840, había cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador don Juan Manuel Rosas, y retirándole la autorización que por parte de esa provincia, se le había conferido para el ejercicio de las Relaciones Exteriores.

El 13 de abril el pueblo salteño depone á su antiguo gobernador, elige otro provisionalmente, y desconoce á Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento á otro, debían hacer igual declaración que las provincias de Tucumán y Salta.

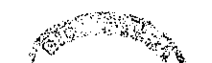
Así, pues, de las catorce provincias que integran la República, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El Sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigración que sucedió al desastre de la revolución, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al Norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocía, y no podía, sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no tenía allí caudillos ni campeones conocidos; había ese rumor sordo, ese malestar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmociones públicas, y que tiene su origen en alguna situación común que pesa sobre todos.

Rosas quería atender á todas partes, pero en todas partes era más pequeño que los sucesos que



afrontaba, y sólo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos días de marzo, el general La Madrid había sido enviado por Rosas á consolidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga, no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para auxiliar á Echagüe y á Oribe, en la provincia de Entre Ríos, acaba Rosas por arrojar el guante á la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y en los meses de marzo y abril hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos, y que debían elegir entre marchar al ejército como soldados veteranos, ó dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles ó en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, el ruido de las victorias del ejército libertador y la propaganda de la prensa de Montevideo, daban origen á la numerosa y distinguida emigración que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mazorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huían de los personeros, se ocultaban; los que tenían valor y medios, emigraban.

Para resistir á Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenía apenas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná en la provincia de Entre Ríos.

Para contener las provincias, sólo podía enviar

en auxilio de sus partidarios en ellas, al general La Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires, sólo contaba con su hermano Prudencio, Granada, González, Ramírez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, sólo contaba con la Mazorca.

Otros peligros todavía mayores lo amenazaban aún, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacía sino pasearse con su ejército de un punto al otro de la República Uruguaya, sin ir á buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella acción. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar más tarde, estorbaban la unidad de acción entre los dos Generales á quienes la victoria acababa de favorecer. Pero el pronunciamiento del pueblo oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de Estado hasta el último ciudadano, comprendían la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir á la libertad argentina no entusiasmaba menos á los orientales en esos momentos, que á los mismos hijos de la República. Era sólo el general Rivera el responsable de su inacción. Pero aquella opinión tan pronunciada hacía esperar que de un momento á otro se diese principio á la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podía menos de creerlo así.

Ultimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascensión del general Rivera á la presidencia de la República, una alianza de hecho se

había establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo común.

Las concesiones más importantes habían tenido lugar recíprocamente entre ambos; y hasta ese momento, la buena fe y la lealtad eran los distintivos del Gobierno de la República y de aquellas autoridades en sus operaciones contra Rosas.

La susceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestión francesa. Creían de su deber, los más moderados, mantenerse neutrales en una cuestión internacional que se discutía con el Gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno; y los más celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva de la audacia extranjera.

Las repetidas y francas declaraciones del Gobierno y de los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento á los emigrados, de que no se trataba de ofender la dignidad de la nación argentina, ni de querer atentar á ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente de obligar á un déspota á respetar principios universalmeinte reconocidos: y empezó á establecerse entonces, primero la amistad, y después una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo común.

La República Oriental, pues, la emigración argentina y el poder francés en el Plata, obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero en la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba á sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al señor Roger había reemplazado el señor Buchet de Martigni, y al almirante Le Blanc el contralmirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo había sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Río de la Plata, y limitádose á lo que quedaba dentro de su embocadura en el Océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y durante el mando de aquel jefe se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediación del comodoro americano Nicholson, en abril de 1839, no se había hablado de proposiciones de arreglo. Pero á bordo del buque de S. M. B., la *Acteon*, tuvo lugar una entrevista el 28 de febrero de 1840, del señor Mandeville, don Felipe Arana y el contralmirante francés. Y de este triunvirato nacieron alarmantes sospechas. Sin embargo, el señor Buchet de Martigni, era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenía instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del *ultimatum* de M. Roger. Y así se le vió, un mes después de la entrevista en la *Acteon*, desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires sobre una transacción. Y era el señor de Martigni quien, á la vez que sabía defender intransigentemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo Gobierno les prestaba tan débil atención, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en acción los elementos de la Francia en el Plata ; la República Oriental, amena-

zando con la invasión de sus armas; el general Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al Norte de la República, Tucumán, Salta y Jujuy; al Oeste, hasta la falda de la cordillera, Catamarca y La Rioja en pie, proclamando y sosteniendo la revolución; el Norte de la provincia de Buenos Aires, pronta á conmoverse á la aparición del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresión y desbordándose sobre el Plata para emigrar á la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecía á los ojos del dictador. Todo el horizonte de su Gobierno se encapotaba. Y sólo alguna que otra palabra consoladora recibía de la Inglaterra, por boca del caballero Mandeville, en lo que hacía relación con el bloqueo francés. Pero la Inglaterra, á pesar de los mejores deseos hacia Rosas, que animaban á su representante en Buenos Aires, no podía desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentía de esa larga interdicción que sufría en uno de sus más ricos mercados de la América Meridional.

De una situación semejante sólo la fortuna podía libertar á Rosas, pues de aquélla no se podía deducir, lógica y naturalmente, sino su ruina próxima.

El trabajaba, sin embargo; acudía á todas partes con los elementos y con los hombres de que podía disponer. Pero se puede repetir que sólo esa reunión de circunstancias prósperas é inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podía contar Rosas en los momentos que describimos; tal era, pues, su situación en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es duran-

te ellos, es decir, á las doce de la noche del 4 de mayo de 1840, cuando nos introducimos con el lector en una casa de la calle del Restaurador.

En el zaguán de esa casa, completamente obscuro, había tendidos en el suelo y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle..

Un inmenso patio cuadrado y sin ningún farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta á la izquierda, que daba á un cuarto con una mesa en el medio que contenía solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, más bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable á la cintura, y con esa cierta expresión en la fisonomía que da los primeros indicios á los agentes de la policía secreta de París ó Londres, cuando andan á caza de los que se escapan de galeras, ó foragidos que han de entrar en ellas.

Del zaguán, doblando á la derecha, se abría el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta á la derecha, otra al fondo y otra á la izquierda. Esta última daba entrada á un cuarto sin comunicación, donde estaba sentado un hombre vestido de negro y en una posición meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada á una cocina estrecha y ennegrecida ; y la puerta de la derecha, por fin, conducía á una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitación de mayores dimensiones, en la que se veía una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas si-

llas arrimadas á la pared, una montura completa en un rincón, y algo más que describiremos dentro de un momento. Esta habitación recibía las luces por dos ventanas cubiertas de celosías, que daban á la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste á su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio á la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía á una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado, hacía dificultosa su respiración.

En el cuarto de la mesa cuadrada había cuatro hombres alrededor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable, pero chocante á la vista. Este hombre estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello y un sombrero de paja, cuyas anchas alas le cubrirían el rostro á no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres eran jóvenes de veinticinco á treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leía un montón de cartas que tenía delante, y los jóvenes escribían.

En un ángulo de esta habitación se veía otra figura humana, y al parecer con vida. Era la de un viejecito de setenta á setenta y dos años de

edad, de fisonomía enjuta, escuálida, sobre la que caían las guedejas de un desordenado cabello, casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho por la elevación del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana, cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones más decrépitos que el portador de éstas, caían de los hombros, la una hacia el pecho y la otra hacia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba á la cintura un espadín, que parecía heredado de los primeros cabildantes del virreinato; y un pantalón de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que sólo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que había emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hacia espaldas del hombre del sombrero de paja, había en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como una boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manteo de un sacerdote, y que dormía, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero, de repente, uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero.

—¿Acabó usted?—dice el hombre del sombrero de paja, dirigiéndose al joven.

—Sí, Excelentísimo señor.

—A ver, lea usted.

—«En la provincia de Tucumán: Marco M. de »Avellaneda, José Toribio del Corro, Piedrabuena »(Bernabé), José Colombres. Por la provincia de

»Salta: Toribio Tedín, Juan Francisco Váldez, »Bernabé López, Sola.»

—¿No hay más?

—No, Excelentísimo señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de abril, de la provincia de Tucumán, y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

—¡En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las Relaciones Exteriores!—dijo con una sonrisa indefinible ese hombre á quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general don Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

—Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoy—continuó.

—«De La Rioja, con fecha 15 de abril, se comu»nica que los traidores Brizuela, titulado gober»nador, y Francisco Ersilbengoa, titulado secre»tario, en logia con Juan Antonio Carmona y Lo»renzo Antonio Blanco, titulados presidente y se»cretario de la Sala, se preparan á sancionar una »titulada ley, en la cual se desconocerá en el ca»rácter de gobernador de Buenos Aires, encarga»do de las Relaciones Exteriores, al Ilustre Restau»rador de las Leyes, gobernador y capitán gene»ral de la provincia de Buenos Aires, brigadier »don Juan Manuel de Rosas; y todo esto por su»gestiones del cabecilla unitario Marco Avellane»da, titulado jefe de la Liga del Norte.»

—¡Brizuela, Ersilbengoa, Carmona, Blanco!—repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con hierro en su memoria los nombres que acababa de oir y repe-

tía...—Continúe usted—dijo, después de un momento de silencio.

—«De Catamarca, con fecha 16 de abril, comu»nican que el salvaje unitario Antonio Dulce, ti»tulado presidente de la Sala, y José Cubas, titu»lado gobernador, se proponen publicar una titu»lada ley en la que se llamará tirano al Ilustre »Restaurador de las Leyes, gobernador y capitán »general de la provincia de Buenos Aires, briga»dier don Juan Manuel de Rosas.»

—¡Yo les daré *dulces!*—exclamó Rosas contrayendo sus labios y dilatándosele las ventanas de su nariz.—A ver—continuó dirigiéndose á otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero,—á ver, déme usted el acta de Jujuy, de 13 de abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres mientras Rosas hacía el correspondiente cotejo con los que estaban en el acta que tenía en su mano: «Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Ca»rrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Sáenz, Be»nito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerri»co, Ignacio Segarola, Isidro Graña, José Tello, »Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodríguez, »Pedro Jerez, Pascual Blas, Juan Bautista Pé»rez, Manuel Sagardia, Mariano Fernández, Ma»nuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarión Eche»nique Blas Agudo, Pedro Antonino Gogénola, »Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruz, Juan »Manuel Gogénola, Tomás Games, Estanislao »Echevarría, Gabino Pérez, Policarpo del Morol, »Jacinto Guerrore, Rafael Alvarado, doctor An»drés Zenarruza, Gabriel Marquierguy, José Cue»vas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira,

»Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pío »Ramos, Pedro Antonio de Aguirre, Carlos Agui»rre, secretario.»

—Está bien—dijo Rosas volviendo el acta al escribiente.—¿Bajo qué rótulo va usted á poner esto?

—«Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios», como Vuecelencia lo ha dispuesto.

—Yo no he dispuesto eso; vuelva usted á repetirlo.

—«Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios»—dijo el joven empalideciendo hasta los ojos.

—Yo no he dicho eso; vuelva usted á repetirlo.

—Pero, señor...

—¡Qué señor! á ver, diga usted fuerte para que no se le olvide más: «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios.»

—«Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios»—repitió el joven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se había dormido profundamente.

—Así quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya, «salvajes», ¿oye usted?

—Sí, Excelentísimo señor, salvajes.

—¿Concluyó usted?—preguntó Rosas dirigiendose al tercer escribiente.

—Ya está, Excelentísimo señor.

—Lea usted.

Y el escribiente leyó:

«*¡Viva la Confederación Argentina!*
»*¡Mueran los salvajes unitarios!*

«Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11 de la Confederación Argentina.

»El General Edecán de Su Excelencia al Co-
»mandante en Jefe núm. 2, Coronel don Antonio
»Ramírez.

»El infrascripto ha recibido orden del Excelen-
»tísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilus-
»tre Restaurador de las Leyes, Brigadier don Juan
»Manuel de Rosas, para avisar á Usía que Su Ex-
»celencia ha dispuesto que, al comunicar Usía el
»número de tropas de que se compone la división
»diga siempre el doble, debiendo informar que la
»mitad es de línea, y que toda se halla animada
»de un santo entusiasmo federal.

»Lo que deberá Usía tener muy presente en
»adelante.

»Dios guarde á Usía muchos años.»

—Eso es—dijo Rosas tomando el oficio que le presentaba el escribiente.—¡Eh!—gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pie y se encaminó á la mesa, con el espadín hacia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda.—Ya se había dormido, viejo flojo, ¿no es verdad?

—Su Excelencia perdone...

—Déjese de perdón, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pie del oficio, y con una letra trémula:

«Manuel Corvalán»

—Bien pudo aprender á escribir mejor cuando estuvo en Mendoza—dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalán, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pie como una estatua al lado de la mesa.—Dígame, señor General Corvalán—continuó Rosas todavía sonriéndose,—¿qué le contestó Simón Pereira?

—Que los paños de tropa no se podían conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino á un treinta por ciento más.

—¡Mire!—dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara á cara con Corvalán.—Mañana, á las doce, vaya usted á verlo, y delante de todos los que estén con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oído?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿A ver, cómo lo va á hacer?

—El señor gobernador le manda á usted esto.

El señor gobernador le manda á usted esto.

El señor gobernador le manda á usted esto.

Y al fin de la oración, Corvalán daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecán de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconmovible.

—¿Dígame, General, á qué hora vino el médico que está ahí?

—A las doce del día, Excelentísimo señor.

—¿Ha pedido algo?

—Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

—¿Ha dicho algo?

—Nada, señor.

—Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígale que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del Gobierno.

—¿Y lo dejo retirarse?

—Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda á respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalán salió á cumplir las órdenes recibidas cerca de aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto á la izquierda del pasadizo.

—¿Las comunicaciones de Montevideo están extractadas?—preguntó Rosas á uno de los escribientes?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿Los avisos recibidos por la policía?

—Están apuntados.

—¿A qué hora debía ser el embarco esta noche?

—A las diez.

—¡Son las doce y cuarto!—dijo Rosas mirando su reloj y levantándose,—habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto?—exclamó reparando en el hombre que dormía enroscado en un rincón del cuarto envuelto en un manteo.—¡Ah, Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia — dijo, dando una fortísima patada sobre los lomos del hombre á quien llamaba Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pie enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara á cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaban pintados la degeneración de la inteligencia humana y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía.

Dolorido y estupefacto, el pobre mulato miraba á su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalán.

—¿Qué le parece á usted? Su Paternidad estaba durmiendo mientras yo trabajaba.

—Muy mal hecho— contestó el edecán con su siempre inmovible fisonomía.

—Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

—Me pegó—dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veían unos dientes chiquitos y puntiagudos.

—Eso no es nada, padre Viguá, ahora con lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad. ¿Se fué el médico, Corvalán?

—Sí señor.

—¿No dijo nada?

—Nada.

—¿Cómo está la casa?

—Hay ocho hombres en el zaguán, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralón.

—Está bueno; retírese á la oficina.

—¿Si viene el jefe de policía?

—Que le diga á usted lo que quiere.

—Si viene...

—Si viene el diablo, que le diga á usted lo que quiere—le interrumpió Rosas bruscamente.

—Está muy bien, Excelentísimo señor.

—Oiga usted.

—¿Señor?

—Si viene Cuitiño, avíseme.

—Está muy bien.

—Retírese... ¿Quiere comer?

—Doy las gracias á Su Excelencia; ya he cenado.

—Mejor para usted.

Y Corvalán fuése con sus charreteras y su espadín á reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecán de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina, tal vez porque al principio de su administración Rosas había instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente sólo servía para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre que, como invertía los principios políticos y civiles de una sociedad, invertía el tiempo, haciendo de la noche día para su trabajo, su comida y sus placeres.

—¡Manuela!—gritó Rosas luego que salió Corvalán, entrando en el cuarto contiguo donde ardía una vela de sebo cuyo pábilo carbonizado dejaba esparcir apenas una débil y amarillenta claridad.

—¡Tatita!—contestó una voz que venía de una pieza interior. Un segundo después apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una joven de veintidós á veintitrés años, alta, algo delgada, de un talle y de unas

formas graciosas, y con una fisonomía que podría llamarse bella, si la palabra «intéresante» no fuese más análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido obscuro que distingue comúnmente á las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive más en el espíritu que en el cuerpo. Su frente, poco espaciosa, era, sin embargo, fina, descarnada y redonda; y su cabello castaño obscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo más obscuros que su cabello, eran pequeños pero animados é inquietos. Su nariz, recta y perfilada; su boca, grande pero fresca y bien rasgada; y, por último, una expresión picante en la animada fisonomía de esta joven, hacía de ella una de esas mujeres á cuyo lado los hombres tienen menos prudencia que amor, y más placer que entusiasmo. Se ha observado, generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginación de los hombres; en contrario de esa impresión puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos, y su fisonomía cándida, revelan cierta lasitud de espíritu, por lo cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas ángeles.

Su vestido de merino, color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros que, sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del más altivo unitario

no dejaría de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fué así como se le presentó á Rosas esa mujer; esa mujer, que era su hija; y á quien saludó diciéndole:

—Ya estabas durmiendo, ¿no? Todavía te he de casar con Viguá, para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?

—Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media.

—¿Y quién más?

—Doña Pascuala y Pascualita.

—¿Con quién se fueron?

—Mansilla las acompañó.

—¿Nadie más ha venido?

—Picolet.

—¡Ah! el carcamán te hace la corte.

—A usted, tatita.

—¿Y el griego no ha venido?

—No, señor. Esta noche tiene una pequeña reunión en su casa, para oir tocar el piano no sé á quién.

—¿Y quiénes han ido?

—Creo que son ingleses todos.

—¡Bonitos han de estar á estas horas!

—¿Quiere usted comer, tatita?

—Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió á las piezas interiores, mientras Rosas se sentó á la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado entre aquéllas; se agachó, sacó un par de zapatos de debajo la cama, volvió á sentarse, y después de acariciar con sus manos sus pies desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la

mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubría el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro ó cinco minutos, á lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer esa organización en que predominaban admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la joven hija de Rosas, á prevenir á su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componía de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas, y un plato de dulce. En cuanto á vinos, había dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pie para servir la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito á Viguá, que había quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fué á sentarse con su hija, á la mesa de su comida nocturna.

—¿Quieres asado?—dijo á Manuela, cortando una enorme tajada, que colocó en su plato.

—No, tatita.

—Entonces, come pato.

Y mientras la joven cortó un alón del ave y lo descarnaba, más bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comía tajada sobre tajada de carne, rociando los bocados con repetidos tragos.

—Siéntese Su Paternidad—dijo á Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitación que se le hacía.—Sírvelo, Manuela.

Y ésta puso en un plato una costilla de asado,

que pasó al mulato, quien, al tomarla, miró á Manuela con una expresión de enojo salvaje, que no pasó inadvertida para Rosas.

—¿Qué tiene, padre Viguá? ¿Por qué mira á mi hija con esa cara tan fea?

—Me da un hueso—contestó el mulato, metiéndose en la boca un enorme pedazo de pan.

—¡Cómo es eso! ¿tú no cuidas al que te ha de echar la bendición cuando te cases con el ilustrísimo señor Gómez de Castro, hidalgo portugués, que le dió ayer dos reales á Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate, y bésale la mano para desenojarlo.

—Bueno, mañana le besaré la mano á Su Paternidad—dijo Manuela, sonriendo.

—No, ahora mismo.

—¡Qué ocurrencia, tatita!—replicó la joven entre seria y risueña, como dudando de la verdadera intención de su padre.

—Manuela, dale un beso en la mano á Su Paternidad.

—Yo, no.

—Tú, sí.

—¡Tatita!

—Padre Viguá, levántese Su Reverencia, y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenía en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrían fascinado aquella máquina de estupidez y abyección, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó á la joven, y ella, pasando de la primera inspiración del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus ma-

nos, para defenderle con ellas de la profanación á que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro, no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenía más gana de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la joven.

—¡Qué bruto es Su Reverencia!—exclamó Rosas, riéndose á carcajada suelta.—Así no se besa á las mujeres. ¿Y tú? ¡bah, la mojigata! Si fuera un buen mozo, no le tendrías asco.—Y se echó un vaso de vino á la garganta, mientras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacía brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comía entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organización privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado, comióse el pato, la fuente de nata y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, á quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse á su hija, que guardaba silencio con los labios, mientras bien claro se descubría en las alteraciones fugitivas de su semblante la sostenida conversación que sostenía consigo misma.

—¿Te ha disgustado el beso, no?

—¿Y cómo podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla más inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es también Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle, sin que nadie se atreviese á tocarle, porque era el loco favorito

del gobernador—dijo Manuela, con un acento tan nervioso, y con una tal animación de semblante y de voz, que ponía en evidencia el esfuerzo que había hecho en sufrir sin quejarse, la humillación por que acababa de pasar.

—Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinticinco azotes, y que lo tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

—¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo como se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinticinco azotes, dejarán, y con razón, de hacerme el objeto de las conversaciones y de la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo, en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiría en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversión halla usted en que me toquen y me irriten?

—Son tus perros, que te acarician.

—¡Mis perros!—exclamó Manuela, en quien la animación se aumentaba á medida que se desprendían las palabras de sus labios, rojos como el carmín:—los perros me obedecerían; un perro le sería á usted más útil que ese estúpido, porque siquiera un perro cuidaría de la persona de usted, y la defendería si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

—¿Y quiénes te lo dicen?—preguntó con calma, después de algunos instantes de silencio.

—Todos, señor—contestó Manuela, volviendo su espíritu á su natural estado,—todos cuantos vienen á esta casa, parece que se complotan para infundirme temores sobre los peligros que lo rodean á usted.

—¿De qué clase?

—¡Oh! nadie me habla, nadie se atreve á hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan á los unitarios como capaces de atentar en cada momento contra la vida de usted... todos me recomiendan que lo vele, que no lo deje solo; que me haga cerrar las puertas: acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que, sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son más una jactancia que un buen deseo.

—¿Y por qué lo crees?

—¿Por qué lo creo? ¿piensa usted que Garrigos, que Torres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae á esta casa, son capaces de exponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

—Puede ser que no te equivoques—dijo Rosas, con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenía por delante,—pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entretanto, tú has cambiado la conversación. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá—continuó, dirigiéndose al mulato, que tenía pegado el plato de dulce contra la cara,

entreteniéndose en limpiarlo con la lengua;—Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos á mi hija, para desenojarla.

—¡No, tatita!—exclamó Manuela, levantándose y con un gesto de temor y de irresolución, difícil de definir, porque era la expresión de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaba en su alma de mujer, de joven, de señorita, á la presencia de aquel objeto repugnante, á cuya monstruosa boca quería su padre unir los labios delicados de su hija, sólo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

—Bésela, padre.

—Déme un beso—dijo el mulato, dirigiéndose á Manuela.

—No—dice Manuela, corriendo.

—Déme un beso—replicó el mulato.

—Agárrela, padre—le grita Rosas.

—¡No, no!—exclamaba Manuela, con un acento lleno de indignación.

Pero, en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecución que hacía el mulato á su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huída, el rumor estrepitoso que hacían sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la acción y la atención de todos.

V

EL COMANDANTE CUITIÑO

Los caballos pararon á la puerta de la casa de Rosas, y después de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza á su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba á saber qué gente había llegado. Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienes, cual si quisiese con esa acción despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, á cuidar y velar por los intereses y por la persona de su padre.

—¿Quién es, Corvalán?—le dijo al encontrarse con el edecán en el pasadizo obscuro que daba al patio.

—El comandante Cuitiño, señorita.

Y volvió Manuela con Corvalán adonde estaba su padre.

—El comandante Cuitiño—dijo Corvalán, luego que pisó la puerta del comedor.

—¿Con quién viene?

—Con una escolta.

—No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oído los caballos?

—Viene solo, Excelentísimo señor.

—Hágale entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó á su derecha en uno de

los costados de aquélla, dando la espalda á la puerta por donde había salido Corvalán; Viguá frente á Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa, á una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas; y este célebre personaje de la federación, apareció luego en la puerta del comedor, llevando en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacía vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitía descubrir su vestido sino de la rodilla al pie. Su cabello desgreñado, caía sobre su tostado semblante, haciendo más horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veían dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios estampa las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

—Entre, amigo—le dice Rosas, examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

—Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

—Entre. Manuela, pónle una silla al comandante. Retírese, Corvalán.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

—¿Quiere tomar alguna cosa?

—Muchas gracias, Excelencia.

—Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela extendía su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la falda del poncho sobre el hombro, y

tomando un vaso, sin soltarlo se lo presentó á Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando, hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte del vino en éste, y otro en la mesa: la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente, y un relámpago de alegría animó de súbito aquella fisonomía, encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retira su sillón del lado de Cuitiño, cuando acabó de derramar el vino.

—¡A la salud de Vuecelencia y de doña Manuelita!—dijo Cuitiño, haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, mientras Viguá se desesperaba haciendo señas á Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

—¿Qué anda haciendo?—preguntó Rosas, con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

—Como Vuecelencia me dijo que volviese á verlo después de cumplir mi comisión...

—¿Qué comisión?

—¡Pues! como Vuecelencia me encargó...

—¡Ah! sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó á Victorica no sé qué cosas de unos que iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora recuerdo que le dije á usted que vigilase un poco, porque ese Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y á lo mejor se echa á dormir.

—¡Pues!

—¿Y usted anduvo por el Bajo?

—Fuí por este lado de la Boca, después de ha-

ber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

—¿Y los halló?

—¡Sí, fueron con Merlo, y á la seña que me hizo, los cargué!

—¿Y los trae presos?

—¡Y que los traía! ¿no se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

—¡Ah, es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno...

—¡Pues!

—Yo estoy cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho más que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata á sus hijos calaveras. Pero no escarmientan, y yo le dije á usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque, al fin, es á ustedes á los que han de perseguir, si triunfa Lavalle.

—¡Qué ha de triunfar!

—A mí no me harán sino un favor en sacarme del mundo. Yo estoy en él porque ustedes me obligan.

—Su Excelencia es el padre de la federación.

—Y como le decía, á ustedes es á quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no los asusta la cárcel. ¡Ellos los han de fusilar á ustedes, si triunfan!

—¡Qué han de triunfar, señor!

—¡Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, á los demás amigos!

—En cuanto nos reunamos, Excelencia.

—¿Y eran muchos?

—Eran cinco.

—¿Y los han dejado con ganas de volver á embarcarse?

—Ya los llevaron en una carreta á la policía, pues Merlo me dijo que así se lo había encargado el jefe.

—A eso se exponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razón; ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan, los han de fusilar á ustedes.

—Estos no, Excelencia—dijo Cuitiño vagando una satisfacción feroz sobre su repulsiva fisonomía.

—¿Los ha lastimado?

—En el pescuezo.

—¿Y vió si tenían papeles?—preguntó Rosas, en cuyo semblante no pudo conservarse por más tiempo la careta de hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenía preguntar de frente.

—Ninguno de los cuatro tenía cartas—respondió Cuitiño.

—¿De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

—Sí, señor, pero como uno se escapó...

—¡Se escapó!—exclamó Rosas, hinchando el pecho, irguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina ó infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

—Se escapó, Excelentísimo—contestó inclinando su cabeza, porque sus ojos no pudieron soportar más de un segundo la mirada de Rosas.

—¿Y quién se escapó?

—Yo no sé quién era, Excelencia.

—¿Y quién lo sabe?

—Merlo lo ha de saber, señor.
—¿Y dónde está Merlo?
—Yo no lo he visto después que hizo la seña.
—¿Pero cómo se escapó el unitario?
—Yo no sé... Yo le diré á Su Excelencia... Cuando cargamos, uno corrió hacia la barranca... algunos soldados lo siguieron... echaron pie á tierra para atarlo; pero dicen que él tenía espada y mató á tres... después, dicen que lo vinieron á proteger... y fué allí, por cerca de la casa del cónsul inglés...
—¿Del cónsul?
—Allá por la Residencia.
—Sí; bien, ¿y después?
—Después vino un soldado á dar aviso, y yo mandé en su persecución por todas partes... pero yo no lo vi cuando se escapó.
—Y ¿por qué no lo vió?—preguntó Rosas, con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyección de la bestia feroz en presencia de su domador.
—Yo estaba degollando á los otros—contestó, sin levantar los ojos.
Y Viguá, que durante este diálogo había ido poco á poco retirando su silla de la mesa, no bien escuchó estas últimas palabras, cuando dió tal salto para atrás, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacía el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, ó con la mirada aterradora de su padre.
El golpe que dió la silla de Viguá, hizo volver hacia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distracción bastó, sin embargo, para que él impri-

miese un nuevo giro á sus ideas y una nueva naturaleza á su espíritu, que cambiaba, según las circunstancias, de ser, de animación y de expresión, en el espacio de un segundo.

—Yo le preguntaba todo esto—dijo, volviendo á su anterior calma,—porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no haya muerto.

—¡Ah, si yo lo hubiera agarrado!

—¡Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar á los unitarios. ¿A que no encuentra al que se escapó?

—Yo lo he de buscar, aunque esté en los infiernos, con perdón de Vuecelencia y de doña Manuelita.

—¡Qué lo ha de hallar!

—Puede que lo encuentre.

—Sí, yo quiero que me encuentren á ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

—No tenga cuidado Su Excelencia: yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa á mí.

—Manuela, llama á Corvalán.

—Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere...

—Váyase á ver á Merlo. ¿Necesita algo?

—Por ahora nada, señor. Yo lo sirvo á Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos da á todos Su Excelencia, con defendernos de los unitarios.

—Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia. Y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de Banco, que Cuitiño tomó, ya de pie.

—Los tomo, porque Vuecelencia me los da.

—Sirva á la federación, amigo.

—Yo sirvo á Vuecelencia, porque Vuecelencia es la federación, y también su hija doña Manuelita.

—Vaya, busque á Merlo; ¿no quiere más vino?

—Ya he tomado suficiente.

—Entonces vaya con Dios—y extendió el brazo para dar la mano á Cuitiño.

—Está sucia—dijo el bandido vacilando en dar su mano ensangrentada á Rosas.

—Traiga, amigo; es sangre de unitarios.—Y, como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

—Me he de hacer matar por Su Excelencia.

—Vaya con Dios, Cuitiño.

Y mientras salía del cuarto, con una mirada llena de vivacidad é inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movía al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y del sabio, del anciano y del niño, del guerrero y de la virgen, caía, sin embargo, á sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud obscura y prostituída que él había levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, había adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y á la inteligencia dominatriz, cuando se emplean en lisonjearla por una parte y avasallar por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la Naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres, complementan más tarde. Ciencia única y exclusiva de Rosas, cuyo poder fué basado siempre en la explotación

de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar á los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educación, vengativo por raza, y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio de la epopeya dramática de nuestra revolución, las utopías no hubiesen herido la imaginación de nuestros mayores, el porvenir les habría debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educación de nuestro pueblo para la aceptación de su forma política de Gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza, para la educación de moral y de hábitos que era necesario comenzar á darle. Español puro y neto, sólo la religión y el trono habían echado raíces en su conciencia obscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de América, á quien llamaron pueblo libre, porque había roto á patadas, no el cetro sino la cadena del Rey de España, no la tradición de la metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que dan la civilización y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la Naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia á Bolivia, dió de patadas á la civilización y á la justicia, desde que éstas quisieron poner un límite á sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el Monarca, y un ídolo imagina-

rio con el nombre «federación», donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España á los primeros días del siglo XIX de la Francia, era más bien un sueño de poetas pastoriles que una concepción de hombres de Estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reacción que representa Rosas: ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la superstición española, para entonar himnos de muerte en alabanzas del absolutismo y de la ignorancia: ¡ahí está Cuitiño, la mejor expresión de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su Rey, y en homenaje á su fanatismo!

VI

VICTORICA

—¡Buenas noches, doña Manuelita!—dijo Cuitiño á la hija de Rosas, encontrándola cuando entraba con Corvalán en el gabinete de su padre.

—¡Buenas noches!—dijo la joven, refugiándose al lado de Corvalán, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto á ella.

—Corvalán—dijo Rosas viéndole entrar con Manuela,—vaya usted á llamar á Victorica.

—Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podría hablar con Vuecelencia.

—Que entre,

—Voy á llamarlo.

—Oiga usted.

—¿Señor?

—Monte usted á caballo, vaya á la casa del ministro inglés, hable con él, y dígale que lo necesito ahora mismo.

—¿Si está durmiendo?

—Que se despierte.

Corvalán saludó y fué á cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó, que en aquel momento se le había resbalado á la barriga, al peso del espadín, que ya tocaba en tierra.

—¿Qué miedo ha tenido Su Paternidad á Cuitiño? Acérquese á la mesa, que está ahí pegado á la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

—De la mano—contestó Viguá, acercándose con su silla á la mesa, y con aire de contentamiento, al verse libre de Cuitiño, que tan mal momento le había dado.

—No te has portado bien, Manuela.

—¿Por qué, tatita?

—Porque has tenido repugnancia á Cuitiño.

—¿Pero usted vió?

—Todo lo vi.

—¿Y entonces?

—¡Entonces! Tú debes disimular. Oye: á los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte ó no tocarles; un golpe recio los anonada; un alfilerazo les hace saltar como víboras.

—Pero tuve miedo, señor.

—¡Miedo!... A ese hombre lo mataría yo con sólo mirarlo.

—Miedo de lo que había hecho.

—Lo que había hecho era por mi conservación

y por la tuya; y nunca te expliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tú debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene, y segundo, porque yo te lo mando. Entre usted, Victorica— continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hacia la puerta, al ruido que hacían las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de unos cincuenta á cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando á pintar en canas; su frente ancha, pero carnuda hacia la parte de sus espesas cejas; sus ojos obscuros, pequeños, y de una mirada encapotada y fuerte: dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las extremidades del labio superior; y una expresión dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaba más el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habían hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro rara vez se vió una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalón negro, chaleco grana y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha llevaba colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Después de una reverencia profunda, pero sin afectación, ocupó, á invitación de Rosas, la misma silla en que había estado Cuitiño.

—¿Viene usted de la casa de policía?—le preguntó Rosas.

—En este momento.

—¿Ha ocurrido algo?

—Han traído los cadáveres de los que iban á embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre expirando.

—¡Y ese!

—Ya no existe. Me pareció que debía sufrir la suerte de sus compañeros.

—¿Quién era?

—Lynch.

—¿Tiene usted los nombres de los otros?

—Sí, señor.

—¿Y eran?

—Además de Lynch, se ha reconocido á un tal Oliden, á Juan Riglos, y al joven Maisson.

—¿Papeles?

—Ninguno.

—¿Hizo usted firmar á Merlo la delación?

—Sí, señor; todas se firman, como Vuecencia lo ha ordenado.

—¿La trae usted?

—Aquí está—contestó el jefe de policía, sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

—Léala usted—dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente:

«Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de oficio »carnicero, miembro de la Sociedad Popular Res»tauradora, enrolado en los abastecedores, con li»cencia temporal por recomendación de Su Exce-

»lencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se »presentó al jefe de Policía en la tarde del 2 del co»rriente y declaró: Que, sabiendo por una criada »del salvaje unitario Oliden, con quien él tenía re»laciones secretas, que aquél se preparaba á fugar»se para Montevideo, se presentó en la mañana si»guiente al mismo salvaje unitario Oliden, á quien »conocía desde muchos años, diciéndole que venía »á pedirle quinientos pesos prestados, porque que»ría desertar y pasar á Montevideo, no pudiendo »efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar »su pasaje en un bote de un conocido suyo, que ha»cía el negocio de conducir emigrados. Que con es»te motivo Oliden le hizo muchas preguntas, aca»bando por convencerse de que realmente quería »fugarse el declarante, comunicándole entonces el »pensamiento que él y cuatro amigos más tenían »que emigrar, pero que no conocían á ninguno de »los hombres dueños de las balleneras que condu»cían emigrados; que entonces se le ofreció el de»clarante á arreglar la fuga de todos mediante la »cantidad de ocho mil pesos, en lo que convino »aquél inmediatamente; que fingió muchas idas »y venidas, acabando por citarlos para el día 4 á »las diez de la noche, debiendo ir el mismo día 4, »á las seis de la tarde, á saber de Oliden el paraje »ó la casa en que se habían de reunir todos á la hora »indicada.

»Lo que ponía en conocimiento de la policía pa»ra que se lo comunicase á Su Excelencia, como un »fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de »la sagrada causa de la federación; agregando que »en todo este asunto había tenido el cuidado es»crupuloso de consultarlo con don Juancito Rosas, »el hijo de Su Excelencia, y aconsejándose de él,

»Y lo firmó en Buenos Aires á 3 de mayo de »1840.—*Juan Merlo.*»

—Fué en virtud de esta declaración, por lo que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debía dar á Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

—¿Cuándo volvió usted á hablar con Merlo?

—Hoy, á las ocho de la mañana.

—¿Y no le dijo á usted si sabía alguno de los nombres de los compañeros de Oliden?

—Hasta esta mañana no conocía á ninguno.

—¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

—Uno de los unitarios ha logrado escaparse, según me han referido los que escoltaban la carreta.

—Sí, señor; uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

—Espero que lo hallaremos, Excelentísimo señor.

—Sí, señor; es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del Gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del Gobierno no sabe apretar. En estos casos, el número de hombres poco importa; tanto mal hace á mi Gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

—Vuecelencia tiene mucha razón.

—Sé bien que la tengo. Además, según la relación que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado, ha peleado, y, lo que es más, ha recibido protección de alguien; la una como la otra cosa no deben suceder, no quiero absolutamente que sucedan. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable

para pelear con el Gobierno el día que se le antojaba. ¡Pobre de usted, y pobre de todos los federales, si yo doy lugar á que los unitarios los peleen cuando van á cumplir una orden mía!

—¡Es un caso nuevo!—dijo Victorica que, en realidad, comprendía bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

—Es nuevo; y es por eso necesario prestarle atención, porque en el estado actual yo no quiero que haya más novedades que las mías. Es nuevo, pero antes de mucho tiempo, podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

—Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

—Eso falta saber.

—Lo haré buscar ahora mismo.

—No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

—Está bien, señor.

—Otro se ha encargado de Merlo: y usted sabrá mañana si se conoce ó no el nombre que deseo saber. En uno ú otro caso tomará usted el camino que deba tomar.

—Sin pérdida de tiempo.

—Vamos á ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

—¿Yo?...

—Usted, sí, mi jefe de policía.

—Daré órdenes á los comisarios, y á los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposición de encontrar un hombre que...

—¡Un hombre unitario en Buenos Aires!—dijo Rosas interrumpiendo á Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confu-

sión al pobre hombre, que creía estar desenvolviendo el más perfecto plan inquisitorial para la persecución de un hereje.

—¡Y va usted fresco!—continuó Rosas;—¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

—Debe de haber...

—Los suficientes para colgarlo á usted y á todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

—Señor, yo hago por Vuecelencia cuanto puedo.

—Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no, véalo usted en este caso; quiere usted echarse á buscar un unitario por la ciudad como si dijésemos un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino más corto de encontrarlo.

—¡Yo!—exclamó Victorica cada vez más turbado, pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

—Usted, sí, señor.

—Aseguro á Vuecelencia que no comprendo.

—Y es por eso porque me quejo de tener que enseñarle todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

—Por una criada.

—¿En dónde servía esa negra, mulata ó lo que sea?

—En la familia de Oliden, según la declaración.

—En la familia del salvaje unitario Oliden, señor don Bernardo Victorica.

—Perdone Vuecelencia.

—¿Con quién se iba á embarcar el que se ha escapado?

—Con el salvaje unitario, y con los demás salvajes que lo acompañaban.

—¿Y usted cree que Oliden salió á la calle á recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos?

—No, Excelentísimo señor.

—Entonces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

—Es muy natural—dijo Victorica que empezaba á comprender el punto á donde se dirigía Rosas.

—Entonces, ¿si eran amigos, se debían visitar?

—Sin duda.

—Entonces, la criada que delató á Oliden, debe saber quiénes lo visitaban con más frecuencia.

—Es muy cierto.

—¿Quienes estuvieron con él, hoy, ayer y antes de ayer?

—Así es, debe saberlo.

—Estuvieron tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entonces, rastree por los nombres que no sean esos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse más.

—El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica.

—Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos — le respondió Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se había clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

—¿Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

—Una señora, doña Catalina Cueto, viuda, y de oficio costurera, ha ido á quejarse de haber dado Gaitán de rebencazos á un hijo de esa señora, que paseaba á caballo por la plaza del Retiro.

—¿Quién es ese hijo?

—Un estudiante de matemáticas.

—¿Y qué motivos le dió á Gaitán?

—Gaitán se acercó á preguntarle por qué no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de dieciséis ó diecisiete años, le respondió que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitán, entonces, le dió de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

—¡Hoy son peores los unitarios muchachos!—dijo Rosas reflexionando un momento.

—Ya se lo he dicho á Vuecelencia muchas veces: la Universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle, y, casi á mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bolsillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo, en lugar de Vuecelencia, haría prohibir las gorras en las mujeres.

—Han de obedecer—dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva sólo él podía comprender:—han de obedecer: pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa

de menos, y que yo sé cuál es. Gaitán ha hecho muy bien. Despache usted á la viuda, y dígale que se ocupe en curar á su hijo. ¿Hay alguna otra cosa?

—Nada absolutamente, señor. ¡Ah! he recibido una presentación de tres federales conocidos, pidiendo permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

—Que la rifa sea por cuenta de la policía.

—¿Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

—Póngales los caballitos y la cucaña.

—¿Nada más?

—No me pregunte tonterías. ¿Usted no sabe que ese 25 de mayo es el día de los unitarios? ¡Es verdad que como usted es de España!

—Vuecelencia se equivoca, yo soy oriental. ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

—Nada, puede usted retirarse.

—Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas á la criada.

—Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

—Doy las gracias á Vuecelencia.

—No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y á la hija, salió de aquel lugar después de haber pagado, como todos los que entraban en él, su competente tributo de humillación, de miedo, de servilismo, sin saber positivamente si dejaba contento ó disgustado á Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenía constantemente el espíritu de sus servi-

dores, porque el temor podría hacerles huir de él, y la confianza podría engreirlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió á la salida del jefe de policía, pues, mientras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

—Vete á acostar—dijo Rosas á su hija.

—No tengo sueño, señor.

—No importa, es muy tarde ya.

—¡Pero usted va á quedarse solo!

—Yo nunca estoy solo. Va á venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo; anda.

—Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dió un beso en la frente, y, tomando una vela de sobre la mesa, entró en las habitaciones interiores.

Rosas se puso de pie entonces, y cruzando sus manos á la espalda, empezó á pasearse á lo largo de su habitación, desde la puerta que conducía á su alcoba, por donde habían entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquélla por donde se había ido Manuela.

Diez minutos habrían durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecía sumergido en una profunda meditación, cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban á la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habían parado en la puerta de la calle, dió tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que, á no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrían roto sus narices contra la mesa.

—¡ Ay !—exclamó el pobre diablo levantándose lo más pronto posible.

—No es nada ; despiértese Su Paternidad, que viene gente, y oiga : cuidado que se vuelva á dormir ; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante délo un abrazo.

El mulato miró á Rosas un instante é hizo luego lo que se le había ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba antes, á tiempo que Corvalán entraba.

VII

EL CABALLERO JUAN ENRIQUE MANDEVILLE

—¿ Vino el inglés ?—preguntó Rosas á su edecán, viéndole entrar.

—Ahí está, Excelentísimo señor.

—¿ Qué hacía cuando llegó usted ?

—Iba á acostarse.

—¿ La puerta de la calle estaba abierta ?

—Sí, señor.

—¿ Abrieron en cuanto se dió usted á conocer ?

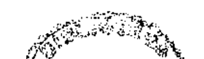
—Al momento.

—¿ Se sorprendió el gringo ?

—Me parece que sí.

—¡ Me parece ! ¿ para qué diablos le sirven á usted los ojos ?... ¿ preguntó algo ?

—Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.



—Que entre.

El personaje que va á ser conocido del lector, es uno de esos que, en cuanto á su egoísmo inglés, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representación pública y de su dignidad de hombre, sólo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entonces que sólo se encontraban en Buenos Aires.

El caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del Gobierno argentino, había conseguido de Rosas lo que éste mismo negó á su predecesor, Mr. Hamilton; es decir, la conclusión de un tratado sobre la abolición del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hamilton, nacieron las primeras simpatías de mister Mandeville hacia la persona de Rosas.

El no podía desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador á la celebración de aquel pacto, el 24 de mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y protección del Gobierno de S. M. B. un apoyo que le era necesario desde el 23 de septiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo, para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas excepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamás quieren amigos, ni lo son de nadie; para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean éstos de la nación que sean, é invistan una alta posición cerca de ellos, ó se les acerquen con la posición humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en unión con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse y acabaron por dominar el espíritu del enviado británico, que, fiado en sus buenas disposiciones personales hacia Rosas, no temió cultivar y estrechar su relación individual con él, sin alcanzar á prever que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamás sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demás era lo menos; y las humillaciones personales vinieron luego á completar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra el más sumiso federal, si no de la Mazorca, á lo menos de la clase tribunicia de Rosas, cuya misión era propagar sus virtudes civícas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vió en él su primer caballo de batalla en la cuestión francesa; y, en obsequio á la verdad histórica, es preciso decir que, si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fué por omisión del señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestión, que no permitía al gabinete de San James obrar según las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, á pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiriría la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que infería al comercio isleño la clausura de los puertos de la República por el bloqueo francés.

La Europa tenía fija su atención política en una cuestión de entonces que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y esa era la

cuestión, no queriendo, por otra parte, en sus más tria, la Inglaterra y la Francia, atendían á esa cuestión, no queriendo, por otra parte, en sus más altas miras, sino la continuación de la paz europea.

Esa cuestión era simplemente una querella hereditaria entre el Sultán y el Pachá de Egipto.

La Francia insistía en que se accediese á las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistía al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. «Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen »á la Rusia que guarde á Constantinopla»,—decía el Emperador.—Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenía la suficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corría en dejar el tulipán del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entonces, velando con todos los adornos de la más hábil diplomacia, su negativa á las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerlo, y logró reducirlo á que la protección que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

Así, pues, el estado de la cuestión de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, habían convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido á la posesión hereditaria del Egipto; pero

la Francia se negaba á consentir esta resolución.

Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger, en combinación, á Constantinopla, sin dejar de observarse unas á otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspección, enseñan también el vicio de la mala fe, porque aquélla no existiría en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos de ésta.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposición de prestar grande atención á sus mercaderes del Río de la Plata, cuando tenía, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la más grave cuestión de la actualidad.

El señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente, en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba cuanto le era posible en una posición como la suya, por imprimir un movimiento contrario á los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas á M. Martigni, y obra exclusivamente suya la entrevista en la *Acteon*.

Rosas tenía en él una completa confianza; es decir, conocía que Mandeville sentía, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mazorqueros cuando había una víctima que sacrificar á su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra en el comedor donde Rosas lo espera. Era un hombre todo vesti-

do de negro, de sesenta años de edad, de baja estatura, de frente espaciosa y calva, de fisonomía distinguida, y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba también el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habían dado ya las tres de la mañana, hora demasiado avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco antes se había irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

—¡Adelante, señor Mandeville!—dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso á recibir al ministro inglés, que en ese momento entraba en el comedor.

—Tengo el honor de ponerme á las órdenes de Vuestra Excelencia—dijo el señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectación, y acercándose á Rosas para darle la mano.

—¡He incomodado á usted, señor Mandeville! —le dijo Rosas con un acento suave é insinuante, é indicándole con un movimiento de mano, que un francés llamaría *comme il faut*, la silla á su derecha en que debía sentarse.

—¡Incomodarme! ¡Oh,no,señor General! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfacción cuando me hace el honor de llamarme á su presencia. ¿La señora Manuelita lo pasa bien?

—Muy buena.

—No lo pensé así, desgraciadamente.

—¿Y por qué, señor Mandeville?

—Porque siempre acompaña á Vuestra Excelencia á la hora de su comida.

—Cierto.

—Y no tengo en este momento el placer de verla.

—Acaba de retirarse.

—¡Ah! ¡soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos antes!

—Ella lo sentirá también.

—¡Oh, ella es la más amable de las argentinas!

—A lo menos hace cuanto es posible por ser amable.

—Y lo consigue.

—Doy á usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted por qué quejarse de esta noche.

—¿Por qué no, General?

—Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

—Vuestra Excelencia tiene razón hasta cierto punto.

—¿Cómo?

—Qué Vuestra Excelencia tiene razón en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estoy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

—Es usted muy amable, señor Mandeville—dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa, que no habría podido ser distinguida por otro hombre menos perspicaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuación y de la fisonomía, que el señor Mandeville.

—Si usted lo permite—continuó Rosas,—daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo más serio.

—Nada puede serme más satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia—contestó el diplomático aproximando su silla á la mesa, y acariciando, más bien por costumbre que por ocasión, los cuellos de batista de

su camisa, no más blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza á que perteneció el señor Mandeville; esa raza que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

—¿Para qué día piensa usted despachar el paquete?—le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

—Por la Legación quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por más tiempo...

—Precisamente lo deseo.

—Entonces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

—¡Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

—¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

—Cuantas usted quiera.

—¿Podría saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

—Es bien sencillo, señor Mandeville.

—¿Vuestra Excelencia despacha algún ministro?

—No hay para qué.

—Entonces no alcanzo á comprender...

—Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

—¿Las mías?

—Ya lo ha oído usted.

—Creo haber dicho á Vuestra Excelencia que

están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y sólo me faltan algunas cartas particulares.

—No hablo de cartas.

—Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme...

—Yo creo que la obligación de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al Gobierno de Su Majestad sobre la situación en que quedan los negocios del Río de la Plata á la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

—Exactamente, Excelentísimo señor.

—Pero usted no ha podido hacerlo, porque carece de aquellos datos.

—Yo hablo á mi Gobierno de las cuestiones generales, de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan á la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

—Eso es muy cierto, ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, señor Mandeville?

—¿Lo que valen?—dijo el Ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo á sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir, el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo con quienes se iba á fondo sobre el espíritu de los otros cuando discutía alguna materia grave, ó cuando quería domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

—Lo que valen, sí señor; lo que valen para ilustrar al Gobierno al que tales generalidades se escriben.

—Valen...

—Nada, señor Ministro.

—¡Oh!

—Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen á fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

—Vuestra Excelencia quiere decir...

—Quiero decir, señor Ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, á lo menos en mi país.

—Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

—Y es por eso por lo que el Ministro extranjero, si quiere informar con verdad á su Gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar sus explicaciones.

—Esa es mi conducta.

—No siempre.

—A pesar mío.

—Puede ser... vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O más bien, y hablando con las generalidades que á usted tanto gustan, ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige á su Gobierno respecto del mío?

—¿El espíritu?

—Justamente; ó, con más claridad, ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena ó mala situación? ¿espera usted el triunfo de mi Gobierno, ó el triunfo de la anarquía?

—¡Oh, señor!...

—Eso no es contestar.

—Ya lo veo.

—¿Luego?

—Luego, ¿qué?, Excelentísimo señor.

—Luego, ¿qué me responde usted?

—¿Sobre la situación en que se encuentra el Gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?

—Precisamente.

—Me parece...

—Hable usted con franqueza.

—Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

—¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?

—Sin duda.

—¿Y en qué, señor Ministro?

—En el poder de Vuestra Excelencia.

—¡Bah! ¡esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos.

—¡Vaga, señor!

—Indudablemente, pues si yo, en efecto, tengo poder y medios, también poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

—¡Oh, señor!

—Por ejemplo: ¿Sabe usted el estado de Lavalle en Entre Ríos?

—Sí, señor: está imposibilitado de moverse después de la batalla de don Cristóbal, en que las armas de la Confederación obtuvieron tan completo triunfo.

—Sin embargo, el general Echagüe está en inacción por falta de caballos.

—Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el General tenga los caballos que le faltan.

—¿Sabe usted el estado de Corrientes?

—Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá á la liga federal.

—Entretanto, Corrientes está en armas contra mi Gobierno, y ya son dos provincias.

—En efecto, son dos provincias, pero...

—¿Pero qué?

—Pero la Confederación tiene catorce.

—¡Oh, no tantas!

—¿Decía Vuestra Excelencia?

—Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevación con los unitarios.

—Cierto, cierto, Excelentísimo señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinión á lo menos.

—¡No le dije á usted que sus generalidades habían de estar fundadas sobre datos falsos!

—¿Lo cree Vuestra Excelencia?

—Yo creo lo que digo, señor Ministro. Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy, son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolución con muchos medios y con muchos hombres.

—¡Sería una cosa lamentable!

—Como usted lo dice. Tucumán, Salta y Jujuy, me amenazan por el Norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y La Rioja, por el Oeste hasta la falda de la Cordillera; Corrientes y Entre Ríos por el litoral, y todavía ¿quién más, señor Ministro?

—¿Quién más?

—Sí, señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar á mis enemigos: además de aquéllos me amenaza Rivera.

—¡Bah!

—No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

—Que no pasará.

—Es probable, pero es preciso creer que ha de pasar; y entonces me verá usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

—¡En efecto, la situación es grave!—dijo el señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo explicarse el objeto que se proponía Rosas con descubrir él mismo los peligros que lo amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podía menos que tener alguna segunda intención muy importante.

—¡Es muy grave!—repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fría que acabó de intrigar el espíritu del diplomático:—Y después que conoce usted los elementos de ese peligro—continuó Rosas,—querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su Gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios? porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo.

—¿Pero en qué más, Excelentísimo señor, que en el poder, el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

—¡Bah, bah, bah!—exclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece ó que desprecia á otro por su ignorancia.

—¡Yo no sé, señor General—dijo Mandeville descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, ó más bien, de la expresión de sus creencias,—en cuál de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está el origen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia!

—En todas, señor diplomático de Europa—respondió Rosas con ironía descubierta.

—¡Pero, señor!

—Oígame usted, señor Mandeville; todo cuanto acaba usted de decir, está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo á lord Palmerston, á quien llaman los unitarios de Montevideo el *eminente* Ministro.

—¿Me haría el honor Vuestra Excelencia de explicarme el por qué?

—A eso voy. He detallado á usted todos los peligros que en la actualidad rodean á mi Gobierno, es decir, al orden y á la paz de la Confederación argentina. ¿No es cierto?

—Muy cierto, Excelentísimo señor.

—¿Y sabe usted por qué acabo de enumerarle esos peligros? ¡Oh! ¡usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! pero yo se la explicaré. He dicho á usted lo que ha oído, porque sé bien que de esta entrevista extenderá un protocolo que enviará luego á su Gobierno; y esto es precisamente lo que yo más deseo.

—¡Vuestra Excelencia quiere eso!—dijo el señor Mandeville, más admirado ahora que intrigado antes.

—Lo quiero, y la razón es que me conviene que el Gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, antes que por los órganos de mis enemigos ó á lo menos que los sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haría, qué ganaría yo con ocultar al Gobierno inglés una situación que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, sería descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo á mis actuales enemigos.

—Por eso dije á Vuestra Excelencia que con su poder...

—¡Dale con el poder, señor Mandeville!

—Pero, si no es con el poder... si Vuestra Excelencia no tiene poder...

—Tengo poder, señor Ministro—le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche á Rosas; y sin saber qué le convenía decir, dijo la palabra:

—¡Entonces!...

—¡Entonces, entonces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situación. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso auxilio de la Francia, amenazan al Gobierno y el sistema federal del país, el Ministro *eminente* tenga mucha confianza en el triunfo mío, aun cuando le presente usted una suma igual de poder á mis órdenes? ¿Y cree usted, entonces, que se tomase mucho empeño en apoyar á un Gobierno cuya situación no le ofrecía probabilidades de existencia más allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda más pronto, dado el caso que su Gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Londres á París, y de París á Buenos Aires, que de Entre Ríos al Retiro, y de Tucumán á Santa Fe, y que esto no lo conocería lord Palmerston? ¡Bah, señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del Gobierno inglés en mi cuestión con la Francia, pero ahora espero menos, desde que las informaciones que van á ese Gobier-

no, son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

—Pero, señor General—dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendía menos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas que, al parecer, le daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debía quebrantarlo y postrarlo,—si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, ¿con quién piensa Vuestra Excelencia vencer á los unitarios?

—Con ellos mismos, señor Ministro—dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquél, para observar la impresión causada al levantar de súbito el telón de boca que cubría el misterioso escenario de su pensamiento.

—¡Ah!—exclamó el Ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de expandirse su imaginación en el inmenso círculo que le habían trazado aquellas tres palabras en las que veía la explicación de todas las reticencias y paradojas que un momento antes no podía explicarse, á pesar de su experiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solía adivinar las reservas de Rosas.

—Con ellos mismos—continuó éste tranquilamente. Y ese es hoy mi principal ejército, mi poder más irresistible, ó mejor dicho, más destructor de mis enemigos.

—En efecto, Vuestra Excelencia me conduce á un terreno en el que, francamente, yo no había pisado.

—Ya lo sé—le contestó Rosas, que no perdonaba ocasión de hacer sentir á los otros sus errores ó su ignorancia.—Los unitarios—continuó,—no

han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por más que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la República, pero les falta un centro de acción común: todos mandan, y por lo mismo ninguno obedece. Todos van á un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferrer no obedece á Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece á Ferrer, porque es el general de los unitarios, el general *Libertador*, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperación de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia á Rivera. Rivera necesita obrar en combinación con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y, sobre todo, porque la oficialidad de éste no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia á Lavalle porque no es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan á Lavalle; Lavalle quiere seguir estos consejos, pero los hombres de espada que lo acompañan, desprecian á los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oídos á la gritería, á sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquéllos, es decir, cada uno se cree jefe, un Ministro, un Gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entonces, señor Ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de des-

truirlos es darles tiempo á que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

—¡Oh, muy bien! ¡es un magnífico plan!—dijo alborozado el señor Mandeville.

—Permítame usted, que no he concluido—dijo Rosas con la misma flema.—Cuando se tienen tales enemigos—decía,—no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fracción, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demás obedecen como los brazos á la voluntad, se deduce entonces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible, aun cuando aparezca más pequeño, comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo cómo se debe apreciar la situación de mis enemigos y la mía?—preguntó Rosas, que no había perdido ni un momento el aplomo con que había empezado á desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, había hecho de los enemigos que lo habían combatido, que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable á los ojos del mundo, y que él, por sí solo, no tuvo nunca, ni el talento ni el valor de conquistarla.

—¡Oh, lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo señor!—dijo el Ministro, frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfacción viva que tiene todo hombre cuando acaba de salir venturosamente de una incertidumbre ó de un conflicto.—Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situación de los negocios desde el punto de

vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

—Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad—dijo Rosas, con cierto aire de indiferencia, al través del cual, el señor Mandeville, si hubiese estado con menos entusiasmo, habría descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

—El saber la verdad importa hoy tanto al Gabinete inglés, como á Vuestra Excelencia que se haga saber esa verdad.

—¿A mí?

—¡Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraría como el más grande apoyo posible el auxilio de la Inglaterra?

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, si la Inglaterra obligase á la Francia á la terminación de su cuestión en el Plata, ¿no sería para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

—Pero esa interposición de la Inglaterra ¿no me la ha ofrecido usted desde el comienzo del bloqueo?

—Es muy cierto, Excelentísimo señor.

—Y de paquete á paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca llegan?

—Cierto, Excelentísimo señor; pero esta vez, á la menor insinuación del Gobierno inglés, el Gobierno de Su Majestad el Rey de los franceses, despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestión. Hoy no puedo ponerlo en duda.

—¿Y por qué?

—El Gobierno francés se encuentra hoy en una posición terrible, Excelentísimo señor. En la Ar-

gelia, la guerra se ha encendido con más vigor que nunca; Abd-el-Kader se presenta hoy como un enemigo formidable.

En la cuestión de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias á las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultán y el Pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas y otros buques menores, han sido enviados por el Gobierno francés á los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, ó si la Rusia se sostiene en proteger á Constantinopla, dentro de poco el Rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus escuadras al Bósforo y á los Dardanelos. En el Interior, la Francia no está más tranquila ni más segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en acción á todos los napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan á levantar su bandera parlamentaria. El Ministerio Soult, si no ha caído ya, caerá pronto, y la oposición mina y trabaja por colocar en la presidencia del Consejo á alguno de sus miembros eminentes. En tal situación, la Francia necesita consolidar más que nunca su alianza con la Inglaterra, y por una cuestión para ella de tan poco interés, como lo es la del Plata, el Gabinete francés no querrá hacer á lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

—Hágalo ó no lo haga, para mí es indiferente, señor Ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en Africa, y por lo que hace al bloqueo, no es á mí á quien más perjudica, como usted lo sabe.

—Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo señor: es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

—¿Sabe usted qué capital inglés está encerrado

en Buenos Aires, porque la escuadra francesa no lo deja salir?

—Dos millones de libras, en frutos del país, que se deterioran cada día.

—¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

—Veinte mil libras, Excelentísimo señor.

—Exactamente.

—Todo eso acabo de comunicarlo á mi Gobierno.

—¿Sabe usted qué capital británico, en manufacturas, ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

—Un millón de libras. También lo he comunicado á mi Gobierno.

—Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace á mí, yo sé cómo defenderme del bloqueo.

—Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo—dijo el Ministro, con una sonrisa la más insinuante y cortesana, pero al mismo tiempo con la expresión de una verdad sentida.

—No todo, señor Mandeville—dijo Rosas, echándose para atrás en su silla, y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquél en quien, al parecer, iba á estudiar el fondo de su conciencia, —no todo; por ejemplo, cuando algún ministro extranjero abre las puertas de su casa á un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga á darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concedería sin esfuerzo.

—¡Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte, yo no sé á qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

—¿Usted no lo sabe, señor Mandeville?—dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

—Doy á Vuestra Excelencia mi palabra de...

—Basta—le interrumpió Rosas, que antes de que hablase Mandeville se había convencido de que, en efecto, ignoraba aquello que á él le interesaba saber y por lo que únicamente lo había llamado á su presencia.—Basta—repitió y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento lo conmovía.

Mandeville había vuelto á sus perplejidades anteriores acerca de aquel hombre de quien jamás otro alguno podía estar ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitación, cuando de repente se paró, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que había estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversación de que no había entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oído toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible; un caballo á todo galope se sentía venir del Oeste por la calle del Restaurador, y, en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

—Algún parte de la policía—dijo el señor Mandeville que quería de algún modo reanudar la conversación tan bruscamente rota, y que comprendía la atención de Rosas.

Rosas lo cubrió con una mirada de desprecio, y le dijo:

—No, señor Ministro inglés: ese caballo viene

de la campaña, y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El Ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A ese tiempo, el general Corvalán entró en el comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leído las primeras líneas, cuando una expresión de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita, que el señor Mandeville, que la había notado con facilidad, quedó en duda de si había sido acaso una ilusión de óptica ó una realidad.

—Conque, señor Mandeville, usted se retira—dijo Rosas, interrumpiendo la lectura del pliego, y extendiendo la mano al señor Mandeville, que ya estaba con el sombrero en la suya.

—Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

—¿Cuándo piensa usted despachar el paquete?—preguntó Rosas, sin haber oído siquiera las palabras del Ministro.

—Pasado mañana, Excelentísimo señor.

—Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien á su secretario, y que el paquete salga mañana á la tarde, ó más bien, hoy á la tarde, porque ya son las cuatro de la mañana.

—Saldrá á las seis de la tarde, Excelentísimo señor.

—Buenas noches, señor Mandeville.

Y se retiró este Ministro, después de tres ó cuatro profundas reverencias.

—Corvalán, que acompañen al señor, y vuelva usted.

—¡Señor, señor! ¿qué le hago al gringo?—dijo Viguá.

Pero Rosas, sin oirle, se sentó, extendió el pliego sobre la mesa, y apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, mientras á cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora después, él mismo había cerrado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él á pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones, que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía.

VIII

EL AMANECER

El alba del 5 de mayo había despedido, al fin, aquella triste noche, testigo de la ejecución de un crimen horrible, y de la combinación de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso Rey de la Naturaleza, no podía secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese río, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los capiteles de esa ciudad, á quien los poetas han llamado: «La Emperatriz del Plata, la Atenas ó la Roma del Nuevo Mundo.»

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecía que quisiese resistir las horas del movimiento y de la vigilia que le anunciaba el día, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo aún. En sus calles, espaciosas y rectas, se escondía aún, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claro-obscuro de los crepúsculos, que ponen en vacilación los ojos y en cierto no sé qué de disgusto el espíritu.

Una de esas brisas del Sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no había logrado levantar aún del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la Naturaleza hubiese debido contribuir en ese año á la terrible situación que comenzaba para el pueblo, había empezado sus copiosas lluvias desde los primeros días de abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y con los jacintos que alfombraban en esa estación las arenosas praderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al Oriente, sobre el tranquilo horizonte del gran río, el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro á medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el Occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

¡Oh! ¡por qué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenía suspendido del cielo

sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se había apartado! Si la maldición terrible había descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿por qué, entonces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crimen no profanasen esa luz de mayo, cuyo rayo había templado, treinta años antes, el corazón y la espada de los regeneradores de un mundo?... Pero la Naturaleza parece hacer alarde de su poder rebelde á las insinuaciones humanas, cuanto más la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una obscura noche, una mano regia abría una ventana de palacio y hacía, en París, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente día, un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuya último gemido había demandado de Dios la venganza de tan horrible crimen. ¡Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban á rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de *vísperas* llamaba al templo de Dios á la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una joven dió la señal tremenda que debía fijar en un río de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la Naturaleza, la humanidad también debía aparecer indiferente á las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente que, como fué solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debía sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una extraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad é imprimir el movimiento regenerador de

diez naciones, parece destinado á ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crimen; pues que hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original é imponente, que los eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrientan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendía, sin embargo, cuál era su situación de entonces, y presagiaba, por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre á hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y más terrible aún que aquellos que lo habían postrado, estaba próximo á ser descargado sobre su cabeza por la mano de la tiranía; y para contenerla, él, el pueblo de Buenos Aires, no tenía ni los medios ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El terror, esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la más terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, según la expresión de Víctor Hugo, empezaba á introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oración que cada uno elevaba á Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenía de que los últimos paroxismos de la dictadura serían mortales para cuantos vivían al alcance de su temible mano, que sus más encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una

obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar á la ejecución de las terribles venganzas que temían. Y cuando, para conseguir esto, se ofrecían á sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquéllos, los más concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto á la hora en que se aproximase el triunfo. ¡Tal era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu!

Así era la situación moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, según el comienzo de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apenas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros, que se dirigían al mercado, un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta ó cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria, afirmándose magistralmente en su bastón; marchando con tal mesura y gravedad, que no parecía sino que había salido de su casa á esas horas para respirar el aire puro de la mañana, ó para mostrar al rey del día, antes que ningún otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubría hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero.

Este hombre, sin embargo, fuese por casualidad ó intencionadamente, tuvo la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano, se le cayese dos ó tres veces en cada cuadra, rodando siempre hacia atrás de su persona, cuyo incidente lo obligaba á retroceder un

par de pasos para cogerla, y, como era natural, á echar una mirada sobre las cuadras que había andado, es decir, en dirección al campo: porque este individuo venía del lado del Oeste, enfilando la calle de la Victoria, con dirección á la plaza.

Al cabo de veinte ó veinticinco caídas del bastón, se paró delante de una puerta que ya nuestros lectores conocen: era aquélla por donde Daniel y su criado habían entrado algunas horas antes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó á levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo más riguroso del estío. Pero, por casualidad, por distracción, ó no sabemos por qué, sumergió sus miradas á derecha é izquierda de la calle, y después de convencerse de que no había alma viviente en una longitud de diez ó doce cuadras, á lo menos, se acercó á la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos por qué, hacer uso de un león de bronce que servía de estrepitoso llamador.

IX

EL ÁNGEL Ó EL DIABLO

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo á nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su

mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del día, de uno de esos días del mes de mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante, que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos á seguir un coche amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que, dejando á un lado la casa del general Mansilla, marcan á gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle del Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirlo, pues no es difícil que la curiosidad se intrigue, y que las imaginaciones de veinte años florezcan más improvisadamente que la primavera, cuando el paso fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, á mirar por uno de los postigos abiertos por una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que más bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer á quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia de su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fué á parar tras de San Juan, á una casa cuya puerta parecía sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entonces una joven bajó del coche, ó más bien salvó los dos escalones del estribo, poniendo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dió ocasión, por un momento, á que asomase por entre las anchas faldas del vestido,

un pequeño pie, preso en un botín color violeta. Y era esta joven de diecisiete á dieciocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa. Frente espaciosa é inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más obscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi transparente, y con esa ligerísima curva, apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y, por último, una boca pequeña y rosada como el carmín, cuyo labio inferior la hacía parecerse á las Princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada facción revelaba delicadezas de alma, de organización y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregad á esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecía colocada como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la joven del coche, vestida con un traje de seda de color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Había algo de aéreo, de vaporoso, en esta criatura, que esparcía en torno suyo un perfume que sólo era perceptible al alma—alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pin-



cel delicado de la Naturaleza, más parecía la idealización de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir á toda la fuerza de su espíritu, y á su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de hombres vestidos de colorado de los pies á la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, más ó menos tarde, destinados á la horca, que cuajaba el zaguán y parte del patio de la casa de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de don Juan Manuel Rosas, donde la bella joven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando ligeramente los cristales, entró en ella, esperando hallar alguien á quien preguntar por la dueña de casa. Pero la joven no encontró en esa sala sino á dos mulatas y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus pies enlodados la estera de esparto blanco con pintas negras que cubría el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podía distinguirse donde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos á esa recién venida, en quien no veían de los distintivos de la federación, de que ellos estaban cubiertos en exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaban por bajo del ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

—¿La señora doña María Josefa está en casa? —preguntó la joven, sin dirigirse directamente á

ninguna de las personas que se acaban de describir.

—Está, pero está ocupada—respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La joven vaciló un instante ; pero, tomando luego una resolución para salir de la situación embarazosa en que se hallaba, llegóse á una de las ventanas que daban á la calle, abrióla, y llamando á su lacayo, dióle orden de entrar en la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala, le dijo la joven :

—Llama á la puerta que da al segundo patio de esta casa, y dí que pregunten á la señora doña María Josefa si puede recibir la visita de la señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta orden y el prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situación en que estén colocadas, cuando saben colocarse á la altura de su condición, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficción repugnante de los sucesos de la época, osaban creer, con toda la clase á que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases obscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia—en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazón de Daniel,—esperó un momento.

No tardó, en efecto, en aparecer una criada, regularmente vestida, que le dijo tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció á las cinco damas de la federación, allí sentadas, que la señora no podía oir-

las hasta la tarde; pero que no dejasen de venir á esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero, al salir, una de las negras no pudo menos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que se perdió en el aire, porque, desde su entrada en la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hacia aquellas tan extrañas visitas á la hermana política del gobernador de Buenos Aires, ó más bien, á aquellas nubes preñadas de aire malsano que hacían parte del cielo, rojo obscuro, de la federación.

La criada salió; pero el soldado, que no había recibido orden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando menos, en el umbral de la puerta del salón, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí había, y oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista del rato desagradable y violento por que acababan de pasar.

Entretanto, doña María Josefa se daba prisa en una habitación contigua á la sala en despachar á dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, mientras ponía una sobre otra veintitantas solicitudes que habían entrado ese día, acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacían no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguán, para que por su mano fuesen presentadas á Su Excelencia el Restaurador, aun cuando Su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba,

decíamos, porque la señorita Florencia Dupasquier, que se le había anunciado, pertenecía, por su madre, á una de las más antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada, desde mucho tiempo, con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretexto de la ausencia de mister Dupasquier, su señora y su hija aparecían muy rara vez en la sociedad.

El lector querría saber qué clase de negocios tenía doña María Josefa con las negras y con las mulatas de que estaba invadida su casa. Más adelante lo sabremos. Baste decir, por ahora, que en la hermana política de don Juan Manuel Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, según la fantasía de Offmann. Los años 33 y 35 no pueden ser explicados en nuestra historia sin el auxilio de la esposa de don Juan Manuel Rosas, que, sin ser malo su corazón, tenía, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y los 39, 40 y 42, no se entenderían bien si faltase en la escena histórica la acción de doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, además, las acciones que hacen relación con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La Naturaleza no predispuso la organización de la hermana política de Rosas para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de las pasiones políticas debían ser el alimento diario del alma de esa señora. Circunstan-

cias especiales de su vida habían contribuido á desenvolver esos gérmenes de su naturaleza. Y la posición de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad argentina, le abrían un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organización lo requería. Sin vistas y sin talento, jamás un ser obscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios más importantes á un tirano, que los que á Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para con Rosas, estaba en relación con el mal que podía inferir á sus semejantes; y su cuñada, con un tesón, una perseverancia y una actividad inauditos, le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasión sincera, por verdadero fanatismo por la federación y por su hermano; y, ciega, ardiente, tenaz en su odio á los unitarios, era la personificación más perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que había creado la dictadura de aquél. Epoca que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad joven, cuando esa relajación es impelida por una mano poderosa que se empeña en eso; encontrando por resistencia apenas la moral y la virtud privadas que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociación de ellas mismas. La asociación de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existía en ese pueblo que creía, con el candor del niño, que le

bastaba para ser libre, grande y poderoso, haber sido valiente en las batallas.

Disociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crimen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ese únicamente, y que explotaba para conseguirlo, todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionar contra un orden de cosas civilizado, que empezaba á oprimir en ella la expansión de sus hábitos salvajes.

La puerta contigua á la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia fué estrechada entre la mano descuidada de doña María Josefa; mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida, estaban notablemente aumentados en su rostro por la acción de las pasiones ardientes.

—¡Qué milagro es éste! ¿Por qué no ha venido también doña Matilde?—preguntó sentándose en el sofá á la derecha de Florencia.

—Mamá se halla un poco indispuesta; pero, no pudiendo saludar á usted personalmente, me manda ofrecerle sus respetos.

—Si yo no conociera á doña Matilde y su familia, creería que se había vuelto unitaria; porque ahora se conocen las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted por qué se encierran esas locas?

—¿Yo? No, señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

—Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, ó porque no se la peguen con brea, lo que es una tontería, porque yo la remacharía con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y... pero tampoco usted, Florencia, la trae como es debido.

—Pero, al fin, la traigo, señora.

—¡La traigo, la traigo! Pero eso es como no traer nada. Así la traen también las unitarias; y aunque usted es la hija de un francés, no por eso es inmunda y asquerosa, como son todos ellos. Usted la trae, pero...

—Y eso es cuanto debo hacer, señora—dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversación, para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

—La traigo—continuó,—y traigo también esta pequeña donación que, por la respetable mano de usted, hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, según se dice.

Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde había doblados cuatro billetes de banco que puso en la mano de doña María Josefa, y que no era otra cosa que los ahorros de la mensualidad para limosnas y alfileres que desde el día de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo con esa satisfacción de la avaricia satisfecha tan bien pintada por Molière.

—¡Esto es ser federal! Dígale usted á su mamá

que he de avisar á Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al señor don Juan Carlos Rosado, ecónomo del hospital de mujeres—y apretaba con sus manos los billetes, como si temiera se convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

—Mamá quedaría bien recompensada con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el señor Gobernador no tiene tiempo para dirigir su atención á todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, difícilmente podría atender á tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene más acción sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar á la señora con esta segunda ofrenda que le hacía.

—¡Y bien que le ayudamos al pobre!—contestó arrellanándose en el sofá.

—Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, según se dice, y esto acabará por enfermarla.

—Anoche, por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

—¿Hasta las cuatro?

—Y dadas ya.

—Pero ahora, felizmente, creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

—¡Bah! Cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora más que nunca.

—Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que sólo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que, estando tan lejos Entre Ríos, donde es el teatro de la guerra, los uni-

tarios de aquí no molestarían mucho al Gobierno,

—¡Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos: ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

—¡Oh, eso no se les podrá impedir! ¡La costa es inmensa!

—¿Que no se les puede impedir?

—Me parece que no.

—¡Bah, bah, bah!—y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habían quedado en su encía inferior.—¿Sabe usted cuántos se «agarraron» anoche?—preguntó.

—No lo sé, señora—contestó Florencia, ostentando la más completa indiferencia.

—Cuatro, hija mía.

—¿Cuatro?

—Justamente.

—Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos á estas horas.

—¡Oh! de que no se irán yo le respondo á usted porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

—¡Algo mejor!—exclamó Florencia como admirada, disimulando que sabía ya la suerte de aquellos infelices; pues acababa de estar con la señora de Mansilla, y sabía ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que había tenido la dicha de libertarse de la muerte.

—Mejor, por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han... los han fusilado.

—¡Ah, los han fusilado!

—Y muy bien hecho; ha sido una felicidad, aunque con una pequeña desgracia.

—¡Oh! pero usted dice que es pequeña, señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer á las personas como usted.

—A veces. Uno logró escaparse.

—Entonces no tendrán mucho que molestarse para encontrarlo, porque la policía es muy activa, según creo.

—No mucho.

—Dicen que en este ramo el señor Victorica es un genio — insistió la traviesa diplomática, que quería picar el amor propio de doña María Josefa.

—¡Victorica! no diga usted disparates; yo, yo y nadie más que yo, lo hace todo.

—Así lo he creído siempre, y en el caso actual, casi estoy segura que será usted más útil que el señor jefe de policía.

—Puede usted jurarlo.

—Aunque, por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso...

—Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de casa de Juan Manuel, y ya sé más sobre el que se ha fugado, que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

—¡Es posible!

—Lo que usted oye.

—¡Pero eso es increíble... en dos horas... una señora!

—Lo que usted oye—repitió doña María Josefa cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar á Victorica y procurar que la admirasen los que la oían.

—Lo creeré porque usted lo dice, señora—con-

tinuó Florencia que iba entrando á la carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

—¡Oh! créame usted como si lo viera.

—Pero habrá puesto usted cien hombres en persecución del prófugo.

—Nada de eso. ¡Qué! Mandé llamar á Merlo que fué quien los delató; vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entonces mandé llamar á varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado, en la puerta de la sala, el que me ha dado los mejores informes. Y... ¡verá usted qué dato! ¡Camilo!—gritó, y el soldado entró en la sala y se acercó á ella con el sombrero en la mano.

—Dígame usted, Camilo—continuó ella,—¿qué señas puede dar usted del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

—Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está—contestó con una expresión de alegría salvaje en su fisonomía.

—¿Y dónde?—preguntóle la vieja.

—En el muslo izquierdo.

—¿Con qué fué herido?

—Con sable, es un hachazo.

—¿Está usted cierto de lo que dice?

—¡Cómo no he de estar cierto! Yo fuí quien le pegó el hachazo, señora.

Florencia se echó atrás, hacia el ángulo del sofá.

—¿Y lo conocería usted si lo viera?—continuó doña María Josefa.

—No, señora; pero si lo oigo hablar, lo he de reconocer.

—Bien, retírese usted, Camilo.

—Ya lo ha oído usted—prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose á la señorita Dupasquier que no había perdido una sola palabra de la declaración del bandido;—¡ya lo ha oído usted, herido en un muslo! ¡Oh, es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece á usted?

—¡A mí! Yo no alcanzo, señora, de qué importancia pueda serle á usted saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

—¿No lo alcanza usted?

—Ciertamente que no; pues supongo que el herido á estas horas estará curándose en su casa ó en alguna otra, y no se ven las heridas al través de las casas.

—¡Pobre criatura!—exclamó doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia,—¡pobre criatura! esa herida me da tres medios de averiguación.

—¡Tres medios!

—Justamente. Oígalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan á un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas; y las casas en que se note la asistencia repentina de un enfermo ¿qué le parece á usted?

—Si usted los halla buenos, señora, así serán; pero en mi opinión no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

—¡Oh! pero tengo otro de reserva para cuando con esos no logre nada.

—¿Otro medio más?

—¡Por supuesto! Los que he indicado, son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lu-

nes ya tendré, cuando menos, una pluma del pájaro.

—Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, señora—respondióle Florencia con una sonrisa llena de picante y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento á aquella máquina de cuchillos que tenía á su lado.

—¡Que no! Ya verá usted el lunes.

—¿Y por qué el lunes y no otro día cualquiera?

—¿Por qué? ¿Usted cree, señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

—Sí, señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamás la sangre de ningún hombre.

—Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

—¿No son hombres?

—No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaría pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organización de la joven, pero se dominó.

—¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre?—continuó doña María Josefa.

—Sí, señora, convengo.

—Entonces, ¿convendrá usted también en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

—Sí, señora, también convengo en eso.

—¿Que mancha las vendas que se aplican á las heridas?

—También.

—¿Las sábanas de la cama?

—Así debe ser.

—¿Las toallas en que secan las manos los asistentes del enfermo?

—También puede ser.

—¿Cree usted todo eso?

—Sí, señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que más puedo asegurar á usted, es que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme.—Y, en efecto, Florencia, con toda la vivacidad de su imaginación, hacía vanos esfuerzos para alcanzar el pensamiento maldito á que precedían aquellos preámbulos.

—¡Toma! Vamos á ver. ¿Qué día reciben la ropa sucia las lavanderas?

—Generalmente el primer día de la semana.

—A las ocho ó las nueve de la mañana, y á las diez van con ella al río, ¿entiende usted ahora?

—Sí—contestó Florencia asustada de la imaginación endemoniada de aquella mujer, que le sugería recursos que no habían pasado por la suya en todo el curso de su vida.

—La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes á este respecto.

—¡Ah! es un plan excelente—dijo la joven que ya hacía un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer cuyo aliento le parecía que estaba tan envenenado como su alma.

—¡Excelente! y sé que no se le habría ocurrido á Victorica en un año.

—Lo creo.

—Ni mucho menos á ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

—De eso no me cabe la mínima duda—excla-

mó la señorita Dupasquier, con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que doña María Josefa, habría comprendido la satisfacción que animó á la joven al hacer esa justicia á los unitarios: á esa clase distinguida á que ella pertenecía por su nacimiento y educación.

—¡Oh! ¡Florencita, no vaya usted á casarse con ningún unitario! Además de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el más ruin federal se puede medir con ellos. Y á propósito de casamiento: ¿cómo está el señor don Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algún tiempo acá?

—Está perfectamente bueno de salud, señora.

—Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos: mire usted que le doy un buen consejo.

—¡Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, señora? —interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no había dejado de picarse un poco.

—¿Para qué? ¡Oh! usted lo sabe bien. Los enamorados adivinan las cosas.

—¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

—¡Toma! ¿no ama usted á Bello?

—¡Señora!

—No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

—Si usted lo sabe...

—Sí, yo lo sé; debo prevenirle que hay moros en la costa, que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero á usted como á una hija.

—¡Engañarme! ¿quién? Aseguro á usted, señora que no la comprendo—replicó Florencia algo turbada pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar á doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

—¡Pues es gracioso! ¿y á quién he de referirme sino al mismo Daniel?

—¡Oh! eso es imposible, señora; Daniel no me ha engañado jamás—contestó con altivez Florencia.

—Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

—¿Datos?

—Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas más de una vez? Vamos, la verdad, á mí no me engaña nadie.

—Alguna vez hablo de Barracas, pero no veo qué relación tenga Barracas conmigo.

—Con usted indirecta: con Daniel, directamente.

—¿Lo cree usted?

—Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, co nocido y algo más de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel?—dijo la vieja, riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

—Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocación en todo eso—contestó la joven con fingido aplomo, pues que su corazón acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparada, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡qué mujer no está pronta siempre á creerse engañada y olvidada del ser á quien consagra su corazón y sus amores!

—No me equivoco; no, señorita. ¿A quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? A Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, joven y buen mozo, al lado de su prima, joven, linda, y dueña de sus acciones? No ha de

ponerse á rezar, según me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá, porque es el único que la visita. ¿Qué hace Daniel, que no se le ve en ninguna parte? Es porque Daniel va todas las tardes á ver á su prima, y á la noche va á ver á usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero, ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

—No es nada, señora—dijo Florencia, que, en efecto, estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenía en su corazón.

—¡Bah!—exclamó doña María Josefa, soltando una carcajada estridente.—¡Bah, bah, bah! Y eso que no lo digo todo. ¡Lo que son las muchachas!

—¡Todo!—exclamó Florencia.

—No, no quiero poner mal á nadie—y seguía riéndose á carcajada tendida, gozándose de los tormentos con que estaba torturando el corazón de su víctima.

—Señora, yo me retiro—dijo Florencia, levantándose casi trémula.

—¡Pobrecita! Tírele bien de las orejas, no se deje engañar—y sin levantarse, soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amoratadas, de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

—Señora, yo me retiro—repitió Florencia, extendiendo la mano á quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y transparente de su fe-

licidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

—Bien, mi hijita, adiós. Memorias á mamá, y que se mejore para que nos veamos pronto. Adiós, y abrir los ojos, ¡eh!—y riéndose todavía, acompañó á la señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz joven subió á su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimían su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba á punto de desmayarse. En Florencia había una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste consolación del llanto, que indudablemente arrebata en sus gotas una gran parte de la opresión física en que ponen al corazón las impresiones imprevistas y dolorosas.

La reflexión, esa facultad que levanta al hombre á la altura de la Divinidad que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificación á los males de que queremos libertarnos con ella, vino á llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella joven.

—En efecto—se decía Florencia,—Daniel monta á caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer, por ejemplo, se ha retirado de mi casa á las nueve. Nunca me ha ofrecido la relación de su prima. Por otra parte, esta mujer, que lo sabe todo, que tiene á su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa y cuanto se dice en Buenos Aires; esta mujer, que me ha hablado con tal seguridad, que posee pruebas, según me ha dicho; esta mujer, que no tiene ningún motivo para aborrecerme y engañar-

me... ¡Oh, es cierto, es cierto, Dios mío!—exclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente, cuyo color de rosa huía y reaparecía en cada segundo. Y su cabeza se perdía en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazón, como se dice vulgarmente, era más poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbía toda en las situaciones en que un pesar ó una felicidad profunda la conmovían.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas á Amalia, en que tantas veces había ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó á su casa á la una y media de la tarde, decidida á referir á su madre cuanto acababa de oir, porque Florencia no había tenido en la vida más amor que el de Daniel, ni más amistad que la de su madre. Felizmente, la señora Dupasquier acababa de salir, y Florencia se encontró sola en su salón, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, según la hora que le había anunciado en su carta de la mañana.

X

UNA AGENTE DE DANIEL

A las nueve de la mañana, Daniel se vestía tranquilamente ayudado por su fiel Fermín, que había cumplido ya todas las comisiones de que había sido encargado por su señor.

—¿Florencia misma recibió las flores?—le preguntó mientras pasaba la escobilla por su cabello castaño obscuro y por su patilla rala que se abría artificialmente en la barba, según las prescripciones federales de la época.

—Ella misma, señor.

—¿Y la carta?

—Junto con las flores.

—¿Observaste si estaba contenta?

—Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si había ocurrido alguna novedad.

—¡Pobrecita! Vamos á ver; ¿cómo estaba vestida? cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

—Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

—¡De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazón al suyo! Continúa—dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra á su cuello.

—No hacía nada más.

—Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

—Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado á la cintura.

—¡Bellísima descripción! Eso se llama un batón de mañana, Fermín. ¡Qué linda estaría! Y bien ¿qué más?

—Nada más.

—Eres un tonto.

—Pero, señor, si no tenía otro vestido.

—Sí, pero tenía zapatos ó botines, tenía algún pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa en fin que tú has debido ver para contármelo todo.

—¡Y cuándo iba á fijarme en todo eso, señor! —respondió el criado de Daniel con esa calma y esa expresión burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermín lo era por su primera educación, aun cuando los hábitos de la ciudad habían corregido mucho aquéllos de su niñez.

—Peor para ti. Vamos á otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

—La mujer á quien fuí á llamar de parte de usted, y don Cándido.

—¡Ah! mi maestro de palotes; ¡el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermín?

—No, señor. Me ha dicho que tiene precisión de hablar á usted; que hoy, á las seis, vino y halló la puerta cerrada, que volvió á las siete, y desde esa hora está esperando á que usted se levante.

—¡Diablo! Mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habría querido que me levantase á las seis de la mañana! Hazle entrar en mi escritorio, pero después

que se haya retirado doña Marcelina, y ésta puede entrar ya—dijo Daniel poniéndose una bata de tartán azul, que hacía resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran, en efecto, manos que podrían dar envidia á una coqueta.

—¿Le hago entrar aquí?—preguntó Fermín como dudando.

—Aquí, mi casto señor don Fermín. Me parece que no hablo en griego. Aquí, en mi alcoba, y tén cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da á la sala, y también la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento después, un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazón, anunció á Daniel que las enaguas de doña Marcelina venían caminando á la par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció, en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba á sus espaldas, le caía regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecían en ellas, y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que había eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades;

declaración que se empeñaban en disimular en vano dos gruesos rulos que caían hasta la barba, de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando á que no lo distinguirían entre el chocolate y el café aguado. Agregando á esto una estatura más bien alta que baja, un cuerpo más bien gordo que flaco, donde lo más notable era un pecho que parecía un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de doña Marcelina, á quien Daniel saludó sin levantarse del sillón, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuando mucho de animadora, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas á tratar con inferiores.

—La necesito á usted, doña Marcelina—le dijo haciéndole señas de que ocupase una silla frente á él.

—Siempre estoy á las órdenes de usted, señor don Daniel—contestó la recién venida sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese á bailar el circunspecto y gentil minuet de nuestros padres, haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

—Ante todas las cosas, ¿cómo va la salud y cómo están en casa?—preguntó Daniel, que era hombre que jamás pisaba fuerte sin haber tanteado antes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la víspera.

—Aburrida, señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que uno tenga.

—Eso habrá adelantado usted para cuando pase á la vida eterna—respondióle Daniel, mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

—Otros tienen más pecados que yo y ganarán el Cielo—dijo doña Marcelina moviendo la cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo los que usted sabe.

—Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

—Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaría un día de recordarlas.

—Mal hecho: perdonar á nuestros enemigos es un precepto de nuestra religión.

—¡Perdonarles! ¿Perdonarles después del bochorno que me hicieron sufrir, después de haberme hecho perder mi reputación, confundiéndome con las mujeres públicas? Jamás. Yo tengo un corazón de Capuleto.

—¡Bah!—exclamó Daniel conteniendo la risa al oir la comparación de doña Marcelina,—usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

—¿Qué dice usted? ¡exagerar, pues, nada, meterme en una carreta junto con las demás; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul; á mí que jamás había recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted, que fué por mi conducta; fué una venganza por política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que había en Buenos Aires; y por eso, el tirano de Pedriel me puso en lista, cuando Tomás Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas: ese viejo tartufo y usurero que bien hacían en decirle:

El inmortal macuquino,
Gran sacerdote apostólico,
No gastará un real en vino,
aunque reviente de cólico.

—Hermosos versos, doña Marcelina.

—Magníficos. Eran los que le componían el año 33. ¡Ah! ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administración de ese gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá también de mi amor á la literatura, porque este salvaje proscribió á todos los que nos dedicábamos á ella. Todos mis amigos fueron desterrados. ¡Ah, época fausta de los Varelas y Gallardos! pasó, pasó á la nada, como dice... ¡Acuérdese usted, señor don Daniel, acuérdese usted! —y doña Marcelina, que empezaba á sudar después de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó á los hombros el que le cubría el pecho.

—Fué una injusticia atroz—le respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la más franca expresión de la risa que estaba agitando su espíritu.

—¡Atroz!

—Y de la que sólo las relaciones de usted pudieron salvarla.

—Así fué, ya se lo he referido á usted muchas veces; me salvó uno de mis más respetables amigos, que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo más inhumano, como dice Rousseau—exclamó con énfasis doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

—Rousseau tuvo razón en escribir esa admirable novedad—dijo Daniel conteniendo la risa que le hervía en el pecho al oir aquel nombre y aquella cita en los labios de doña Marcelina.

—Pues eso fué lo que dijo. ¡Oh, si supiese usted la memoria que tengo! sabía la Argia y la

Dido, verso por verso, al otro día de representarse por primera vez.

—¡Admirable memoria!

—Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, ó el delirio de Creon, que tiene unas diez páginas y que empieza así:

«¡Triste fatalidad! Dioses supremos...»

—No, no, gracias—le dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

—Muy bien, como usted quiera.

—¿Y ahora qué lee usted, señora doña Marcelina?

—Ahora estoy leyendo el *Hijo del Carnaval*, para luego leer la *Lucinda*, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

—¡Excelentes libros! ¿Y quién le presta á usted esa escogida colección de obras?—preguntóle Daniel reclinándose en un brazo del sillón y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

—A mí no me los prestan; es á mi sobrinita Andrea á quien se los lleva el señor cura Gaete.

—¡El cura Gaete!—dijo Daniel, no pudiendo ya contener la risa, á la que dió salida libremente.

—Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instrucción, saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

—Perfectamente pensado, doña Marcelina; pero lo que no entiendo es cómo una persona, con

los principios políticos de usted, acepta la amistad de ese honrado sacerdote, que es hoy la más brillante joya de la federación.

—¡Qué! ¡Si á él mismo le canto la «cartilla» todos los días!

—¿Y la sufre á usted?

—La echa de tolerante. Se ríe, me da la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas á leerle los libros que lleva.

—¡Gertruditas! ¿También tiene usted otra joven de ese nombre en su casa?

—Es una sobrina mía, á quien he recogido hace un mes.

—¡Santa Bárbara! ¡Tiene usted más sobrinas que nietos tuvo Adán por la línea de Seth, hijo de Caín y de Ada! ¿Ha leído usted la biblia, doña Marcelina?

—No.

—¿Pero habrá usted leído el *Don Quijote?*

—Tampoco.

—Pues ese don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas á Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podía haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

—¿El de protectora de mis desgraciadas sobrinas, querrá usted decir?

—Exactamente.

—Hago por ellas lo que puedo.

—Pero ¿qué haría usted si el reverendo cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el día que por primera vez entré en ella, con la recomendación de Mr. Douglas?

—¡Oh, Dios mío! ¡estaría perdida! Pero el cu-

ra Gaete no será tan curioso como lo fué el señor don Daniel Bello—dijo doña Marcelina, con cierto aire de reconvención cariñosa.

—Tiene usted razón y yo la tengo también. Fuí á su casa para entregarle una carta que debía llevar usted adonde yo le indicase. Le pedí un tintero para poner la dirección de la carta; en ese tiempo llamaron á la puerta; y me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaría un tintero; lo busqué, sin hallarlo, abrí el cajón, y...

—Usted no debió haber leído lo que allí había, picaruelo—dijo, interrumpiéndolo, doña Marcelina con un tono cada vez más cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedía cada vez que se veían.

—¿Y cómo resistir á la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

—Que me mandaba mi hijo, como se lo he dicho á usted.

—Sí, ¡pero la carta!

—¡Ah, sí, la carta! Por ella me habrían fusilado sin compasión estos bárbaros. ¡Qué imprudencia la mía! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo? ¿la conserva usted siempre?

—¡Oh! ¡eso de decir usted que les había de cortar la trenza á todas las mujeres de la familia de Rosas, cuando entrase Lavalle, es muy grave, doña Marcelina!

—¡Qué quiere usted! ¡El entusiasmo! ¡las ofensas recibidas! pero qué... ¡Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante?—preguntó de nuevo doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreirse.

—Ya le he dicho á usted que tomé esa carta para librarla de un peligro.

—Pero usted debió romperla.

—Y habría hecho una inaudita bestialidad.

—Pero ¿para qué la conserva usted?

—Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme, sean bien recompensados más tarde.

—¿Para ese solo objeto la guarda usted?

—No me ha dado usted motivos, hasta ahora, para mudar de idea—respondió Daniel, marcando pausadamente sus palabras.

—¡Ni los daré jamás!—exclamó la pobre mujer, descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se había comprimido en ellos durante la conversación de la carta, que era su pesadilla diaria.

—Así lo creo. Y ahora vamos á lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted á Douglas?

—Hace tres días que lo vi. Anteanoche embarcó á cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

—Muy bien. Hoy tiene usted que volver á verlo.

—¿Hoy?

—Ahora mismo.

—Iré en el acto.

Daniel pasó á su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que había escrito y guardado debajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y, tomando una pluma, volvió á su aposento.

—Ponga usted el sobre de esta carta.

—¿Yo?

—Sí, usted; á Mr. Douglas.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Ya está—dijo la tía de todas las sobrinas, después de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

—Irá usted á casa de Mr. Douglas, le hablará á solas, y le entregará esa carta, de mi parte.

—Así lo haré.

—Guarde usted la carta en el seno.

—Ya está. No tenga usted ningún cuidado.

—A otra cosa.

—Lo que usted ordene.

—Necesito estar solo en casa de usted, mañana ó pasado mañana á la tarde, por media hora solamente.

—Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas á pasear; pero ¿y la llave?

—Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano, determinándome el día y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea á la oración, porque quiero evitar que me vean.

—¡Oh, la calle de mi casa es un desierto! Sólo en verano, como está la casa á media cuadra del río, suele pasar alguna gente á bañarse.

—Quiero también que deje usted abiertas las puertas interiores.

—Hay poco que robar.

—Algún día habrá más. No exijo de usted sino discreción y silencio; la menor imprudencia, sin costárme á mí un cabello, le costaría á usted la cabeza.

—Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, señor don Daniel; pero, aunque así no fuera, yo me haría matar por el último de los unitarios.

—Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he di-

cho á usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

—No hay dos que tengan la memoria que yo—respondió doña Marcelina, que se hallaba algo turbada por el tono serio con que Daniel acababa de hablarle.

—Bien; hágase usted cargo de que le he enseñado un trozo de versos, y despidámonos.

Y Daniel, entrando en su gabinete, abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

—Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

—¡Vale usted un Perú!—exclamó la recitadora de la Argia.—En sola una vez, y sin interés, es usted más generoso—continuó,—que el fraile Gaete en todo un mes, con mi sobrina Gertrudis.

—Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta más ver.

—Hasta siempre, señor don Daniel—y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de un buen tono, salió doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa, cuando navega con viento en popa.

XI

DONDE APARECE EL HOMBRE DE LA CAÑA DE LA INDIA

Apenas doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermín introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego el sombrero y el bastón en una silla, y dirigiéndose á Daniel con la mano estirada.

—Buenos días, mi querido y estimado Daniel. Por ser el día que más he necesitado hablarte, parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡á mí, á tu primer maestro! Pero, en fin, ya estoy á tu lado, y, con tu permiso, me siento.

—Sabe usted, señor, que yo me levanto tarde generalmente.

—Siempre tuviste esa costumbre «intrínseca», ese instinto innato; más de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado á las horas improrrogables de clase.

—Y con todas las penitencias no logró usted enseñarme á escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido señor don Cándido.

—De lo que yo me lisonjeo mucho.

—¡Es posible!... Mil gracias, señor.

—En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que sólo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimo tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamás una escritura regular, mediana siquiera.

—Gracias por la lisonja, pero declaro á usted que yo me avendría mucho con tener menos talento y mejor letra.

—Pero eso no obsta á que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿no es verdad?

—Cierto que no, señor; respeto á usted como á todas las personas que dirigieron mi infancia.

—¿Y me prestarías un servicio el día que tuviese necesidad de ti?

—En el acto, si estuviese en mi mano. Hábleme usted con franqueza.

—¿Sí?

—Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada más común que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos. Hábleme usted con franqueza—le repitió Daniel, cuya delicadeza había querido ahorrar á su maestro el disgusto de amplificar la situación pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que lo traía á su casa.

—No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente, con mis ahorros junté un pequeño capital, de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de ti. Hay épocas terribles en la vida: Epocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro á inocentes y á culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar, lo ponen á punto de zozobrar con todos los hombres que lleva adentro, buenos ó malos, judíos ó cristianos. Recuerdo un viaje que hice á las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por más que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y...

—Perdone usted, señor; creo que usted se ha

distraído de su asunto especial—le dijo Daniel, que conocía prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarían jamás sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

—A eso voy.

—Lo mejor de este mundo, señor, es empezar las cosas por el principio, y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto adonde vamos. Al asunto, pues—insistió Daniel, que á pesar de que solía divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los más, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese día no tenía su espíritu para juegos, ni tiempo que perder.

—Bien: voy á hablarte como á un hijo tierno, cariñoso, discreto y razonable.

—Con lo último basta, señor: adelante.

—Yo sé bien que tú estás á buenas anclas—prosiguió don Cándido, en quien los circunloquios formaban, junto con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

—No entiendo.

—Quiero decir, que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu señor padre...

—Por el amor de Dios, señor: créame usted que no está en mi organización resistir por mucho tiempo ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

—A eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas á mi derecha, con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puer-

ta abierta, dejabas la gorrita y echabas á correr hasta tu casa. Decía, pues, que tu posición distinguida, á la que te has abierto camino dilatado, llano y florido, las amistades de tu padre, honrado, generoso y patriota, como á la vez tu talento exquisito, y tu gusto extremado por el trato franco y cordial de los hombres...

—Muy bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

—Oyeme.

—Oigo.

—Yo sé que, á medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian, es mejor...

—¿Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

—A ello voy.

—¡Paciencia!—dijo Daniel entre sí mismo, dominándose, como era su costumbre desde hacía algunos años.

—¿Tú tienes relaciones?

—Muchas: adelante.

—Y entre ellas las del señor jefe de policía, don Bernardo Victorica, ¿no es verdad?

—Es cierto. Y, ¿qué es lo que usted quiere?

—Oyeme, Daniel. Yo te he enseñado á escribir, yo te quise como á un hijo, por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo...

—Gracias, gracias, señor.

—Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; á este desgraciado presente que, envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace, ó está para hacer, la desgracia completa, irremisible y fatal de mi existencia.

—Conque, ¿qué es lo que usted deseaba?—pre-

guntóle Daniel, mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar á su fisonomía la más leve señal de la impaciencia que lo agitaba.

—Deseaba, pues, que me hicieras un grande y no menos importante servicio, Daniel.

—Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversación, señor.

—Despacio, vamos por partes.

—Vamos como usted quiera, vamos.

—¿Tú tienes relaciones?

—Sí, señor.

—¿Poderosas?

—Sí, señor.

—¿Y con Victorica también?

—Sí, señor.

—Entonces, Daniel, hazme...

—¿Qué?

—Daniel, en nombre de tus primeras planas, que yo corregía con tanto gusto, hazme... ¿estamos solos?

—Perfectamente solos—le contestó Daniel, algo sorprendido al ver que don Cándido se ponía pálido á medida que hablaba.

—Entonces, Daniel querido y estimado, hazme...

—¿Qué? por todos los santos del Cielo.

—Hazme poner en la cárcel, Daniel—dijo don Cándido, pegando su boca á la oreja de su discípulo, que se dió vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía, para ver si descubría algo que lo convenciese de que su maestro estaba loco.

—¿Te sorprendes?—continuó don Cándido,—sin embargo, yo exijo de ti ese servicio eminente,

como el más valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.

—Y ¿qué objeto se propone usted con estar en la cárcel?—interrogó Daniel, que no podía formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.

—¿Qué objeto? Vivir con seguridad, tranquilo, descansado, mientras pasa la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.

—¿La tormenta?

—Sí, joven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y, sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comúnmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecían locos en Buenos Aires, yo fuí preso dos veces por equivocación; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza, por equivocación también. Yo sé lo que hay, sé lo que va á suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

—¿Pero qué hay? ¿qué va á suceder?—preguntó Daniel, empezando á traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de don Cándido.

—¡Qué hay! ¿No lees la *Gaceta*? ¿No lees todos los días esas terroríficas amenazas del furor popular, de sangre, de exterminio, de muerte?

—Pero eso es contra los unitarios, y, según creo, usted no ha contraído compromisos políticos.

—Ninguno; pero esas amenazas aterradoras, fulmíneas é incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos; y además, yo tiemblo á las equivocaciones.

—¡Aprensiones, señor!

—¡Aprensiones! ¡No ves esos hombres de as-

pecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses acá han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y puríficas de los templos, con sus inmensos puñales á la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula!

—¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la federación?

—Pero esos son los síntomas primeros, atronadores y centelleantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va á llegar.

—¿Y por qué va á llegar ese momento? Hable usted, señor.

—¡Oh! ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales, desde hoy á las cuatro de la mañana.

—Señor, confieso á usted que, si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer á estas horas.

—No, no te irás, oye.

—Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fué á la puerta del gabinete que daba á la sala, miró por la bocallave, y después de convencerse de que no había nadie del otro lado de la puerta, volvió junto á Daniel y le dijo al oído, con tono misterioso:

—¡Lamadrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dió un salto en la silla; un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente se apagó al influjo de la poderosa voluntad de ese joven, que se ejercitaba especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano ha-

ce traición con frecuencia á las situaciones del espíritu.

—Usted delira, señor—le respondió, volviendo á sentarse tranquilamente.

—Cierto, Daniel, cierto, como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

—Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como á un niño y que se burla de mí.—Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda la fisonomía de aquel hombre que iba á ser observado hasta en lo más secreto de su pensamiento.

—No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Oyeme, y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que después que dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré á mi casa, á vivir tranquilameinte del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé en mi servicio á una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica...

—Pero, señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general Lamadrid?

—Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo que desde diez años atrás trabajaba de peón en Tucumán; ¡hijo excelente, jamás deja de mandarle una parte de sus ahorros á su madre! Habiéndote dicho esto, ¿lo has oído bien?

—Demasiado bien, señor.

—Entonces vamos á lo que hace á mí. Mi casa tiene una puerta de calle. ¡Ah! se me olvidaba decirte que el hijo de la mujer que me sirve, vino de chasque á mediados del año pasado, ¿estás?

—Estoy.

—Mi casa, pues, tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja, que da á la calle. Después de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huído fugitivo de mis ojos, y no es dormir, sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurría á una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamás de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurro, y desde la oración me encierro en mi casa.

—¡Válgame Dios, señor! pero, ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con?...

—A eso voy.

—¿Adónde? ¿á la tertulia de malilla?

—No, al acontecimiento.

—¿Al de Lamadrid?

—Sí.

—¡Gracias á Dios!

—Anoche, á las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado, como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo se para á la puerta, y que el ruido de un latón decía claramente que el hombre que se desmontaba era un oficial ó un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror á la sangre, y, te lo confesaré todo, mi cuerpo se puso á temblar y un sudor frío me bañó de los pies á la cabeza; la cosa no era para menos, ¿no es verdad?

—Prosiga usted, señor.

—Prosigo. Me tiré de la cama, abrí, sin hacer ruido, el postigo de la ventana; después una rendija de ésta. La noche estaba obscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta, en la ventana de Nicolasa, mi sirvienta, el hombre de á caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en segui-

da, y después de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente; me creí vendido, y sin perder un momento, salí descalzo al patio y fuí á mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿á quién te parece que reconocí?

—Dígalo usted, y lo sabré con más propiedad.

—Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningún peligro inminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndole que tenía que volver en el acto á la casa del Gobernador, que venía de chasque de la provincia de Tucumán, y hacía un momento que había entregado los pliegos.

—Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna— le dijo Daniel, á quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios ni los circunloquios.

—Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente hierro. Le dijo que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucumán, en que le anunciarían al Gobernador, probablemente, lo que había hecho el general Lamadrid. Nicolasa, curiosa indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas á este respecto, y el hijo, conjurándola á que guardase el más profundo silencio, le refirió que, luego de llegar Lamadrid á Tucumán, se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo había recibido en fiesta, y que el Gobierno lo había nombrado, y hecho reconocer, General en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como también por jefe del Estayo Mayor al coronel don Lorenzo Lu-

gones, y jefe de coraceros del Orden al coronel don Mariano Acha. ¡Imagínate, hijo mío, la impresión que todo esto me causaría, desnudo, como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

—Sí, sí, prosiga usted—dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra, cuantas salían de la boca de don Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteración en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con el irresistible poder de su voluntad.

—¿Qué he de proseguir, qué más necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó á su madre, no fué sino sobre fiestas, sobre alegría, y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

—Pero pronunciaría algún otro nombre, alguna cosa especial.

—Ninguna. Estuvo apenas diez minutos con su madre, y se fué después de darle algún dinero y besarle la mano, prometiéndole que hoy volvería, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo, ¡oh! te voy á contar toda la historia...

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Es joven, veintidós ó veintitrés años á lo más; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

—A los veintidós años un hombre no es comúnmente malo. Un hijo que atiende á su madre desde lejos, es un hombre de corazón. No tenía interés ninguno en engañar á su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina!—dijo Daniel para sí mismo, sin dar atención á los últimos adjetivos de don Cándido.

—Y bien—continuó,—será muy cierto cuanto usted me dice del general Lamadrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

—¿Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: á pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del Gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

—Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando á usted la más completa seguridad de mi secreto; pero no es esta una ocasión que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

—Bien, bien, eso es prudencia, poro yo sé lo que me digo; y te decía también, ó quería decirte, que el suceso del general Lamadrid va á irritar excesivamente al señor Gobernador; que su irritación sanguínea va á comunicarse rápida y sutilmente á todos esos caballeros á quienes ni tú ni yo tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda de que han sido mandados por el diablo. Quiero decir también que todas las amenazas de la *Gaceta* van á cumplirse; que van á herir y matar á diestra y siniestra, y que, aunque tenga yo la convicción profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocación cuando menos. Y es esto lo que es preciso evitar, lo que es necesario que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

—Lo único que pienso, es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir

de su casa mientras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

—¿Y qué sacamos con eso? Entrarán en mi casa para entrar en la del vecino, y por matar á Juan de los Palotes, matarán á don Cándido Rodríguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

—¡Oh! ¡pero eso sería una cosa horrible!

—Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaría yo de sufrirla inocente y doloridamente.

—¿Pero qué hacer, entonces?

—Evitarla, impedirla, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

—¿Y cómo?

—Escucha. Entrando en la cárcel no por orden del señor Gobernador, sino por alguna otra orden subalterna, el Gobernador, que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará orden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcalde tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prisión. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa, una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán; al contrario, serán mi garantía contra todo asalto de la Sociedad Popular, sobre todo contra toda equivocación.

—Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional, ¿cómo quiere usted, señor don Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel? ¿De qué pretexto valerme?

—¡Oh, eso es lo más fácil! Yo te lo diré: te vas á ver ahora mismo á Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que mientras

entablas tu acción criminal, pides mi prisión en el día; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y héme ahí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

—Pero, señor, no es costumbre entre nosotros, que los hombres de mi edad vayan á quejarse á las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo, la situación de usted me interesa—continuó Daniel, cuya cabeza, preocupada con la noticia importante que acababa de recibir tan incidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podría sacarse de aquel hombre enfermo por el terror, que á todo se prestaría con la mayor docilidad, á cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginación le creaba.

—¡Oh! yo bien sabía que te interesarías por mí, tú, el más noble, bondadoso y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, ¿no es verdad?

—Creo que sí. ¿Se contentaría usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posición política en la actualidad es la mejor recomendación de federalismo para los individuos que la sirven?

—¡Ah! eso sería el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y además, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patrón, á quien desde ahora también profeso el más íntimo, profundo y leal respeto. ¡Tú me salvas, Daniel!

Y don Cándido se levantó y abrazó á su discípulo con una efusión de cariño á que él habría llamado «entusiástica», ardiente, espontánea y simpática.

—Retírese usted tranquilo, señor don Cándido,

y tenga usted la bondad de volver á verme mañana.

—¡ Sin falta, sin falta !

—No siendo á las seis de la mañana, bien entendido.

—No, vendré á las siete.

—Tampoco. Venga usted á las diez de la mañana.

—Bien ; vendré á las diez, seré exacto y puntual á la cita.

—Una palabra : guarde usted el más profundo silencio sobre el asunto del general Lamadrid.

—He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro á fe de honrado y pacífico ciudadano.

—Nada de juramentos, señor, y hasta mañana—dijo Daniel sonriendo, dando la mano y acompañando á su maestro hasta la puerta del gabinete.

—Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el más bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y don Cándido Rodríguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que á su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran señor de la federación de 1840.

—Son las doce, Fermín. Pronto, un frac ó una levita, cualquier cosa—dijo Daniel á su criado, que entró en el gabinete en el momento de salir don Cándido.

—Han venido de casa del Coronel Salomón—le dijo Fermín.

—¿ Han traído una carta ?

—No, señor. El Coronel Salomón mandó decir

á usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento; pero que hoy á las cuatro de la tarde iba á reunir la Sociedad, y que lo esperaba á usted á las tres y media.

—Bien, dame la ropa.

XII

FLORENCIA Y DANIEL

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del Cabildo marcase las dos de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de Relaciones Exteriores, don Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en dirección al Sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela que cruza la ciudad de Este á Oeste, y doblando por ella, en dirección al Bajo, caminó hasta la de la Reconquista.

Daniel no había adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacía relación con su amigo Eduardo, ó más bien, mucho había ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabía una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venía de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban á su alcance para saber, antes que Victorica, lo que había ocurrido en el Bajo de la Residencia, según las propias palabras del señor Ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba sobre todo lo demás, es decir, una ignorancia completa, ó una confusión de relaciones en todos aquellos á quienes se había dirigido, y cuyos informes debía recoger en el resto del día.

Ya sabía que el Ministro estaba ajeno á cuanto había pasado. Iba á saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban doña Agustina Rosas de Mansilla y doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relación que de él hiciesen, debía provenir directamente de la casa de Rosas, adonde habrían convergido los informes de Victorica y sus agentes, y adonde esas señoras concurrían todas las mañanas; y por último, esa tarde sabría lo más ó menos informada que estaban la Sociedad Popular y su presidente sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habría tomado entonces todos los caminos oficiales y semioficiales por donde podía andar, más ó menos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no había perdido el tiempo en su ministerial visita, pues había conseguido que el señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese joven que, casi solo, sin más armas que su valor, y sin más auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban á ser relajados prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no había desenvuéltose nunca ese espíritu de asociación que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese joven, decíamos, que era una

especie de conspiración viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprensible por su petulancia al querer trastornar, con el solo poder de su espíritu, un orden de cosas constituido más bien por la educación social del pueblo argentino, que por los esfuerzos y por los planes del Dictador.

Don Felipe Arana, que tenía gran respeto á los talentos de Daniel, á quien más de una vez consultaba sobre alguna redacción de fórmula ó alguna traducción del francés, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de Relaciones Exteriores, había consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó á revelarse en él desde el año 1804, en que se afilió en la Hermandad del Santísimo Sacramento, y cubierto con su pelliz de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la Custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salía de la Santa Iglesia Catedral la procesión que se llamaba de la Renovación, por ser el día en que se renovaba la Hostia consagrada.

Y aquella aceptación de aquel consejo iba á convertirse en un árbol de excelentes frutos para aquel joven, á quien sólo faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, á pesar de su aislamiento, se desenvolvía, después de algunos meses, un plan todo él de conspiración activa contra Rosas, que irá conociéndose más tarde, á medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasión también de saber algo sobre esa importante conce-

sión que acababa de conseguir de don Felipe Arana.

Y, entretanto, diremos que Daniel había doblado por la calle de la Reconquista y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la Naturaleza y la educación regalan á los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan á reproducir jamás. Con su levita negra abotonada y sus guantes blancos, en la edad más bella de la vida de un hombre y con su fisonomía distinguida y ese color americano que suele marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado á la mirada de las mujeres y á la observación de los hombres de espíritu, que no podían menos de reconocer un igual suyo en aquel joven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad exclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado á la calle de la Reconquista, nuestro joven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazón.

De pie, junto á la mesa redonda que había en medio del salón, y sus ojos fijos en un ramo de flores que había en ella colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veía las flores ni sentía la impresión de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que lo estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oir salir de boca de doña María Josefa, al mismo tiempo que dibujaba á su capricho la imagen de esa Amalia á quien creía estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstracción de su espíritu era tal, que sólo conoció que habían abierto la puerta del salón, á la que daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

—¡Daniel!—exclamó la joven, volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fué tan natural y tan marcada la expresión, no de enojo, sino de disgusto, que asomó á su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asomaba el pudor á las mejillas de una joven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

—Caballero, mi mamá no está en casa—dijo luego Florencia, con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

—¡Mi mamá no está en casa, caballero!—repitió Daniel, como si le fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salían de los labios de su querida.—Florencia—continuó,—juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en ti.

—Quiero decir que estoy sola, y que espero querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe á una señorita.

Daniel se puso colorado hasta las orejas.

—Florencia, por el amor de Dios, dime que estás jugando conmigo, ó dime si es verdad que yo he perdido la cabeza.

—La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí.

—¿Y cuál, Florencia?

—Mi estimación, señor.

—¡Tu estimación! ¿yo?

—¡Y qué le importan á usted el cariño ni la estimación míos!—dijo Florencia, con una fugitiva sonrisa y marcando ese gesto de desdén que era el más bello juguete de su pequeña boca.

—¡Florencia!—exclamó Daniel, dando un paso hacia ella.

—¡Quieto, caballero!—dijo la joven sin moverse de su puesto, y alzando su cabeza y extendiendo su brazo hacia Daniel, que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada.

Pero fué tal la dignidad y la resolución que acompañaron á la palabra y á la acción de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar explicaciones. La escena empezaba á cambiar.

—Creo, señorita—dijo Daniel, rompiendo el silencio,—que, si he perdido la estimación de usted, á lo menos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

—Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder á esa pregunta—repuso Florencia con esa altanería regia que es una peculiaridad en las mujeres delicadas, cuando están, ó creen estar, ofendidas por su amado, mientras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

—Entonces, señorita, me tomaré la libertad de decir á usted, que, si en todo esto no hay una burla, que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo á usted en concepto mío—replicó Daniel con seriedad.

—Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió á reinar.

—Florencia, si anoche me retiré á las nueve, fué porque un asunto importante reclamaba mi presencia lejos de aquí.

—Señor, es usted muy libre para entrar en mi casa y retirarse de ella á la hora que mejor le plazca.

—Gracias, señorita—dijo Daniel, mordiéndose los labios.

—Gracias, caballero.

—¿De qué, señorita?

—De vuestra conducta.

—¡De mi conducta!

—¿Se ha levantado usted sordo hoy, caballero? Repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria—dijo Florencia, riéndose y envolviendo á Daniel con una mirada la más desdeñosa del mundo.

—Hay ciertas palabras que yo necesito repetirlas para entenderlas.

—Es un trabajo inútil esa repetición.

—¿Puedo saber por qué, señorita?

—Porque tiene obligación de oir lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos... ¡almas!

—¡Florencia!—exclamó Daniel, con voz irritada;—aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una explicación ahora mismo.

—Exijo ¿ha dicho usted?

—Sí, señorita, lo exijo.

—¿Me hace usted el favor de volver á repetirlo?

—¡Florencia!

—¿Señor?

—¡Oh! Basta, esto ya es demasiado.

—¿Le parece á usted?

—Me parece, señorita, que esto, ó es una burla indigna, ó es buscar un pretexto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor, me dan derecho á interrogar por la causa de un procedimiento semejante, y á pedir la razón del modo porque así se me trata.

—¡Ah! ya no exije usted, *pide*, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor—dijo Florencia, midiendo á Daniel de pies á cabeza con una mirada la más altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel se agolpó á su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

—Exijo ó pido, como usted quiera; pero quiero, ¿entiende usted, señorita? quiero una explicación de esta escena—dijo, volviendo á apoyar su mano en el respaldo de la silla.

—Calma, señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. ¿Supongo no querrá usted olvidar que es á una mujer á quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvención le era más amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

—¡Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mío!—

exclamó, bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió á reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

—Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito: ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una explicación?

—¡Una explicación! ¿y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

—Eso es lo que pido, señorita.

—¡Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden explicaciones de las injusticias que se reciben.

—Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora...

—¿Qué cree usted?

—Que no tratamos de política.

—Usted se engaña.

—¡Yo!

—Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene á usted tratar; á lo menos, tengo mis razones para creer que son los *únicos* para que *yo* le sirvo á *usted*.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que le había pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza, agitó visiblemente sus facciones, mientras que Florencia lo miraba con una expresión, más bien de lástima que de resentimiento.

—Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier—dijo Daniel con sequedad,—tenía algún interés en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algún peligro amenazaba la existencia de sus amigos, ó la suya propia, quizá.

—¡ Oh ! esto último, caballero, no puede inquietar mucho á la señorita Dupasquier.

—¡ De veras !

—Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que, si algún peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algún lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

—¡ Yo !

—Me parece que es con usted con quien estoy hablando.

—¡ Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme !—repitió Daniel, cada vez más extraviado en aquel laberinto.

—¿ Quiere usted que hable en francés, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra ? He dicho en muy buen castellano, y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de Hadas : ¿ no sabe usted dónde es esto, señor Bello ?

—Esto es insufrible.

—Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy á usted hablando de lo que más le interesa en este mundo.

—¡ Florencia, por Dios !

—¡ Ah ! ¿ no le ha parecido á usted bien la comparación de la gruta de Armida, y la isla de Ednido ? Vamos, compararé, entonces, su lugar encantado con la isla de Calipso ; usted será su Telémaco ; ¿ le parece á usted bien ?

—Por el cielo, ó por el infierno ; ¿ dónde es ese paraje á que está usted haciendo esas alusiones insoportables ?

—¿ De veras ?

—¡ Florencia, esto es horrible !

—No tal : es bien divertido.

—¿Qué?

—Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, señor?

—¿Pero dónde, dónde?

—En Barracas, por ejemplo—y diciendo estas palabras la joven dió la espalda á Daniel y empezó á pasearse por la sala con el aire más negligente del mundo, mientras en su inexperto corazón ardía la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor, cuyos mayores estragos se obran á los dieciocho años y á los cuarenta años, en la vida de las mujeres.

—¡En Barracas!—exclamó Daniel, dando precipitadamente algunos pasos hacia Florencia.

—Y bien, ¿no estaría usted perfectamente allí?—continuó la joven, volviéndose á Daniel.—Además—siguió, moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito,—usted tendría cuidado de que no lo hiriesen, para evitar que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios ó las lavanderas.

—¡En Barracas! ¡herido! Florencia, me matas si no te explicas.

—¡Oh! no se morirá usted; á lo menos, hará usted lo posible por no morirse en la época más venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

—¡Somos perdidos, Dios mío!—exclamó Daniel, cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoración, estaban, sin embargo, torturándose el alma, al influjo del genio perverso que había soplado la llama de

los celos en el corazón de una mujer joven y sin experiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo á que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó á sus pies, y de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

—Por el amor del Cielo, Florencia—le dijo, alzando los ojos hacia ella, pálido como un cadáver,—por ti, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, explícame el misterio de tus palabras. Yo te amo, tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Esta te pertenece como mi alma, luz de mi vida, encanto angelical de mi corazón. Mujer ninguna es en el mundo más amada que tú. Pero ¡oh, Dios mío! no es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mía. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del día, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo á muerte contra un brazo infinitamente superior al mío; es la vida de... Oye, Florencia, porque tu alma es la mía, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mía, y el puñal que atraviese el corazón de Eduardo, ha de llegar también hasta mi pecho.

—¡Daniel!—exclamó Florencia, inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasión, estaban reflejándose en la fisonomía y en las

palabras de Daniel, y el corazón de Florencia empezaba á regenerarse de la presión de los celos.

—Sí—continuó Daniel, teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia, —Eduardo, ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa ni la de él podían servirnos.

—¡Eduardo asesinado! ¡Dios mío! ¡qué día espantoso es éste para mi corazón! ¿pero no morirá, no es cierto?

—No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo á alguna parte, y lo conduje á casa de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer á quien después de ti quiero en el mundo, como se quiere á una hermana, como se debe querer á una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado á su ruina, á ella, que vivía tan tranquila y feliz!

—¿Su ruina? ¿por qué, Daniel? ¿por qué?—y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimían el miedo en su corazón.

—Porque para Rosas la caridad es un crimen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo, y...

—¡Nada saben, nada saben!—exclamó Florencia, radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos,—nada saben, pero pueden saberlo todo; ¡oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma á su querido, y sentándolo, y ella á su lado, en las primeras sillas que

encontró, refirióle en cinco minutos su conversación con la señora de Mansilla y doña María Josefa. Pero, á medida que iba llegando al punto de la conversación sobre Amalia, su semblante se descomponía, y sus palabras iban siendo más marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteración al escuchar el episodio sobre sus visitas á Barracas, lo que no escapó á la penetración de la joven.

—¡Infames!—exclamó luego que aquélla había concluido su narración.—Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece á Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. ¡Infame! ¡Complacerse en torturar el corazón de una criatura!

—¡Florencia!—continuó Daniel, volviéndose á ésta,—yo te insultaría si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho, no es más que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demás es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en la balanza la palabra de esa mujer y la mía.

—Así es, en general; pero en este caso, Daniel, lo más que puedo hacer es suspender mi juicio.—Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusación hecha á su amante.

—¿Dudas de mí, Florencia?

—Daniel, yo quiero conocer á Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

—La conocerás.

—Quiero frecuentar su relación.

—Bien.

—Quiero que sea en esta semana el primer día en que nos veamos.

—Bien, ¿quieres más?—contestó Daniel con seriedad.

—Nada más—respondió Florencia, y extendió su mano á Daniel que la conservó entre las suyas. En cualquiera otra ocasión, habría impreso un millón de besos en esa mano tan querida, pero en ésta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban á sus amigos de Barracas.

—¿Estás segura de que el bandido no dió ninguna seña particular de Eduardo?—le preguntó Daniel.

—Cierta; ninguna.

—Necesito retirarme, Florencia mía, y, lo que es más cruel, hoy no podré volver á verte.

—¿Ni á la noche?

—Ni á la noche.

—¿Acaso irá usted á Barracas?

—Sí, Florencia, y no regresaré hasta muy tarde. ¿Crees tú que no debo estar al lado de Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, á quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar á Eduardo, á mi único amigo, á tu hermano, como tú le llamas?

—Anda, Daniel—contestó Florencia, levantándose de la silla y bajando los ojos, cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa joven.

—¿Dudas de mí, Florencia?

—Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

—Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en ti lo que jamás se ha separado de mi pecho—y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocía bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda más delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazón. Ya no dudaba; ya no tenía sino amor y ternura por Daniel; porque un instante después de haber llorado en una tierna reconciliación, una mujer ama doblemente á su querido.

Dos minutos después, Florencia, sentada en un sofá, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvía á tomar la calle de Venezuela.

XIII

EL PRESIDENTE SALOMÓN

En la acera enfrente del costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolás, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera á media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes, á la oración, era cosa segura que se hallaría sentado en él al habitan-

te y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta más arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho á sesenta años de edad, alto y de un volumen que podría muy bien poner en celos al más gordo buey de los que se presentan en las exposiciones anuales de los Estados Unidos; cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua á la casa que se acaba de conocer, y el obscuro apellido de González.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradición no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomón. Pero lo que hay de positivo es que á este nombre nuestro don Jenaro se ponía furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquéllos que, por más ó menos vino ó aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este don Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitán de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicación en un motín militar, dejando en prematura viudedad á su esposa doña María Riso y en orfandad á su hija Quintina.

A su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor Julián González. Y por un rasgo

de filosofía popular ó acaso porque el nombre de Salomón sonaba mejor á su oído que el de González, desde la muerte de su hermano Jenaro, don Julián empezó á firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos Julián González Salomón.

—Y he ahí desde entonces adherido á su nombre de bautismo el nombre ilustre que solía fermentar la bilis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este don Julián empezó á crecer en volumen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volumen, pues que de pulpero empezó á elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa, pues don Julián González Salomón y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, eran un solo viviente verdadero é indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino á la entrada del general Rosas en el Gobierno, fué demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terrón de carne y barro, y desde el umbral de su puerta, lo levantó á la altura de coronel de milicias, y más tarde á la de presidente de la Sociedad Popular Restauradora, de quien la unión de sus miembros fué simbolizada por una mazorca de maíz, á imitación de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquél, y cuyo objeto era la propaganda de *Más-horca;* equívoco de pronunciación que servía para determinar el símbolo y la idea, y que fué aplicado también á la Sociedad Popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del día en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la

casa del coronel Salomón estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma ó de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y á pesar de ser éste un espectáculo muy común en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolás estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomón estaba cuajada por los jinetes á quienes pertenecían aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo más ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul obscura con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal á la cintura, cuyo mango salía por sobre la chaqueta un poco hacia el costado derecho: espada de la federación, como le llama Daniel. Y, del mismo modo del traje, las caras de aquellos hombres parecían también uniformadas: bigote espeso; patilla abierta por debajo de la barba, y fisonomía de esas que sólo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado antes en ninguna parte de la tierra.

Sentados, unos en las sillas de madera y de paja que había desordenadamente colocadas en la sala, otros en el vano de las ventanas, y otros, en fin, sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó donde solía echar su firma el señor presidente Salomón, haciendo traer antes un tarrito de pomada que servía de tintero en la heredada pul-

pería cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, al través de cuyos celajes se descubrían sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua á la sala, sentado á los pies de un gran catre que le servía de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetía por la vigésima vez un hombre que era precisamente la antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomón: y este hombre era Daniel, y el diálogo el siguiente:

—¿Cree que ya estoy?

—Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

—Pero mire: usted me hará el favor de sentarse á mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

—Ya había pensado pedirle á usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme á nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

—Eso corre de mi cuenta. Vamos á entrar.

—Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos á nuestra sociedad federal el mismo orden que hay en la sala de representantes.

—Si ya se lo he dicho á Romeo, pero es un haragán que no sabe más que hablar.

—No importa, vuelva usted á decírselo, y lo hará.

—Bueno, entremos.

Y el presidente Salomón y Daniel Bello, vestido con su misma levita negra abotonada, pero con

una divisa algo más larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesión.

—Buenas tardes, señores—dijo Salomón con el tono más serio y magistral del mundo, encaminándose á ocupar la silla que había delante de la mesa de pino.

—Buenas tardes, presidente, coronel, compadre, etc.—contestó cada uno de los presentes, según el título que acostumbraba á dar á don Julián Salomón; lanzando todos á la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de menos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de más una cara y unas manos demasiado finas.

—Señores—dijo Salomón,—el señor es don Daniel Bello, hijo del hacendado don Antonio Bello, patriota federal, á quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra sociedad restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces á participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la Federación! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos, asquerosos franceses! ¡Muera el rey guardachanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes, asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses! ¡Muera el pardejón Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomón, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, á la par que gritaban, hacían círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita, que se oía en cuatro cuadras á la redonda, fué repetida por la turba que

transitaba por la calle; no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomón gritaba ¡Muera! y viceversa.

Calmado el huracán, Salomón se sentó en su silla, su secretario Romeo á su izquierda, y nuestro joven Daniel á su derecha.

—Señor secretario—dijo Salomón echándose hacia atrás en el respaldo de su silla,—lea usted la lista de los señores presentes.

Romeo tomó el primer papel de unos que había sobre la mesa, leyó en voz alta los nombres que había apuntado antes con un lápiz, y dijo así:

—Presentes: los señores, presidente, Cuitiño, Parra, Parra (hijo), Maestre, Alem, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazábal, Merlo, Moreira, Díaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Boneo.

—¿No hay más?—preguntó Salomón.

—Son los presentes, señor presidente.

—Lea usted la lista de los ausentes.

—¿De toda la sociedad?

—Sí, señor. ¿Pues qué, somos menos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no están, como se hace en la sala de representantes. Lea usted la lista.

—Socios ausentes—dijo Romeo, y leyó la lista de la Sociedad Popular Restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

—¡Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza—dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y en seguida dió un tironcito de los anchos calzones de Salomón.

—Señores—dijo entonces el presidente de la So-

ciedad Popular,—la federación es el Ilustre Restaurador de las Leyes, luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la federación.

—¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!—gritó uno de los socios federales á quien todos los demás hicieron coro.

—¡Viva su digna hija, la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

—¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre y padre de la federación!

—¡Mueran los franceses inmundos, y su rey guardachanchos!

—Señores—continuó el presidente—para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar á la federación del... pueda salvar á la federación del... para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la federación del...

—Del inminente peligro—le dijo Daniel casi sonriendo.

—«Del «eminente» peligro en que se halla, de»bemos perseguir á muerte á los unitarios, luego »todo unitario debe ser perseguido á muerte por »nosotros.»

—¡Mueran los inmundos, salvajes, asquerosos unitarios!—gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazábal, á cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano.

—«Señores, es preciso que persigamos á todos sin compasión.»

—Hembras y machos—grita el mismo Juan Manuel Larrazábal, que parecía el más entusiasta de los concurrentes.

—«Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar »contento de nosotros, porque no lo servimos co»mo debemos»—continuó Salomón.

—Ahora entra lo de anoche—le dijo Daniel haciéndose que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

—«Ahora entra lo de anoche»—repitió Salomón, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tirón de los calzones.

—«Señores—continuó Salomón,—ya sabemos »todos que anoche han querido escaparse unos sal»vajes unitarios y no lo han conseguido porque el »señor comandante Cuitiño se ha portado como »buen federal; pero, entretanto, uno se ha escon»dido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo to»dos los días, si no nos portamos como defenso»res de la santa causa de la federación. Yo he lla»mado á ustedes para que juremos otra vez per»seguir á los inmundos salvajes unitarios que »quieren fugarse para Montevideo y unirse al par»dejón Rivera y venderse al oro asqueroso de los »franceses. ¡Esto es lo que quiere nuestro Ilustre »Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡Viva el »Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Y mueran »todos los enemigos de la santa causa de la fede»ración!»

—¡Mueran á puñal los salvajes, inmundos unitarios!—gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos, tanto en la sala de sesión como en la calle, donde había, apiñada á las ventanas, una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomón.

—Pido la palabra—dijo el comandante Cuitiño, levantándose.

—Tiene la palabra—contestó Salomón, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

—«Yo, anoche, he cenado con el Restaurador de »las Leyes y su hija doña Manuelita Rosas y Ez»curra. El Restaurador es más que Dios porque es »el padre de la federación, y á cuantos unitarios »caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo »que á los que agarré anoche. Es verdad que uno »se escapó, pero ya bien marcado, y ya esta ma»ñana le mandé un hombre á doña María Josefa »que le ha de dar buenas señas, porque hombres »y mujeres, siendo federales, todos debemos ayu»dar á Su Excelencia, que es el padre de todos. »Para ser buen federal, es preciso mostrar esto.» —Y Cuitiño sacó un puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero, algunas manchas de sangre, de aquélla en que se había empapado la noche anterior.

A esta acción todos los mazorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorrumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los franceses, contra Rivera, y especialmente contra Luis Felipe, el rey guardachanchos, según le llamaban por inspiración de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteración, la mínima expresión ni de entusiasmo ni de miedo ni de afección ni de enojo. Frío, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y de la conciencia de cuantos lo rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la

palabra al presidente con el aire más resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

—«Señores, yo no tengo todavía el honor de per»tenecer á esta ilustre y patriótica sociedad, aun »cuando espero incorporarme á ella dentro de po»co tiempo; pero mis opiniones y amistades son »conocidas de todos, y espero con el tiempo poder »prestar á la federación y al Ilustre Restaurador »de las Leyes servicios tan distinguidos como los »que le prestan los miembros de la Sociedad Po»pular Restauradora, que ya son conocidos, tan»to en la República como en toda la América.»

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron á este tan lisongero exordio.

—«Pero, señores—continuó Daniel,—es á las »personas presentes á las que yo debo dar las enho»rabuenas que se merecen de todo buen federal, »porque, sin querer negar á los demás socios su »entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que »sois vosotros los que dais la cara de frente para »sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes; »mientras que los demás no asisten á las sesiones »federales. La federación no reconoce privilegios. »Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí »somos iguales, y cuando haya sesión, ó cuando »haya algo que hacer en beneficio de Su Excelen»cia, todos deben concurrir al llamamiento del pre»sidente, ó adonde haya peligro, sin dejar á unos »pocos los compromisos y los trabajos. Todos se»rán muy buenos federales, pero á mí me parece »que los que están aquí no son unitarios para que »se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo »porque yo creo que ésta debe ser la opinión de »Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual de»bemos hacer que sea más respetada en adelante.»

Daniel no dió su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó á lo que él mismo había osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes, gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habían asistido á la sesión y cuyos nombres había leído el secretario Romeo. Empezaron á circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas ó movimientos de cabeza.

—Así, así; más os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos á otros—decía Daniel para sí mismo.

El presidente Salomón volvió á proclamar á los socios para que vigilasen mucho á los unitarios, y sobre todo los lugares del río por donde era presumible que se embarcasen; y después de nuevo entusiasmo y de nuevos gritos, dió por concluida la sesión á las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de manos y abrazos federales y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomón, que no cabía en la inmensa epidermis que lo cubría, después de su portentoso discurso, cuya satisfacción le inspiraba los más amables comedimientos por el hijo de don Antonio Bello.

Nada sabían sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes, y en la esquina de la de Cuyo encontró á Fermín, que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras:

—A las nueve.

—¿Allá?

—Sí.

Y el magnífico caballo blanco, en el que acababa de montar Daniel, tomó al trote por la plaza de las Artes en dirección á Barracas. Llegó luego á la calle del Buen Orden, que es la prolongación de aquélla, y llegó á la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban á apagarse los ultimos crepúsculos del día.

El joven, cuyo espíritu había pasado por tantas impresiones en el curso de ese día, como en la noche que había precedido, no pudo menos de hacer parar su caballo y extasiarse desde aquella altura en contemplar aquel bellísimo panorama que se desenvolvía á sus pies, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque á los veinticinco años de vida, el corazón del hombre se encadena mágicamente á los espectáculos poéticos de la Naturaleza, que descubren en su imaginación fértil y robusta todo el poder de atracción que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico á sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso Riachuelo, y á la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las más bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba á descender por esa barranca, cuando sintió hacia atrás una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta á la cabeza, conoció, á veinte pasos de él, á su benemérito maestro de escritura, que venía á gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fué al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos ó tres minutos sin poder hablar; tal era la opresión de sus pulmones.

—¿Qué hay, qué le pasa á usted, señor don Cándido?—le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

—Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crimen.

—Señor, estamos en un camino público; dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

—¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

—Sí.

—¿Recuerdas que vino anoche y...?

—Sí, sí, ¿qué le ha sucedido al hijo?

—Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

—¿A qué hora?

—A las siete. Tan luego como se supo que había salido anoche de casa del gobernador. Temieron, sin duda...

—Que revelase ó que hubiera revelado lo que sabía; le ahorro á usted las palabras.

—Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago, mi Daniel querido? ¿qué hago?

—Preparar sus plumas para entrar mañana á ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de Relaciones Exteriores.

—¿Yo, Daniel?—y en su arrebato de alegría, don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

—Ahora, tome usted cualquiera otra calle y retírese á su casa.

—Sí, yo fuí á la tuya á tiempo que salía Fer-

mín con tu caballo; le seguí, después te seguí á ti y...

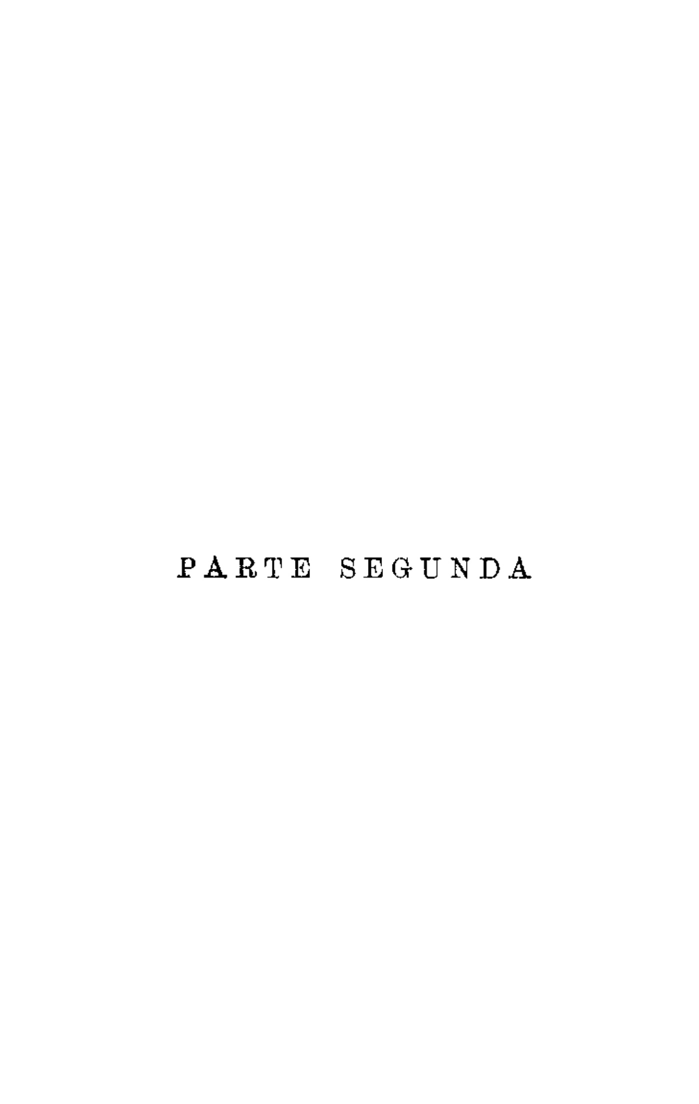
—Bien, otra cosa; ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre ó mujer, donde alguna vez haya usted pasado la noche?

—Sí.

—Pues ahora mismo vaya usted á convenir con ella en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adiós, señor.

Y Daniel picó el caballo, y corriendo un gran riesgo, bajó á galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba obscura por la sombra de los edificios ó de los árboles, en cuyas copas morían desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde dieciocho horas antes había pasado con el cuerpo exangüe de su amigo; y era á la casa de la hermosa Amalia, en que había recibido hospitalidad y vuelto á la vida, adonde ahora se dirigía el valiente y generoso Daniel.



PARTE SEGUNDA

PARTE SEGUNDA

I

AMALIA SÁENZ DE OLABARRIETA

«Tucumán es el jardín del Universo en cuanto á la grandeza y sublimidad de su naturaleza», escribió el capitán Andrews en su *Viaje á la América del Sur*, publicado en Londres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora, al parecer tan hiperbólica.

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la naturaleza tropical de gracias, de lujo y de poesía, se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucumán fuese la mansión escogida de los genios de esa desierta y salvaje tierra que se extiende desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde los Andes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la Naturaleza armoniza allí el espíritu de sus criaturas, con

las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazón especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, á quien después la educación aumenta ó desfigura el grabado de su primitivo molde. Y en Tucumán, como en todas esas latitudes privilegiadas, entibiadas por la luz de los trópicos, el corazón participa con el aire, con la luz, con la vegetación, de esa vegetación, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundantemente la Naturaleza.

Y es entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y de perspectivas, donde se repite con frecuencia ese fenómeno fisiólogico de que los ingleses se ríen y los alemanes dudan, como, dice el novelista Bulwer, acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos más meridionales de la península española; es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos también, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y de perspectivas nació Amalia, la generosa viuda de Barracas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia, y nació allí como nace una azucena ó una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando ésta tenía apenas seis años; y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacía á Buenos Aires, sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo más delicado de su

alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando á los diecisiete años de su vida dió su mano, por insinuación de su madre, al señor Olabarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazón de la joven no había abierto aún el broche de la purísima flor de sus afectos, y los hálitos de su aroma estaban todavía velados entre las lozanas hojas mal abiertas.

Más que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia parecía ser uno de esos destinos predestinados al dolor que arrastran la vida á la desgracia, fija, poderosa, irremediablemente, como la vorágine de Moskoe á los impotentes bajeles.

¡El coronel Sáenz amaba á su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó á la tumba cuando su hija aún no había salido de la niñez!

¡El señor Olabarrieta amaba á Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el señor Olabarrieta murió un año después de su matrimonio, es decir, año y medio antes de la época en que comienza esta historia!

¡Ya no le quedaba á Amalia sobre la tierra otro cariño que el de su madre; cariño que suple á todos cuantos brotan del corazón humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se extingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses después de la muerte del señor Olabarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodigiosamente la organización y la vida, tienen en sí mismos el germen de una melancolía innata que se desenvuelve con el andar

del tiempo y de los sucesos, y llega á enseñorearse tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan á ser melacólicos hasta en los sueños ó en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano ó á los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma á vivir con las recordaciones de su infancia, ó con las creaciones de su imaginación alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz íntima de los espíritus poetizados, y cruzan por ese mundo sin forma ni color, que los sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginación y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso también abandonar su tierra natal, donde hallaba á cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino á Buenos Aires á fijar su residencia.

Ocho meses hacía que se encontraba allí, tranquila, si no feliz, cuando nos la dieron á conocer los acontecimientos del 4 de mayo. Y veinte días después de aquella noche aciaga, volvemos á encontrarnos con ella en su misma quinta de Barracas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba en el retrete que los lectores conocen ya, al través de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, é iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el Oriente cuando despunta el día.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedía un grueso leño que ardía en ella, se

reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la chimenea, formándose así la única luz brillante que allí había.

Los pebeteros de oro, colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que los aprisionaban, hacían oir esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la gran ópera de la Naturaleza hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organización.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducía al infinito sobre el cristal, sobre el acero y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillón de damasco caña, delante de uno de los magníficos espejos de su guardarropas; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, dejando que su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmín, que, en vez de peinar aquélla, parecía deleitarse en pasarla por su desnudo brazo para sentir sobre su cutis la impresión cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer; era una diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los griegos. Sus ojos entredormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuía á dar mayor realce á su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo más descuidado que ella misma, como algunos escritores de la Roma antigua describían á Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez á los ojos de

Sextus, de quien el bárbaro crimen debía perder la mujer y salvar la patria quinientos años antes de Cristo. Y cuando Cleopatra llegó hasta su vencedor, en su galera con popa de oro, con velas de púrpura y remos de plata, venía dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo á su seno de alabastro sus cabellos negros como la noche, y Antonio olvidó á Roma y á sus legiones y se hizo el esclavo de la diosa dormida. Así, en ese momento, y de ese modo, Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una diosa.

Había algo de resplandor celestial en esa criatura de veintidós años, en cuya hermosura la Naturaleza había agotado sus tesoros de perfecciones , y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizada con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la expresión melancólica y dulce de una organización amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño lo que cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas ; no era el sueño, era un éxtasis delicioso que embriagaba de amor aquella naturaleza armoniosa é impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio de los perfumes, de la música y de los rayos blancos y celestiales de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fugitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parecía que volaban jugueteando por el jardín de su fantasía ; pues dos veces su fisonomía se animó y la sonrisa entreabrió sus labios, que se cerraron luego como dos hojas de rosa á la que ha-

laga y conmueve el aliento fugaz que se escapa de los labios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordación de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un ligero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un ligero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, más que su ayuda de tocador, viendo llegado el momento en que iba á concluirse su placer, más bien que su tarea, dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillón, los miró todavía un instante, y deslizándose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, agitó sus manecitas junto á las jaulas de los jilgueros y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entonces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron más alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo alrededor de Amalia.

Luisa conocía, por la práctica, el organismo de su señora, y al acercarse á ella, después de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó á pasar su mano, casi imperceptiblemente, por las sienes y los cabellos de la diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo: porque en Amalia había una de esas organizaciones perfectas y sensibles en las que la armonía de la Naturaleza ó del espíritu obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso en los momentos en que está conmovida por impresiones simpáticas.

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza,

cuando la hija del jardín argentino abrió los ojos y derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida á la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de enero.

Sus labios rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad á un suspiro aromatizado con las esencias de su corazón, que acababa de despertarse entre el jardín de las ilusiones.

Sus brazos, que habrían dado envidia al cincel que labró la Venus de los Médicis, y cuya encarnación casi transparente sólo habría podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que había apenas una pulgada de encaje para sostener el cambray que coqueteaba sobre su seno, se extendían descuidados sobre los del sillón; y su pequeño pie, desnudo, dentro de una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes á una tenue neblina, se podría decir:

«Porem nem tudo esconde, nen descobre.»

como de la gasa que cubría á la hermosa *Dione* del príncipe de los poetas lusitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiantes en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se reflejaba algo que los sentidos no alcanzaban á comprender, porque pertenecía á lo más ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía, tan dulce á la par que bella, estaba bañada por una luz tenue de melancolía y de sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos, que se entreabrían en medio de un éxtasis

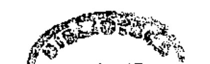
del alma, había más de ilusión que de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstracción de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está más arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendía de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban á su vez; sublimándose de ese modo cuanto la Naturaleza tiene de más perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentación que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida, á las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de éste, á su vez, dan valor á los encantos materiales que la hermosean. Y es en esta unión armónica del alma y de los sentidos, donde resalta siempre la perfección de una mujer; ante quien los sentidos entonces dejan de ser audaces por respeto á su alma, y el amor deja de ser una espiritualización extravagante por respeto á la belleza material que lo fomenta, si precisamente no lo origina.

Y era Amalia, pues, una de esas privilegiadas criaturas que reunen en sí aquella doble herencia del cielo y de la tierra, que consiste en las perfecciones físicas, y en la poesía ó abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico á la que mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclinó á un lado del respaldo del sillón, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora le preguntó:

—¿He dormido, Luisa?



—Sí, señora—le contestó la niña sonriendo á su vez.

—¿Mucho tiempo?

—Mucho tiempo no, pero más que otras veces.

—¿Y he hablado?

—Ni una palabra; pero ha sonreído usted dos veces.

—Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreído.

—¡Cómo! ¿Recuerda usted lo que hace dormida cuando se despierta?

—Pero yo no duermo cuando tú lo piensas, Luisa mía—contestóle Amalia mirando con una expresión llena de cariño á su inocente compañera.

—¡Oh, sí que duerme usted!—replicó la niña sonriendo otra vez.

—No, Luisa, no. Yo estoy perfectamente despierta cuando tú crees que duermo. Pero una fuerza superior á mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estoy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo ó sufro, según las impresiones que me dominan, según los cuadros que me dibuja la imaginación, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éxtasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí: aún más: conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aún en medio de las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por ejemplo, creo verlo como hace un instante lo estaba viendo aquí, aquí á mi lado.

—¡Viendo! ¿á quién, señora?—preguntó la niña que no podía explicarse lo que acababa de oir.

—¿A quién?

—Sí, señora; aquí no ha habido nadie más que nosotras, y usted dice que lo estaba viendo.

—A mi espejo—contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenía delante.

—¡Ah, pues si no veía usted más que el espejo!...

—Sí, Luisa, solamente á mi espejo... vísteme pronto... y, entretanto, dime: ¿qué me referiste al despertarme?

—¿Del señor don Eduardo?

—Sí, eso era; del señor Belgrano.

—¡Pero, señora, todo lo olvida usted! es ésta la cuarta vez que voy á hacerle la misma relación.

—¡Ah, la cuarta vez! bien, mi Luisa, después de la quinta yo no te lo preguntaré más—dijo Amalia de pie delante de su espejo ajustándose un batón de merino color violeta con guarniciones de cisne.

—¡Vaya, pues!—prosiguió Luisa.—Cuando salí al patio, fuí, como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, á preguntar al criado cómo se hallaba su señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Ya me volvía, cuando al través de la verja los descubrí en el jardín. El señor don Eduardo cogía flores y hacía un ramillete cuando me acerqué á él. Nos saludamos y estuvimos hablando mucho rato de...

—¿De quién?

—De usted, señora, casi todo el tiempo; porque ese señor es el hombre más curioso que he visto en mi vida. Todo lo quiere saber: si usted lee de noche, qué libro lee, si usted escribe, si le gustan más las violetas que los jacintos, si usted misma

cuida de sus pájaros, si... ¡qué sé yo cuántas cosas!

—¿Y de todo eso hablaron ustedes hoy?

—De todo eso.

—¿Y de la salud de él no hablaste nada, tontuela?

—¡Pues! Tonta sería si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

—¿Viendo?

—¡Sólo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea más que ayer que fué el primer día que salió al patio; y á veces al asentar la pierna izquierda, se conoce que sufre horiblemente.

—¡Oh, Dios mío! ¡si no debe caminar todavía! ¡es terco!... ¡es terco!—exclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un golpe con su preciosa mano sobre el brazo aterciopelado del sillón. ¡Y quiere salir!—continuó Amalia después de un momento de silencio.—¡Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloquecerme, está visto! Acaba, Luisa, acaba de vestirme y después...

—Y después tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. ¡Ya se ve, está usted en ayunas, y ya es tan tarde!

—¡Pálida! ¿Te parezco muy mal, Luisa?—preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de pies á cabeza mientras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendía velar el delicado alabastro de su garganta.

—¿Mal? no, señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada más.

—¿De veras?

—Cierto que sí, señora; y esta noche...

—¡Ah, no me hables de esta noche!

—¿Cómo? ¿no le gustará á usted estar bien para esta noche?

—Por el contrario, Luisa, querría estar enferma.

—¡Enferma!

—Como lo oyes.

—Pues, señora, cuando yo tenga más edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza.

—Ya lo ves, hija mía—dijo Amalia sonriendo de la ingenuidad de Luisa.—Ya lo ves, tú desearías estar buena, y yo deseo estar enferma.

—¡Ah, eso yo sé por qué es!

—¿Tú?

—Yo, sí, señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

—¿Tú sabes por qué deseo enfermarme?

—¡Toma! ¿á que acierto?

—A ver, dilo.

—Por no ponerse la divisa, ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

—En la mitad has acertado.

—Bien, ¿á que acierto en la otra mitad?

—Vamos á ver.

—Porque no va usted á poder tocar su piano á las doce, como lo hace todas las noches antes de acostarse, ¿es eso?

—No.

—¿No?

—No has acertado.

—Entonces... no importa; pero usted está lindísima, que es lo que más interesa.

—Gracias, mi Luisa, gracias—dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña.—Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque, por la primera vez de mi vida, tengo la pueril am-

bición de parecer bien á los demás... pero,—y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió.

—No hablemos de estas tonterías, Luisa. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué, señora?

—Que estoy enojada contigo—respondió Amalia mirando los jilgueros.

—Será la primera vez—replicó Luisa entre cierta y dudosa de las palabras de su señora, que jamás la había reconvenido.

—¿La primera vez? es verdad, pero es porque ésta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

—¡Ah!—exclamó Luisa, dándose una palmadita en la frente.

—Y bien, ¿confiesas que tengo razón?

—No, señora.

—¿Pues no ves?

—No, señora, no tiene usted razón.

—Pero; ¿y la copa con el agua?

—No está en la jaula.

—Luego...

—¿Luego qué, señora?

—Luego tú tienes la culpa.

—No, señora; la tiene el señor don Eduardo.

—¿Belgrano? estás loca, Luisa.

—No, señora, estoy en mi juicio.

—Explícate entonces.

—Es muy fácil. Esta mañana, cuando fuí á saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese señor es tan curioso, quiso saber de quién y para qué eran, y luego que le dije la verdad, las tomó, se puso él mismo á limpiarlas, y ahora recuerdo que, mientras su cria-

do traía agua, él las puso junto á una planta de jacintos. En esto fué cuando sentí la campanilla, vine, y olvidé las copitas.

—¡Ves!—exclamó Amalia, sin saber lo que decía, pues mientras sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginación se había preocupado de mil ideas diversas, y que sólo Dios y su espíritu podrían explicarnos, al escuchar la sencilla relación de Luisa.

—Ves, ¿qué? señora—insistió ésta.—Si el señor don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado...

—Luisa.

—¿Señora?

—Oye.

—¿Me va usted á retar por otra cosa?

—No... oye... ¿qué hora es?

—Las once.

—Bien, irás á decir al señor Belgrano, que dentro de media hora tendré mucha satisfacción en recibirlo, si le es posible llegar hasta el salón.

II

CÓMO UNA SOLA PUERTA TENÍA TRES LLAVES

Acababan de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; el sol, próximo á su ocaso, no prometía por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos

vapores densos y húmedos tan comunes en Buenos Aires, en la estación del invierno, que en el año de 1840 había anticipado sus rigores desde los últimos días del mes de abril, según ya hemos hecho constar.

La calle del Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban, eran dos hombres que venían caminando á prisa en dirección al río: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello, como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestía un sobretodo blanco que le llegaba hasta el tobillo.

—De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos va—dijo el personaje de la capa azul á su compañero del levitón blanco.

¿Si hubiéramos salido más temprano, no tendríamos que andar á este paso fatigoso, precipitado, incómodo, que llevamos—contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso ligero de su compañero.

—No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata, más veleidosa que sus hijos, es la que me ha engañado: hace dos horas que el cielo estaba limpio; contaba con media hora de crepúsculo, y de repente el cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa.

—¡Trabajará usted de prisa!

—Eso he dicho.

—¿Pero en qué especie de ocupación?

—Adelante, mi querido maestro, adelante.

—¿Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

—Pero sin pararnos.

—Sin pararnos.

—Sin digresiones.

—Sin digresiones.

—¿A ver, qué cosa?

—Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

—¡Ah, señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

—¿Y cuáles, mi Daniel querido y amado?

—Un caudal inagotable de adjetivos, y una dosis de miedo en el cuerpo, que no acabará usted de digerirla en su vida.

—Bien, bien: de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa sino los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto á lo segundo, te diré que yo no he tomado la dosis, sino cuando poco más ó menos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y...

—Silencio y despacio—dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido á su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la comisión topográfica, según la hoja de sus servicios públicos.

«Silencio y despacio,» había dicho Daniel al llegar con su acompañamiento á la prolongación de la calle de Balcarce, cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles de San Lorenzo, de la Independencia y de Luján, según se llamaban entonces.

Los dos personajes siguieron por ella en direc-

ción á Barracas muy tranquilamente; llegaron á la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirigía la marcha, doblaron hacia el río y se pararon á la puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, á la derecha.

—Dé usted vuelta con precaución, y vea si alguien viene—dijo Daniel á su compañero, en el momento de llegar á la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como era la costumbre del señor don Cándido Rodríguez, cuando, á costa del puño de marfil, «policeaba» con sus ojos el camino que acababa de andar.

—Nadie, mi querido Daniel.

Y el joven, con la mayor calma y sangre fría, abrió la puerta con una llave que traía en su bolsillo; hizo entrar á su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió á guardar la llave en el bolsillo.

Don Cándido, entretanto, se había puesto más blanco que la alta y almidonada corbata de estopilla, tan adherida siempre á su persona como su caña de la India.

—¿Pero qué es esto? ¿qué casa misteriosa y recóndita es ésta á que me conduces, mi querido Daniel?

—Es una casa como otra cualquiera, mi querido señor—dijo Daniel, levantando el picaporte de una puerta al zaguán, y entrando en una pieza que servía de sala, yendo el señor don Cándido casi pegado á los pliegues de la capa de su discípulo.

—Espere usted aquí—le dijo Daniel, pasando á una habitación contigua á la sala donde había una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascensión. Daniel levantó la col-

cha de zaraza que la cubría, se convenció de que no había nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida á otras habitaciones, en que repitió la misma operación de la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algunas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró, en fin, cuanto en aquella casa podía ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó á la pared una escalera de mano, y subió á la azotea: no quedaba ya sino un cuarto de hora á veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la extensión que descubría desde aquel punto. No había en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubría una hermosa quinta; al fondo, el hueco y las casuchas donde comienza la calle de San Juan; á la derecha, unos cuartos en ruinas; á la izquierda, una casa antigua y vacía que daba á la barranca, y á la cual se abría una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel examinó todo esto en un minuto, y descendió al patio.

—¡Mi querido y estimado y bien amado señor don Cándido!—gritó desde allí.

—¿Daniel?—contestó con voz trémula desde la sala el maestro de primeras letras.

—Ha llegado el momento de trabajar—le dijo el discípulo,—y, sobre todo, de no tener miedo—continuó, al verlo pálido como un cadáver.

—¡Pero Daniel, esta casa! ¡Esta soledad! ¡Este misterio! ¡En las circunstancias en que vivimos!... Mi posición de empleado secreto de Su Excelencia el señor ministro, y...

—Señor don Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelión del general Lamadrid.

—¡Daniel, Daniel!

—Es decir, me lo dijo usted á mí, y tanto vale decir estas cosas á uno solo como á mil.

—Pero tú no me perderás, Daniel—exclamó el pobre don Cándido, próximo á caer de rodillas delante del joven.

—Al contrario, para salvarlo á usted, le hice dar un empleo, que hoy comprarían con cien mil pesos muchos otros.

—Es por eso que yo te daría mi borrascosa, huérfana y trémula existencia—exclamó don Cándido, abrazando fuertemente á Daniel.

—Bien, eso era lo que yo quería que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo: trabajo de cinco minutos solamente.

—De un año, de dos, no importa.

—Suba usted—dijo Daniel, señalando la escalera á don Cándido.

—Subo.

—Hasta la azotea.

—¿Y qué quieres que haga en la azotea?

—Suba usted.

—¡Pero nos van á ver!

—Suba usted con mil...

—Ya estoy en la azotea.

—Y yo también—dijo el joven, poniéndose en tres saltos al lado de su compañero;—ahora sentémonos en el suelo.

—Pero hombre...

—¡Señor don Cándido!

—Ya estoy, Daniel.

El joven sacó del bolsillo de su levita un pliego de papel marquilla, un compás, un lápiz; desdo-

bló el papel, lo extendió sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitía réplicas:

—Señor don Cándido: un croquis de todos los alrededores de esta casa, en diez minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

—Pero...

—A grandes líneas: no necesito detalles: distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted á la sala, donde me encontrará.

Un sudor frío inundaba la frente de don Cándido, porque, á medida que la escena se hacía más misteriosa, creía ver más cerca de sí el cuchillo de la Mazorca. Pero, de otro lado estaban la mirada fascinadora de Daniel, y su influencia moral que lo dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de la imprudente revelación.

Don Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le exigía en ese momento, era una cosa demasiado fácil, y antes de los diez minutos, todo su trabajo estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el croquis, descendió don Cándido, cuando empezaba á apagarse la luz del crepúsculo en el cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba á estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz, y el compás en las manos, el buen hombre no pudo menos de llamar á su querido Daniel antes de decidirse á entrar en las habitaciones obscuras.

—¿Está hecho?—le preguntó aquél, saliendo á recibirlo al patio.

—Ya, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y...

—Concluir todo lo que haya que hacer en él, en

el curso de esta noche, para entregármelo mañana, antes de las diez.

—Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa, ¿no es verdad?

—Ya no tenemos nada que hacer en ella—dijo Daniel, encaminándose al zaguán, completamente obscuro.

Pero en el momento de ir á poner la llave en la cerradura, otra llave entró en ella por la parte exterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud, que apenas dió tiempo á don Cándido para pegarse como una sombra á la pared del zaguán, y á Daniel para retroceder dos pasos y llevar su mano á uno de los bolsillos de su levita. Esta acción fué instintiva, sin embargo, porque Daniel hacía algunos minutos ya, esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, mas no un hombre. Entretanto, era un hombre el que entró, y Daniel sacó entonces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó á Eduardo en la noche del 4 de mayo, y que todavía no hemos podido ver á clara luz para dar su nombre ó su definición.

El individuo recién llegado hizo la misma operación que había hecho Daniel, es decir, cerró por adentro de la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de pies á cabeza y hacía esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared, pero todo esto eran flores.

El zaguán estaba obscurísimo.

Al darle vuelta el recién llegado y caminar el primer paso hacia adentro, rozó su brazo contra el pecho de don Cándido, y dando un salto hacia el ángulo de la puerta:

—¿Quién está ahí?—exclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fué á tocar el hombro de don Cándido al estirarse el brazo que la dirigía.

La obscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió á la interrogación del desconocido.

—¿Quién está ahí?—repitió,—conteste usted, ó lo mato por unitario, porque sólo los unitarios hacen emboscadas á los defensores de la federación...

Nadie respondió.

—¿Quién es? conteste, porque lo mato—repitió el amable interrogador, que, sin embargo, lejos de querer dar un paso adelante, se perfilaba lo más que le era posible en el ángulo de la puerta, extendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hacia adelante.

—Servidor de usted, mi distinguido y estimado señor, á quien no tengo el honor de conocer, pero á quien aprecio muchísimo—contestó don Cándido con una voz tan trémula y tan meliflua, que inspiró al desconocido todo el valor que le faltaba, y de que había querido hacer alarde un momento antes.

—¿Pero, ¿quién es usted?

—Un humilde servidor suyo.

—¿Su nombre?

—¿Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable señor?

—¡Ah! no quiere usted decir su nombre, porque es algún unitario, algún espía, ¿eh?

—Señor de toda mi estimación, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitán general

de la provincia de Buenos Aires, encargado de las Relaciones Exteriores de la confederación, brigadier don Juan Manuel Rosas, marido de su difunta esposa la señora heroína doña Encarnación Ezcurra de Rosas, que en paz descanse, padre de la señorita federal doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del señor ilustre federal don Prudencio, don Gervasio, don...

—Acabe usted, con todos los diablos, ¿cómo se llama, le he preguntado?

—Y también soy capaz de hacerme ahorcar en servicio de usted y de su amable familia; ¿tiene usted familia, mi estimable señor?

—Yo le voy á dar familia: á ver...

—¿A ver qué?—preguntó don Cándido, yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

—A ver, bata usted las manos.

—¿Que bata las manos, mi querido señor?

—Pronto, porque si no lo mato.

Nuestro don Cándido no esperó oir por segunda vez esta amenaza, y se puso á batir las manos, sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenía armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo:

—Confiéseme usted—le dijo,—por cuál de ellas viene, ó lo clavo contra la pared.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Por cuál de ellas?

—Sí; ¿viene usted por Andrea?

—¿Por misia Andreíta?... ¡Señor!...

—Acabe usted, ¿viene por Gertrudis?

—Pero, señor, si yo no conozco á misia Gertru-

dis ni á misia Andrea, ni á su digna y respetable familia, ni...

—Confiese; confiese, ó lo mato.

—Confiéseme usted por cuál de ellas viene, ó le astillo el cráneo—dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con la mano lo tenía sujeto por el brazo derecho, y con la otra martillaba suavemente la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel, que había presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y don Cándido, hasta que vió llegado el momento de tomar parte en ella, para darle fin.

—¡Socorro!

—Silencio, ú os mando á los infiernos—le dijo Daniel, dando un poco más fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido, por un momento, á quien recibió el golpe.

—¡Piedad, piedad! ¡Soy un sacerdote, el mejor federal, el cura Gaete! ¡No cometáis el sacrilegio de derramar mi sangre!

—Soltad el cuchillo, mi reverendo padre.

—Dádmelo á mí—exclamó don Cándido, buscando á tientas el brazo que tanto le había hecho temblar, y recogiendo de él el formidable puñal.

—Soltad.

—¡Ya lo he dado, ya lo he dado!—exclamó el cura Gaete, según que éste era el nombre que acababa de darse.—¡Soltadme, ahora!—continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de hierro de Daniel.—¡Soltadme, ya os he dicho que soy un sacerdote!

—¿Y por cuál de ellas viene á esta casa, reverendo padre?—dijo Daniel, parodiando la pregunta

que había dicho el dignísimo cura de la Piedad á don Cándido.

—¿Yo?

—Usted, mal sacerdote, federal inmundo, hombre canalla; usted, á quien yo debería ahora mismo pisarlo como á un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto á la sociedad de mi país, pero cuya sangre me repugna derramar, porque me parece que su olor me infectaría. Os siento temblar, miserable, mientras mañana levantaréis vuestra cabeza de demonio para buscar sobre todas las otras la que no podéis ver en este momento, y que, sin embargo, es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar: á vos, que subís á la cátedra del Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostráis al pueblo para excitarlo al exterminio de los unitarios, de quien el polvo de su planta es más puro y limpio que vuestra conciencia.

—¡Piedad, piedad, soltadme!—exclamó el fraile, á quien más arredraba la entonación de la voz y las palabras de Daniel, que caían como gotas de plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posición entre las manos de aquel hombre á quien no conocía, y que, como un juez terrible, tenía en sus palabras el sello de la inexorabilidad y de la justicia.

—¡De rodillas, miserable!—exclamó Daniel, tomando al cura Gaete por el cuello, inclinándolo hacia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

—Así—dijo, después de una breve pausa.—Así; ¡sacrílego! ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. ¡En mi persona pide perdón á los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que des-

cargo sobre tu cabeza, un presagio del que te espera en el Cielo! Así, de rodillas; y representa en este momento la imagen de la horda maldita á que perteneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia á Dios, misericordia á los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oídos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los bandidos heroificados en ese río de sangre y de delitos que llamáis federación. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primero hasta el último de cuantos de vosotros habéis contribuido á la desgracia de la patria, y al extravío de las generaciones todavía. Así, fraile apóstata, de rodillas.—Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el joven, porque un vértigo terrible estaba próximo á desmayarlo.

—Ahora, otra cosa—dijo Daniel, alzándolo por la ropa, como un fardo.

—¡No, no más! ¡Piedad!—exclamó, con voz desfallecida.

—¿Piedad? la tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados, de esa herejía política á que llamáis federación? ¿Qué habéis dejado sin ofender? ¿Qué habéis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habéis levantado sobre el cielo de vuestra patria?

—¡Piedad, piedad!

—En pie, miserable, en pie—dijo Daniel, sacudiendo á Gaete, y arrimándolo contra la pared.

—¡Señor!

—La llave de esta puerta que tenéis en vuestro bolsillo—dijo Daniel, con una voz que no admitía

réplica, y en el acto la llave empezó á martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró á Gaete hacia la puerta de la sala que daba al zaguán, la abrió, y dióle á su reo un empujón tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta, y:

—Pronto, ahora... ¿dónde está usted?—dijo.

—Aquí—contestó don Cándido, desde el medio del patio.

—Venga usted, con mil diablos.

—Salgamos de esta casa—dijo don Cándido, acercándose á su discípulo, y tomándolo del brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle, y buscaba la cerradura para abrirla, cuando de la parte exterior otra llave entró en ella, y abrióse la puerta.

—¡Santos y Querubines del Cielo!—exclamó don Cándido, abrazándose á la cintura de Daniel.

—Afuera, afuera—dijo Daniel casi al oído de la persona que acababa de abrir la puerta, á quien había conocido á la escasa claridad de la noche, como á otras tres que venían con ella: las cuatro eran mujeres. Y arrastrando hacia la acera á don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave á la persona primera á quien había hablado:

—Es necesario que no entre usted en su casa hasta dentro de un cuarto de hora; el cura Gaete está en la sala—le dijo.

—¡El cura Gaete! ¡Dios mío! ¡Una tragedia en mi casa!

—No sabe quién soy: pero, si se le abre la puerta, podrá seguirme.

—¡Dioses inmortales!

—Sostendrá usted—continuó Daniel, embozán-

dose en la capa, y hablando despacio para no ser visto ni oído de las otras mujeres,—que no sabe ni quién soy, ni cómo he entrado: un solo mal rato sobre mí, lo comprará usted bien caro, doña Marcelina; pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, mientras el reverendo cura descansa en la sala, vuelva usted á las tiendas y compre algo para las niñas—dijo Daniel, poniendo un rollo de billetes de Banco en la mano de doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió á don Cándido, que lo esperaba en la acera opuesta, y, tomándolo del brazo, se sumergió en la obscura y solitaria calle de Cochabamba.

III

TREINTA Y DOS VECES VEINTICUATRO

—¡Despacio, Daniel, más despacio, porque me ahogo!—dijo don Cándido al llegar á la esquina de la calle de Chacabuco.

—Adelante, adelante—le contestó Daniel, doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

—Bien—dijo entonces Daniel, acortando el paso,—ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso de que el diablo le hubiera hecho salir por la bocallave de la puerta.

—¡Qué fraile, Daniel, qué fraile!—exclamó don Cándido, aspirando todo el aire que podía caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

—¡Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

—Y Dios me libre de conocerlo jamás.

—¿Un sacerdote con cuchillo, eh?

—Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

—¡Pues!

—Yo me he desconocido.

—¿Cómo?

—Decía que me he desconocido.

—Pero usted siempre se portará lo mismo, querido amigo.

—No, mi amado, mi protector, mi salvador Daniel: no, porque en cualquiera otra ocasión me habría caído muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

—¡Bah!

—Créelo, créelo, Daniel. Es efecto de mi organización, sensible, delicada, impresionable. Tengo horror á la sangre, y ese demonio de fraile...

—Despacio...

—¿Qué hay?—preguntó don Cándido, girando su cabeza á todos lados.

—Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oídos.

—Sí, sí; mudemos de conversación, Daniel. Iba á decirte solamente que...

—¿Qué?

—Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

—¿Yo?

—Pues, ¿y quién?

—Sea, pero no le debo á usted nada.

—¿Cómo?

—Decía que, si lo puse á usted en tal peligro, he sido, al mismo tiempo, quien lo ha salvado de él.

—Es cierto, Daniel, y eres ya, desde hoy, mi amigo, mi protector, mi salvador.

—Amén.

—¿Pero, crees que el fraile?...

—Silencio, y andemos—dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuari, en seguida por la del Buen Orden, por donde caminó hasta llegar á la de Cangallo. Paróse en la esquina de ésta, reclinó su codo en un poste, y mirando con una expresión picante de burla y de cariño, la pálida fisonomía de don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

—¿Te sonríes, Daniel?

—No, señor; me río con todas ganas, como ve usted.

—¿Y de qué?

—De ver atribuirle á usted empresas amorosas, querido maestro.

—¿A mí?

—¿Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?

—Pero tú sabes...

—No, señor, no sé, y es por eso por lo que me he parado aquí.

—¿Cómo? ¿No sabes que no conozco á nadie en esa casa?

—Ya lo sé.

—¿Y qué es, pues, lo que no sabes?

—Una cosa que va usted á decírmela ahora— le contestó Daniel, que se entretenía en las perplejidades de don Cándido, y á la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero más de media legua por las calles más pésimas de la ciudad.

—¿Qué puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.

—Una cosa muy simple quiero saber, y es en cuál de estas calles inmediatas está la casa de usted.

—¡Ah! ¿Querrías hacerme el honor de venir á mi casa?

—Precisamente; ese es mi deseo.

—¡Oh! nada más fácil; estamos á dos cuadras de ella solamente.

—Sí, yo sabía que era por este barrio; ¿quiere usted guiarme?

— Por acá — dijo don Cándido, atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

A pocos pasos, llamó á la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que, si no era hija, era cuando más nieta de las que allí empezaron á edificarse desde el miércoles, 11 de junio del año de gracia 1580, en que el teniente de gobernador don Juan Garay, fundó la cuidad de Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de las cuales tocó á don Juan de Basualdo aquélla en que estaba la casa de nuestro don Cándido Rodríguez.

Una mujer, á quien no haremos injusticia en atribuirle cincuenta inviernos, pues que las prima-

veras no se distinguían en ella, y á quien un buen español llamaría ama de llaves, pero á quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de señora mayor, alta, flaca y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja; es decir, mirada sin egoísmo, pero curiosa.

—¿Hay luz en mi cuarto, doña Nicolasa?—le preguntó don Cándido.

—Desde la oración está encendida—le contestó la buena mujer con esa entonación acentuada, peculiar en los hijos de las provincias de Cuyo, que no la pierden jamás, pasen los años que pasen lejos de ellas, pues que es, al parecer, un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y don Cándido entró con Daniel en una sala, en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabían elegir para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas, dió Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus pies de porteño estaban habituados á las calles de la muy heroica ciudad, donde las gentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, á pesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, menos de sí misma.

Todo lo demás de la sala correspondía, naturalmente, al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser interrogadas, que la ocupación de su dueño era, ó había sido, enseñar muchachos, quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los

asientos y escribir sobre las mesas con el cortaplumas ó con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que don Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado á los trabajos de pluma; se veía en aquélla mucho papel, algunos croquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño, y todo en ese honroso desorden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza.

—Siéntate, descansa, reposa, Daniel — dijo don Cándido, echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

—Con mucho gusto, señor secretario—le contestó Daniel, sentándose al otro lado de la mesa.

—¿Y por qué no me dices, como siempre, «mi querido maestro?»

—¡Toma! porque hoy tiene una posición más esclarecida.

—De la que reniego todos los días.

—Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

—¡Oh, sin duda; hoy es mi áncora de salvación! Además, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el señor doctor don Felipe Arana.

—Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Confederación Argentina.

—Eso es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

—¡Oh! ¡Yo tengo mejor memoria que usted, señor secretario!

—¿Esa es ironía, eh? ¿Adónde vas con ella?

—A una friolera: á decir á usted que en ocho

días de secretaría, no me ha mostrado usted sino dos notas del señor don Felipe, que bien poco valían, á fe mía.

—Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que don Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al Gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, después de las dos notas que te mostré bajo la más completa reserva. Pero, á propósito Daniel, ¿qué empeño tienes tú, qué interés en tomar parte en los secretos de Estado? Mira, oye, Daniel: entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es exponerse á lo que me pasó á mí el año 20. Salía yo de casa de una comadre mía, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo y donde mi padre aprendió el latín. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel! Sabía de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un día, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenía mi padre por herencia de mi abuelo, que vino...

—Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

—Bien, no quieres que prosiga, ya te conozco. Te preguntaba, pues ¿qué interés tienes en saber los secretos de don Felipe?

—¡Bah! curiosidad de hombre desocupado, nada más.

—¿Nada más?

—Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan á los que me irritan. Además, beneficio por beneficio: ¿no es esto justo, mi querido maestro?—dijo Daniel, dominando

con su fuertísima mirada el pobre espíritu de don Cándido, como era su costumbre cuando le veía vacilar.

—¡Oh! justo, muy justo—le contestó el secretario de don Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal á borrar la mala impresión que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel joven, cuya influencia lo avasallaba tanto, le había dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba á correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor, al mismo tiempo, de algunas indiscreciones suyas, cuya revelación le traería infaliblemente su ruina.

—Estamos de acuerdo, entonces—prosiguió Daniel,—y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme á mí un pliego de papel.

—¿Que yo tome una pluma y te dé á ti papel?

Eso es.

—¿Y vamos á escribir?

—Á escribir.

—Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú con el papel y yo con la pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura; sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reía, y empezó á doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dió don Cándido. En seguida tomó un cortaplumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros poco más ó menos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dió á don Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupación de su discípulo.

—¿Y bien, qué hago con esto?

—Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es esa la mejor pluma del tintero?

—Está cortada para perfiles—le contestó el antiguo maestro de escuela, levantando la pluma á la altura de sus ojos.

—Bien; ponga usted en cada uno de esos papelitos el número 24, en forma de escritura inglesa.

—El número 24 es un mal número, Daniel.

—¿Por qué, señor?

—Porque era el máximun de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos remolones: muchachos que ya hoy son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sin embargo...

—Escriba usted 24, señor don Cándido.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—24, 24, 24... ya está—dijo don Cándido, después de haber escrito y repetido ocho veces aquella cifra.

—Muy bien: ahora escriba usted en el reverso del papel: Cochabamba.

—¡Cochabamba!

—¿Qué hay, señor?—le preguntó Daniel con mucha calma, al oir la exclamación de don Cándido.

—Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, con la casa á ese fraile impío, renegado, asesino y...

—Escriba usted «Cochabamba», mi querido maestro.

—Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba... ya están los ocho.

—Tome usted la pluma más gruesa del tintero.

—Pero si ésta está excelente, superior.

—Tome usted la más gruesa.

—Vaya, pues. Aquí está una de rayar.

—Perfectamente. Escriba usted con escritura española el mismo número y la misma palabra en estos otros papelitos—y Daniel dió á don Cándido ocho papeles más.

—¿Es decir, que quieres que desfigure la letra?

—Justamente.

—Pero, Daniel, eso está prohibido.

—Señor don Cándido, ¿me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?

—Bien; ya está—dijo don Cándido, después de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española el número y la palabra.

—¿Tiene usted tinta de color?

—Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.

—Úsela usted, pues, para estos otros papeles.

—¿El mismo número?

—Y la misma palabra.

—¿En qué escritura?

—Francesa.

—La peor de todas las escrituras posibles; ya está.

—Ahora, los últimos ocho papelitos.

—¿Con qué tinta?

—Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzó.

—¿En qué forma?

—En forma *sui generis*; es decir, en forma de letra de mujer.

—¿Todo del mismo modo?

—Exactamente.

—Ya está; y son treinta y dos papelitos.

—Eso es: treinta y dos veces veinticuatro.

—Y treinta y dos Cochabambas—dijo don Cándido, que no podía despreocuparse de este nombre.

—Doy á usted repetidísimas gracias, mi querido amigo—dijo Daniel, contando y guardando los papeles dentro de su cartera.

—¿Es algún juego de prendas, Daniel?

—Esto es lo que es, mi buen señor, y nada más.

—Esto me huele á alguna intriga amorosa, Daniel ¡cuidado, hijo mío, cuidado! ¡Buenos Aires está perdida en ese sentido, como en muchos otros!

—Amén. Y para que la perdición no se extienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el favor de olvidarse para siempre jamás de lo que acaba de escribir.

—Palabra de honor, Daniel—dijo don Cándido, apretando la mano de su discípulo que acababa de levantarse y se disponía á retirarse.—Palabra de honor, yo he sido joven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputación de los hombres. Palabra de honor. Vete tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, como bien lo mereces.

—Gracias, mil gracias, amigo mío. Pero, mientras yo sigo consejos de cuidarme, usted no olvidará mi recomendación del plano. ¿No es verdad?

—¿No me has dicho que para mañana lo necesitas?

—Para mañana.

—No habrán dado las doce del día, cuando lo tendrás en tu poder.

—¿Llevado por usted mismo, bien entendido?

—Por mí mismo.

—Entonces, buenas noches, mi querido maestro.

—¡Adiós, mi Daniel, mi amigo, mi salvador, hasta mañana!

Y don Cándido acompañó hasta la puerta de calle á aquel discípulo de primeras letras, que más tarde debía ser su protector y salvador, como acababa de llamarle. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por la calle de Cuyo, preocupado con el recuerdo de ese hombre que, mucho más allá de la mitad de su vida, conservaba, sin embargo, la candidez y la inexperiencia de la infancia, y que reunía, al mismo tiempo, cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos de la vida; uno de ésos hombres en quienes jamás tienen cabida ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de acción y de intriga, de inconsecuencia y de ambición, peculiar á la generalidad de los hombres, y que forman esa especie excepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto los rodea sino la superficie material de las cosas.

IV

QUINIENTAS ONZAS

Reflexionando iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, más que sobre otros asuntos de mayor importancia que lo preocupaban desde hacía algunos días, en la vida agitada á que lo conducían su organización, á la vez que su entusiasta patriotismo. Este joven reunía dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, á pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir: había en él el talento y la circunspección de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un joven común. Y así se le veía en las circunstancias más difíciles, en los trances más apurados, mezclar á lo serio la ironía, á lo triste la risa, y, lo más grave, aquello que era la obra misma de su alta inteligencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento acababa, por ejemplo, de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y dos papelitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponía con ellos, el mismo misterio que encerraban, habría sido en aquella época un asunto de pena capital. Y, sin embargo, Daniel caminaba reflexio-

nando y riéndose de don Cándido, sin acordarse de tales papelitos. Organización rara: corazón frío y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imaginación altísima para las más vastas concepciones; sutil y ligera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni más ni menos que como un joven, indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y de los sentidos, á los veinticinco años de la vida, que nos hace perezosos exteriormente, porque toda nuestra actividad se reconcentra entonces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó á su casa, en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró á su fiel Fermín, que lo esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y media de la noche, es decir, una hora más tarde de aquella en que Daniel volvía á su casa, generalmente, á ponerse en estado, como decía, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusión amorosa en su corazón; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese joven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no había conocido aún el más terrible de sus estragos, y por que habían pasado ya millares de hombres de la generación á que él pertenecía: y tal era la separación repentina y sin término del objeto amado.

En esa época de la dictadura, la mayor parte de los jóvenes argentinos, en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su energía en las fuentes secretas de los afectos, había tenido que decir un ¡adiós! á alguna mujer querida, á alguna realización bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa segunda generación que

se levantó contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpía en el corazón de esos jóvenes el curso natural de las afecciones más sentidas: la de la patria y la del amor. Y en la peregrinación del destierro, en los ejércitos, en el mar, en el desierto, los emigrados alzaban su vista al Cielo para mandar en las nubes un recuerdo á su patria y un suspiro de amor á su querida.

En la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginación de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad más inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relación con la política, no es lo mismo cuando forma parte de la vida nuestro corazón, porque entonces cada hora es un siglo que pasa lleno de fastidio y de zozobra sobre el alma; así, con el dolor de la proscripción, los emigrados sufrían, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero, en este sentido Daniel era feliz. El, el más devorado por el deseo de la libertad de su patria, el más dolorido por sus desgracias, el más activo por su revolución, podía, sin embargo, á los veinticinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada y ver á su lado esa luz divina, recuerdo ó revelación del Paraíso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificación y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazón.

Así, Daniel entró contento en su casa, pues pronto debía salir de ella para volar al lado de su Florencia.

—¿Ha venido alguien?—preguntó Daniel dirigiéndose á sus habitaciones.

—Sí, señor, hay un caballero en la sala.

—¿Y quién es ese caballero?—prosiguió Daniel sin manifestar la menor curiosidad y entrando en su escritorio por la puerta que daba al patio.

—El señor don Lucas González—respondió Fermín entrando en el escritorio junto con su señor.

—¡Ah, ah, el señor don Lucas González! por ahí debías haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y, sobre todo, los amigos de mi padre, no deben hacer antesala mucho tiempo—dijo Daniel, dirigiéndose á su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones más, todas iluminadas y adornadas con sencillez, pero con elegancia.

—¡Cuánto siento, señor, que se haya usted incomodado en esperarme! Rara vez falto de mi casa á las siete; pero hoy, una ocurrencia imprevista me ha retenido fuera de ella—dijo el joven dando la mano á un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable á quien colocó á su derecha en uno de los sofás de la sala.

—Hace apenas algunos minutos que he llegado, y de ningún modo me incomodaba esperar á usted, señor Bello—contestó con amabilidad el señor don Lucas González, antiguo vecino de Buenos Aires, español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fe conocidas.

—Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres á quienes estima el mío, y que yo sé son bien dignos de esa estimación.

—Gracias, señor don Daniel. Yo también tengo

por el señor don Antonio una verdadera estimación; fué de los primeros argentinos que conocí en Buenos Aires. ¿Y cuándo viene á la ciudad?

—No lo sé, señor. Sin embargo, me parece que para septiembre ú octubre tendré el placer de darle un abrazo; y espero entonces tendremos el honor de ver á usted con más frecuencia en esta casa.

—¡Oh, sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el señor don Antonio se hacen excepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es como vengo á pedir al hijo una disculpa.

—¿A mí, señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

—Sin embargo, me hallo en ese caso—dijo el anciano con cierta expresión de disgusto.

—Veamos, señor, ¿qué falta es esa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted?

—Sabe usted, señor Bello, que he respondido á usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Núñez.

—Es cierto, señor, y en el acto de recibir la carta de usted, di orden para que fuese entregado el ganado.

—Es verdad, pero el plazo vence mañana.

—No lo recuerdo ciertamente.

—Sí, mañana; mañana, 19 de mayo.

—¿Y bien, señor?

—Es el caso que Núñez no ha reunido el dinero, que me lo avisa sólo hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla antes de una semana.

—¿Y qué necesidad hay de que sea en una semana? ¿Por qué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo

ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los señores Anchorena la cubrirían en el acto. No me fije usted tiempo, señor González. Su palabra de usted vale tanto como si aquella cantidad estuviese en mis gavetas.

—Gracias, amigo mío—dijo el señor González con una expresión marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio;—yo tenía en mi caja—continuó,—quinientas onzas de oro. Podía con ellas cumplir con usted; pero anteayer me he encontrado en uno de esos compromisos... de esos compromisos de esta época... pues... de que un hombre no sabe cómo libertarse.

—¡Ya!—exclamó Daniel, que al oir «compromiso» y «época», olvidó el respeto que debía guardar á los asuntos privados de un extraño, y quiso, por el contrario, incitarlo á su explicación.—¡Ya! ¡tanta subscripción, tanto donativo á los hospitales, expósitos, Universidad, guerra! ¡Sobre todo, tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede eximirse por la posición de los que piden!

—¡Pues eso mismo es lo que acaba de sucederme.

—Préstamos que no vuelven—continuó Daniel echándose hacia un brazo del sofá, como si sólo quisiera hablar de las generalidades de la época.

—No; felizmente creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mansilla me hipoteca su casa.

—¡Oh, es una hermosa finca!—dijo Daniel, que al oir el nombre de Mansilla, conoció que el asunto era más interesante de lo que al principio creyó.

—¡Hermosísima! Pero de todos modos, es di-

nero parado, porque ni pagará intereses, ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

—¡Oh, y hará usted muy bien! Usted conoce la posición del general Mansilla: con el préstamo usted se hace de él un buen apoyo; con la reclamación se haría usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados muy alto, no gustan de que les reclamen nada.

—Ha acertado usted, señor Bello. La amistad de Mansilla me cuesta ya mucho, como la de otros señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca ó mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

—¡Triste estado, por cierto, señor González: tener que comprar como un favor lo que se nos debe en justicia! ¡Pero, cómo ha de ser! no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

—Así lo creo.

—Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporción de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algún tiempo. ¿No es usted de mi opinión?

—¿Y qué he de hacer? Sin embargo, esta vez me garantizo á lo menos con una hipoteca.

—¿Se ha extendido ya?

—Todavía no.

—¿Pero ha entregado usted el dinero?

—Anteayer: una sobre otra, quinientas onzas de oro.

—¿Y no habría sido mejor que anteayer se hubiese extendido la escritura de hipoteca, y dar des-

pués una sobre otra las quinientas onzas de oro al general Mansilla?

—Esa era mi idea. Pero fué á casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo en que ayer se escrituraría la hipoteca.

—¿Y se hizo así?

—No, no le he visto la cara en todo el día de ayer.

—¿Y hoy?

—Tampoco.

—Entonces, señor González, siento decir á usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

—¡Cómo! ¿cree usted?...

—Yo creo muy pocas cosas en la vida, señor; pero dudo de muchas.

—¡Ah! Entonces duda usted de que Mansilla...

—No dudo del General; dudo de la época: época esencialmente excepcional; todas las acciones deben serlo.

—Pero...

—Eso es lo único de que dudo, señor. Pero no es sino una idea mía que puede ser extravagante... ¡qué sé yo!... ¡tantas veces nos equivocamos al cabo del día!

—Hombre, ¡por Dios! Si Mansilla hiciera eso sería una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente —dijo el honrado español esforzándose en persuadirse de que el joven Bello se excedía en sus dudas, porque, más que la pérdida de sus quinientas onzas, lo lastimaba la idea de ser burlado por un hombre á quien prestaba un servicio.

—Señor González, usted es un anciano respe-

table; un hombre lleno de probidad y de experiencia; y yo no soy otra cosa que un joven que comienza la vida; sin embargo, yo le hablo á usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen: haga usted lo posible por que se firme esa escritura; pero, si encuentra usted resistencia, no lleve adelante este negocio: hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en aquella especulación.

—¿Pero, qué resistencia puede haber?

—No pregunte usted eso, señor González. Raciocinemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben ó no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de Rosas se deje demandar impunemente? ¿No tiene usted en cuenta para nada el orgullo de los hombres, nunca más resentido que cuando les hieren en su altanería?

—Conque entonces, si le quitan á uno...

—Y bien, señor González; ¿usted quiere decir que si le quitan á uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

—Claro está.

—Pues no, señor, no está claro, sino muy obscuro. Por ejemplo, pongámonos en el caso de que el general Mansilla no le hipoteca á usted la casa.

—Pero si ya ha recibido las quinientas onzas.

—Bien, bien, señor González, pero pongámonos en ese caso.

—¿En el de que no me extienda la escritura?

—Justamente.

—En ese caso habría...

—En ese caso habría cometido una mala acción, ¿no es eso?

—Hombre...

—Sí, eso es lo que quiso usted decir... ¿Pero

no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años á esta parte, dados por el Gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos, señor, cuantos viven á la sombra de Rosas?

—¿Y bien? La autoridad haría entonces que se me extendiese la escritura.

—La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene también sus trámites muy expeditivos, y hay noventa y nueve probabilidades contra una, de que tomaría la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora lo que tiene de grave este asunto, señor González?

—Sí.

—¿Perfectamente bien?

—Sí—contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla á la altura de sus derechos.

—Entonces, repito á usted, señor, que, si no nace del general Mansilla el cumplimiento de su obligación, no se presente á la autoridad, ni lo hostilice.

—Respetaré ese consejo—dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podía menos de alarmarlo, en aquella época en que la confianza y la seguridad estaban expirando, y comenzando á nacer la incertidumbre y el terror.

—Si no es un consejo, á lo menos es una opinión de un buen amigo.

—Gracias, señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinión de los hombres de bien, sean viejos ó jóvenes. Los ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene—dijo el anciano levantándose.

—El día que usted quiera, señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al señor don Lucas González, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debía inscribirse muy pronto en el martirologio de 1840.

Daniel dió algunos paseos en el patio, y, después de haber conversado consigo mismo, aquella cabeza jamás tranquila, plegó sus alas, y dejó un poco de tiempo á la vida del corazón, que en aquella organización febricitante estaba en continua lucha con la vida de la inteligencia.

—Un frac, Fermín—dijo Daniel entrando en su aposento donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecía.

—¡Bien!—continuó Daniel después de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de cepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

—¿Lleva usted capa?

—No.

—¿Saco lo que está en la levita?

—No, no habrá necesidad de él.

—¿Las pistolas?

—Tampoco, dame un bastón solamente.

—¿Las llevo luego?

—Sí: á las once, me llevarás también mi caballo y mi poncho.

—¿Lo he de acompañar á usted?

—Sí: vendrás conmigo á Barracas... á las once en punto.

—¿A casa de doña Florencia, señor?

—¿Y á qué otra cosa, tonto?—dijo Daniel dis-

gustado de ver que alguien ponía en duda, que sus únicas horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que al de aquélla tan bien amada de su corazón.

V

LA ROSA BLANCA

Ahora, el lector tendrá la bondad de volver con nosotros á nuestra conocida quinta de Barracas, en la mañana del 24 de mayo, y una hora después de aquélla en que dejamos á la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es otra vez la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salón, donde los dorados rayos de nuestro sol de mayo penetran tibios y descoloridos al través de las celosías y de las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro más encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y á la que acaricia distraída con sus manos más blancas y suaves que sus hojas.

A su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una

sombra azul que los circunda contrastando con la palidez de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados que caen sobre sus sienes descarnadas y redondas con que la Naturaleza descubre la finura de espíritu de aquel joven, como en su ancha frente la fuerza de su inteligencia.

—¿Y bien, señora?—preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, después de algunos momentos de silencio.

—Y bien, señor, usted no me conoce—dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

—¿Cómo, señora?

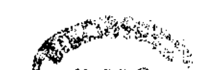
—Que usted no me conoce; que usted me confunde con la generalidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis labios puedan decir lo que no sienta mi corazón, ó más bien (porque no hablamos del corazón en este momento) lo que no es la expresión de mis ideas.

—Pero yo no debo, señora...

—Yo no hablo de los deberes de usted—le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora,—hablo de *mis deberes*: he cumplido para con usted una obligación sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organización y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted en ella moribundo, y lo he asistido. Necesitaba usted atención y consuelos, y se los he prodigado.

—¡Gracias, señora!

—Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios y la humanidad me imponen. Pero yo cum-



pliría á medias estos deberes, si consintiese en la resolución de usted: quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán á abrir mortales, porque la mano que las labró volverá á dejar sentirse sobre su pecho en el momento que descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto.

—Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

—Los tendrán. Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa; y quizá será necesario emigre usted—dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar estas últimas palabras.—Y bien—continuó volviendo á levantar su preciosa cabeza,—yo soy libre, señor, perfectamente libre; no debo á nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el menor esfuerzo, un riguroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibírselo, porque no tengo derecho para ello, digo á usted otra vez, que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

—¡Cómo lo deseo! ¡Oh, no, Amalia, no!—exclamó Eduardo aproximándose á la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo;—no, yo pasaría una vida, una eternidad en esta casa. En los veintisiete años de mi existencia, yo no he tenido vida sino cuando he creído perderla, mi corazón no ha sentido placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido, en fin, la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado. Amo de esta casa el aire, la luz, el polvo, pero temo, tiemblo, por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la Providencia ha velado por

mí, ese demonio de sangre que nos persigue á todos, puede descubrir mi paradero y entonces... ¡oh, Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraría con toda la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

—¿Y qué habría de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrostrase también algún peligro por la salvación del hombre á quien... á quien ha llamado su amigo?

—¡Amalia!—exclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la joven.

—¿Cree usted, Eduardo, que bajo el cielo que nos cubre no hay también mujeres que identifiquen su vida y su destino con la vida y con el destino de los hombres? ¡Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria de los argentinos, deje usted á lo menos que las mujeres conservemos la generosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro carácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo lo acompañaría en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondría mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos, y si fuese necesario subir al cadalso por la libertad en la tierra que lo vió nacer en la América, yo acompañaría á mi esposo, á mi hermano ó á mi amante, y subiría con él al cadalso.

—¡Amalia! ¡Amalia! ¡Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que éstas inspiran todavía bajo su cielo el himno mágico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma!—exclamó Eduardo oprimiendo entre sus manos la de Amalia.—Perdón, yo la he engañado á usted; perdón, mil veces. Yo había

adivinado todo cuanto hay de noble y generoso en su corazón; yo sabía que ningún temor vulgar podría tener cabida en él. Pero mi separación está aconsejada por otra causa: por el honor... Amalia, ¿nada comprende usted de lo que pasa en el corazón de este hombre á quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamás hubo sentido?

—¿Jamás?

—Jamás, jamás.

—¡Oh! repítalo usted, Eduardo—exclamó Amalia oprimiendo á su vez entre las suyas la mano de Belgrano, y cambiando con los ojos de éste esas miradas indefinibles, magnéticas, que transmiten los flúidos secretos de la vida entre las organizaciones que se armonizan cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego divinizado del alma.

—Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no había pertenecido jamás á mi corazón, y ahora ...

—¿Ahora?... —le preguntó Amalia agitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

—Ahora, vivo en él: ahora amo, Amalia.—Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevo á sus labios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazón acababa de depositar, con su primer amor, la primera esperanza de felicidad que había conmovido su existencia; y durante esa acción precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia, y, deslizándose por su vestido, cayó á los pies de Eduardo.

A las últimas palabras del joven, el semblante de Amalia se coloró, radiante de felicidad; pero, instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma se evaporó, y la reacción del

rubor vino después á inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, al que se debe tanto en ciertos momentos, vino á hacer que el corazón saborease en secreto las últimas palabras de los labios.

—¡Perdón, Amalia!—dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando sus sienes de sus cabellos que las cubrían,—perdón, he sido un insensato; pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararía á la faz de Dios: amo y no espero, he ahí mi defensa, si la he ofendido á usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

—Gracias, Amalia—exclamó Eduardo arrodillándose delante de la diosa de su paraíso hallado. —Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazón.

—¡Oh, levántese usted, por Dios!—exclamó Amalia obligando á Eduardo á volver al sofá.

—Una palabra solamente, Amalia.

—¿Sobre qué, señor?—dijo Amalia, colorada como un carmín, pretendiendo retrogradar en un terreno en que había avanzado demasiado.

—Una palabra que me diga lo que mi corazón adivina—continuó Eduardo volviendo á tomar entre las suyas la mano de Amalia.

—¡Oh, basta, señor, basta!—dijo la joven retirando su mano y cubriéndose los ojos.

Su corazón sufría esa terrible lucha que se establece en las mujeres en ciertos momentos en que

su corazón quiere hablar y sus labios se empeñan en callar.

—No — prosiguió Eduardo, — déjeme usted al menos, por la primera, por la última vez quizá, hacer á sus pies el juramento santo de la consagración de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primera pasión, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo, y Dios es testigo de que mi corazón es estrecho para la extensión de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmín, dejaron escurrir una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplación extática en que estaban, su brazo extendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y...

—¡Ah!—exclamó, recogiendo la rosa y llevándola á sus labios.—No, Amalia, no es la beldad la que ha caído á mis pies, soy yo quien viviré de rodillas; yo que tendré su imagen en mi corazón, como tendré esta rosa, lazo divino de mi felicidad en la tierra.

—¡Hoy no!—dijo Amalia arrebatando la rosa de la mano de Eduardo.—Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

—Pero esa flor es mi vida, ¿por qué quitármela, Amalia?

—¿Vida, Eduardo? basta, ni una palabra más, por Dios — dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo.—Sufro—prosiguió;—esta flor, caída en el momento que se me habla de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad:

pero por mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

—¿Y quién estorbaría hoy nuestra felicidad en el mundo?...

—Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo el mejor de los mundos posibles, como decía no sé quién—dijo Daniel Bello, que entraba en la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.—No hay que incomodarse—continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato á Amalia, que ocupaba en el sofá.—Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y de su amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo:

—Empiezo por confesar á ustedes que no he oído más que las últimas palabras de Eduardo, y que lo mismo sería aunque no las hubiera oído, porque hace muchos días que me las estaba imaginando. He dicho.—Y saludó con una gravedad llena de burla á su prima, colorada como un carmín, y á Eduardo, que fruncía el entrecejo.

—¡Ah! Como ustedes no me quieren contestar—prosiguió Daniel,—seré yo quien continúe hablando. ¿Cómo dispone usted, mi señora prima: vendrá el coche de la señora Dupasquier á buscarla á usted, ó irá usted en el suyo á casa de la señora Dupasquier?

—Iré yo—dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

—¡Gracias á Dios que veo una sonrisa! ¡Ah! ¿y usted también, señor don Eduardo? ¡Alabado sea Baco, patrono de la alegría! Yo pensaba que

de veras se habían enojado porque yo hubiese oído un poquito de lo mucho que, naturalmente, tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado, donde, aunque sea un año, he de venir á habitarlo algún día con mi Florencia. ¿Me lo prestará usted, señora doña Amalia?

—Concedido.

—En hora buena. Recapitulemos, pues. Horas fijas, como hacen los ingleses, que jamás yerran sino en la América: á las diez, ¿te parece buena esa hora?

—Preferiría más tarde.

—¿A las once?

—Más todavía—contestó Amalia.

—¿A las doce?

—Bien, á las doce.

—En hora buena. A las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia para conducirla al baile, pues la señora Dupasquier sólo de este modo consiente en que vaya su hija.

—Eso es.

—¿Quién te acompañará en el coche?

—Yo—dijo Eduardo precipitadamente.

—Despacio, despacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando á nadie hoy á las doce de la noche.

—¿Y cómo ha de ir sola?

—¿Y cómo ha de ir usted con ella en la noche del 24 de mayo?—contestó Daniel mirando fijamente á Eduardo y recargando la voz sobre la palabra *veinticuatro*.

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia, que con su vivísima imaginación había comprendido que aquellas palabras encerraban algún misterio, se dirigió á su primo con esa prontitud de las mujeres cuan-

do les hieren alguna de las cuerdas de esa arpa de celosos afectos que se llama su corazón, y le preguntó:

—¿Puedo saber por qué no es lo mismo la noche del 24 de mayo que otra cualquiera, para que el señor me haga el honor de acompañarme?

—Es justísima tu interrogación, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las señoras.

—Pero aquí hay algo de política, ¿no es verdad?

—Puede ser.

—Yo no tengo ningún derecho para exigir de este caballero que me acompañe; pero, á lo menos, creo tenerlo sobre él y sobre ti para recomendarles á los dos un poco de prudencia.

—Yo te respondo de Eduardo.

—De los dos—se apresuró á decir Amalia.

—Bien, de los dos. Quedamos, pues, en que á las doce irás á casa de Florencia. Pedro te servirá de cochero y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de madama Dupasquier, montarás con ella en su coche para ir al baile, y el tuyo volverá á buscarte á las cuatro de la mañana.

—¡Oh, es mucho! ¡cuatro horas! Una, solamente.

—Es muy poco.

—Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.

—Lo sé, Amalia; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y además por la tranquilidad permanente de Eduardo. Te lo he dicho diez veces: no asistir á este baile dado á Manuela, en que recibes una invitación de ella, solicitada por Agustina, es exponerte á que lo consideren como un desaire, y estamos mal entonces. Agus-

tina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar en el baile y salir de él antes que ninguna otra, es hacerte notar en muy mal sentido á los ojos de todos.

—¿Y qué me importa de esa gente?—dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

—Muy cierto; á esta señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa gente, ni he sido de tu opinión, Daniel, de que le haga el honor de concurrir á su baile—dijo Eduardo dirigiéndose á su amigo.

—¡Bravo! ¡Superior!—exclamó Daniel saludando á Amalia y á Eduardo sucesivamente.—Estáis inspirados y me habéis convencido—continuó—es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar á quemar sus colgaduras celestes, para no ofender los delicados ojos de la Mazorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos días.

—¡Esa canalla en mi casa!—exclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo é irguiendo su cabeza que parecía en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona.—Y bien—prosiguió—mis criados harán con ella lo que se hace con los perros: la echarán á la calle.

—¡Superior! ¡Sublime!—exclamó Daniel frotándose las manos; y echando luego su cabeza hacia el respaldo del sofá y mirando al cielo raso, preguntó con una calma glacial:

—¿Cómo van las heridas, Eduardo?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organización de Amalia. Eduardo no respondió. El y

ella habían comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogación de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, quería presagiarles con ella.

—Iré al baile, Daniel—dijo Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

—¡Pero es terrible que yo sea la causa!—dijo Eduardo levantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos pasos en su pierna izquierda, que apenas se podía afirmar en tierra.

—¡Vamos! ¡Por amor de Dios!—dijo Daniel levantándose, tomando del brazo á Eduardo y volviéndolo al sofá;—vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que madama Dupasquier asista con mi Florencia á ese baile? ¿Y por qué, Amalia? ¿Por qué, Eduardo? Para despejar en algo el porvenir de todos de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy forjan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se cierne sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y á todos es preciso salvar. A trueque de estos pequeños sacrificios, yo proporciono la única garantía para todos, y á la sombra de ellos, también me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimación, puedo decir de esa gente, para, más tarde, de un día, de un momento á otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y... pero... estamos convenidos, ¿no es verdad?—dijo Daniel interrumpiéndose á sí

mismo y á merced de aquel poder admirable que ejercía sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento antes grave y serio, por no acabar de descubrir á su prima algo de los misterios de su vida política.

—Convenido, sí—dijo Amalia.—A las doce, á casa de madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que pareces tener empeño en que les sea importuna desde temprano.

—¡Bah! la señora Dupasquier es una santa señora, y Florencia está encantada de ti desde que sabe que no eres su rival...

—Y Agustina, Agustina, ¿qué motivos, qué interés tiene para querer tratarme? ¿También es por celos?

—También.

—¿De ti?

—No, desgraciadamente.

—¿Y de quién?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí, de ti; ha oído hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes exquisitos, y la reina de la belleza y de los caprichos, quiere conocer á su rival en ellos: he ahí todo.

—¡Bah! Pero, ¿y Eduardo?

—Me lo llevo.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestarías por hoy?

—¡Pero salir de día! Tú me habías hablado de llevarlo esta noche por algunas horas á tu casa.

—Ciertísimo. Pero no podré volver á esta casa hasta mañana.

—¿Y bien?

—Y bien, Eduardo no saldrá sino conmigo.

—¿De día?

—De día; ahora mismo.

—Pero lo verán.

—No, señora, no lo verán; mi coche está á la puerta.

—¡Ah! no lo había sentido llegar—dijo Amalia.

—Ya lo sabía.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Tienes también el don de segunda vista como los escoceses?

—No, mi linda prima, no; pero tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré en esta sala...

—Señora, ¿me hace usted el favor de hacer callar á su primo, para que no nos diga algún disparate?—dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando sus palabras con una sonrisa, la más inteligible para Amalia.

—¡Toma! nuestro querido Eduardo, Amalia mía, cree que yo iba á cometer el desatino de repetir lo que él, probablemente, te estaría diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

—¡Hola! También es usted mordaz, caballero—dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos ó tres hebras de sus lacios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud, que obligó á Daniel á prorrumpir en una exclamación.

—¿Qué hay?—preguntó Amalia con la cara más

seria del mundo y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

—Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento, que tú y Florencia seréis las más lindas mujeres de esta noche.

—¡Gracias á Dios que te oigo decir una cosa razonable!—dijo Eduardo.

—Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

—¡Ya!

—Sí, ya.

—Pero es temprano aún.

—No, señor; por el contrario, es tarde.

—Bien, ahora.

—No, ya.

—¡Oh!

—¿Qué?

—Nada.

—Cáspita, el huésped parece sueco, pues, según el vulgo, donde entran allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernadotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte días que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!

—Daniel, ¿me haces el favor de visitar temprano á Florencia?—dijo Amalia.

—¿Y para qué, señora?

—Para recibir tu audiencia de despedida.

—¿Cómo? ¿cómo?

—Tu audiencia de despedida.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Despedirme, Florencia?

—Justamente.

—¿Ha hablado con ella doña María Josefa?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces, seré yo quien hable, yo.

—¿Para decirle que me despida?

—Eso es.

—¡Diablo!

—¿No te parece bien?

—No, por cierto, ni en broma.

—Pues lo haré.

—¿Quieres decir?...

—Quiero decir que esta noche haré ver á esa pobre criatura todo lo que le espera con un marido tan insufrible.

—¡Ah! ¡Bueno! Tomarás la revancha, Eduardo, ¿me haces el favor de despedirte de Amalia?

—Es irresistible, señora—dijo Eduardo, levantándose y tomando la mano que le extendía Amalia.

—¡Bah! Esa es condición de todos los de mi familia: somos irresistibles—dijo Daniel, sonriéndose y dando un paseo del sofá á las ventanas, mientras las manos de Amalia y Eduardo parecían querer estar despidiéndose todo el día.

Ni él ni ella se dijeron una sola palabra; sus ojos habían pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dió vuelta, Eduardo se dirigía á la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

—Mi Amalia—dijo Daniel, solo ya con su prima,—nadie en el mundo velará por Eduardo más que yo. Yo velaré por todos, mientras á mí sólo me guarda la Providencia. Nadie tampoco desea más que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejadme hacer. ¿Quedas contenta?

—Sí—dijo Amalia, con los ojos llenos de lágrimas.

—Eduardo te ama, y yo también estoy contento de esto.

—¿Lo crees tú?

—¿Lo dudas tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Dudo de mí.

—¿No eres feliz con ese amor?

—Sí y no.

—Es como no decir nada.

—Y, sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

—¿Lo amas y no lo amas, entonces?

—No; lo amo, lo amo, Daniel.

—¿Y entonces, Amalia?

—Entonces, soy feliz con el amor que le profeso, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

—¡Supersticiosa!

—Puede ser; pero la desgracia me ha enseñado á serlo.

—La desgracia suele conducirnos á la felicidad, amiga mía.

—Bien, anda, te espera Eduardo.

—¡Hasta luego!—dijo Daniel, poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento después, los dos amigos subieron al coche, y á tiempo de romper á gran trote los caballos, alzóse una de las celosías de las ventanas del salón de Amalia, y dos miradas cambiaron un expresivo adiós.

VI

VEINTICUATRO

El sol del 24 de mayo de 1840 había llegado á su ocaso, y precipitado en la eternidad aquel día que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolución. Treinta años antes se había despedido de la tierra, viendo desaparecer para siempre la autoridad del último de nuestros Virreyes, de quien, en tal día como ese, en 1810, el Cabildo de la ciudad había hecho un Presidente de una junta gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió más, pocas horas después, contra la voluntad del Cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche había velado el cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del Rey de España se esparcía una claridad que sorprendía los ojos del pueblo bonaerense, habituados, después de muchos años, á ver obscura é imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, antes y después de la revolución, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, después del Gobierno destructor de don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la señora Marquesa de Sobremonte daba sus espléndidos bailes, y alegres tertulias de revesino, radiantes de lujo en

tiempo de la presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habían sido barridos, tapizados con las alfombras de San Francisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al señor Gobernador y á su hija su guardia de infantería, al cual no podría asistir Su Excelencia, por cuanto en ese día honraba la mesa del caballero H. Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su Soberana. Y la salud de Su Excelencia podría alterarse pasando indiscretamente de un convite á un baile, por lo que estaba convenido que la señorita, su hija, lo representase en la fiesta.

Las iluminarias de la plaza de la Victoria, la iluminación interior del palacio, que al través de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza de 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo la aproximación de ese 25 que jamás deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hacia las dos grandes plazas á ese pueblo porteño que pasa tan fácilmente del llanto á la risa, de lo grave á lo pueril, y de lo grande á lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu francés, aunque no era ésta la opinión de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó á la barra que le interrumpía: «Silencio, pueblo italiano;» pueblo, en fin, cuyo estudio psicológico sería digno de hacerse, si alguien pudiera estudiar en las páginas desencuadernadas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirigían á las casas de los convidados al baile, empezaban á correr con dificultad

por las calles paralelas á las plazas de la Victoria y de 25 de Mayo; los cocheros tenían que contener los caballos, y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos aires que parecen todos discípulos del diablo, y que se entretienen en asaltar á aquéllos y disputarles su lugar en lo más rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venía del Retiro hacia la plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la vereda de la catedral, y una grita espantosa se alza en derredor del coche, acusando al cochero de haber muerto media docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa más divertida que tener á quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior al poder soberano que representa.

Los vigilantes acudieron. El coche estaba entre un mar de pueblo. Se buscaba á los muertos, á los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vigilantes reparten cintarazos á derecha é izquierda, y el coche no puede moverse.

—¡Adelante! Rompe por medio de todos. Rompe la cabeza á cuantos halles, pero anda, con mil demonios—dice al cochero uno de los personajes que conducía el carruaje.

—Señor vigilante—dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirigiéndose á uno de los agentes de policía, que en ese momento hacía más heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí había, que las que hizo Eneas en la terrible noche; —señor vigilante, creo que no se ha hecho mal á nadie; distribuya usted este dinero entre los que

hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, puesto que vamos de prisa.

—Sí, eso mismo decía yo. ¡Es gritería, nada más! —dijo el servidor del señor Victorica, guardando los billetes en su bolsillo;—campo, señores —gritó en seguida,—campo, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo menos magia para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la bocacalle de la plaza.

—Dobla por la calle de la Federación, y toma en seguida la de Representantes—dijo al cochero el primero de los que habían hablado.

Momentos después, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el señor don Felipe Arana, en la calle de Representantes, y á los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos recibió orden el cochero de estar en ese mismo lugar á las diez y media de la noche.

En seguida, los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en dirección al río por la misma calle de Cochabamba, obscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembocar en la última calle que les faltaba para llegar á la casa aislada, que se encontraba sobre la barranca, se hallaron de manos á boca con tres hombres, encapotados también, que venían en la dirección de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente,

y contemplándose, sin duda, guardaron por algún tiempo un profundo silencio.

—Es preciso salir de esta posición ; en todo caso, somos cuatro contra tres—dijo á sus compañeros uno de los hombres que habían bajado del coche. Y con su última palabra dió su primer paso hacia los tres desconocidos.

—Puedo saber, señores, si es por nosotros por lo que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en trino fué la respuesta que recibió el que había hecho aquella paladina interrogación.

—¡Al diablo con todos vosotros! ¡No ganamos para sustos!—dijo el mismo que había hablado antes, á quien ya se habían reunido sus compañeros, pues que todos se habían reconocido recíprocamente por la voz y por la risa: todos eran unos. Y todos marcharon en dirección al río.

A pocos pasos llegaron á una puerta que nuestros lectores recordarán, aun cuando un poco menos que el maestro de primeras letras de Daniel.

Ninguno de los siete golpeó la puerta ; pero uno de ellos puso sus labios en la bocallave, y pronunció la palabra: «Veinticuatro».

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recién venidos.

Algunos minutos después, la misma palabra fué pronunciada en el mismo paraje, y dos individuos más entraron en la casa. Y sucesivamente, por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de á dos y de á tres individuos, usando todos de la misma palabra y de las mismas precauciones.

VII

ESCENAS DE UN BAILE

Entretanto, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado á Su Excelencia el gobernador y á su hija, empezaban á llegar al palacio de Gobierno, y á las once los salones estaban llenos, y la primera cuadrilla se acababa.

El gran salón estaba radiante. El oro de las casacas militares y los diamantes de las señoras resplandecían á la luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que, al fin, despedían una abundante claridad.

Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y á la fiesta misma; es decir, se veían con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro cuando se encuentran confundidos con la sociedad á que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablan nada, y levantan muy serias y duras la cabeza, cuando quieren dar á entender que están muy habituadas á ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendo, empero, lo contrario de lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habían

encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, había allí ese silencio exótico, que en las grandes concurrencias revela siempre algo de menos, ó algo de más.

Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de los guantes, y sudando de dolor á causa de sus botas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile, que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquía social, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban, con la mejor buena fe del mundo, que no había nada de más elegante, ni cortés, que ir regalando yemas y bizcochitos á las señoras.

Y, por último, las damas, unas porque allí estaban á ruego de sus maridos, y éstas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y éstas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor; las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salón quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de la santa causa, que, alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron á sacarse los guantes que habían encarcelado por

tanto tiempo sus manos, habituadas al aire puro de la libertad.

Las buenas hijas de la restauración, unas en pos de otras, se acercaban á cumplimentar al primer eslabón de su cadena social.

A otras de las damas se les ocurría pasar al tocador, al entrar la señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, en fin, menos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

Manuela, sin embargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecía con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraía también las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí había capaces de juzgar sin pasión á esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa, con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y «buena moza,» como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

A pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la señora doña Agustina Rosas de Mansilla; y todas las miradas se volvieron hacia ella. Aquí no era el temor ni la adulación, era la expresión franca de la admiración por la belleza, lo que inspiraba entusiasmo á los hombres, y admiración á las damas.

Aquí debemos especializar la ligerísima observación que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse.

«Doña Agustina Rosas de Mansilla fué la mujer

más bella de su tiempo ;» es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algún día lo repita la historia de nuestro país, fiada en la verdad de escritores independientes é imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender á animosidades pequeñas por filiaciones de partido ó de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ésta no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de don Juan Manuel Rosas, cuyos miembros han figurado, más ó menos, en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su Gobierno. Y la misma Agustina, si bien en la época de los acontecimientos que narramos, vivía completamente ajena á la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores y de lujo, pasó á ser, más tarde, cuando el Gobierno de su hermano se dió una exterioridad diplomática y regia, uno de los personajes más espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios, y la conversación de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos.

En la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del general don Lucio Mansilla, no tenía la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y en esa época, también su espíritu, ó por falta de ocasión, ó por un tardío desenvolvimiento, no había manifestado toda la actividad y extensión con que más tarde se hizo remarcable en la nueva faz del Gobierno de su hermano, que comenzó con Palermo y con las complicaciones exteriores.

La importancia de esa joven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra ; se la había dado Dios.

En 1840 tenía apenas 25 años. La Naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, había derramado sobre ella una lluvia de sus más ricas gracias, y á su influjo había abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba en todo el esplendor de la belleza. De una belleza de estatuario, de pintor, y á quien ni el uno ni el otro podrían imitar exactamente. El cincel quebraría los detalles del mármol antes de dar á la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraría cómo combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopelados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la media luz de ese color; ni dónde hallar tampoco el carmín de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cutis. Rebosando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata ostentaba la lozanía de su primera aurora, y debía ser, y lo era, en efecto, el encantamiento de las miradas de los hombres, y aun de las mismas mujeres que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podrían señalar otro defecto á Agustina, sino que sus brazos eran algo más gruesos de lo que debían ser, y no bien redonda su cintura.

Pero, magnífica Diana para la escultura, espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba, sin embargo, en armonía con el bello poético del siglo XIX: había en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa expresión vaga y dulce, tierna y espiritual, que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del

gusto y del arte; tal era doña Agustina Rosas de Mansilla en 1840, y que entraba en el baile que se describe aquí, resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza, estaban cubiertos de diamantes, y la presión que sufría su talle, daba al rosado subido de su rostro una animación, que sólo á las unitarias pareció chocante. Pero, habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, á mirar en Agustina la reina de las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado á la griega, daba lugar, no á que resaltasen los perfiles ó la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento todavía, del brazo de su esposo el general Mansilla, que en esos momentos parecía recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este distinguido caballero había aprendido y ostentado en la culta sociedad que había frecuentado, cuando pertenecía en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguían á Agustina; la seguían, la devoraban. Pero, de repente, un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salón. Las miradas se vuelven hacia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresión general, lanza los rayos de sus lindos ojos hacia el centro común de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo, una de la otra, acaban de entrar en el salón: la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta y la señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigurosa etiqueta de la viudedad, vestía un traje de raso color lila muy bajo, ó más bien color torcaz, y sobre él, otro de blonda negra más corto que el primero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote era también de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual á la del talle, completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caían hacia su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada una linda rosa blanca.

El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza en una doble trenza que parecía sujetada solamente por un alfiler de oro, á cuya extremidad se veía una magnífica perla; y bajo la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza, se descubría apenas la punta de la cinta roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestía un traje de crespón con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosas, que, bajando de la cintura en forma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de éste eran extremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje estaba cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la joven, partidos en medio de la frente, caían como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza,

y dos hilos de aquéllas se escapaban de la trenza é iban á adornar la blanca y casta frente de la joven; y un ramito de pimpollos semejantes á los del vestido, estaba colocado, bella y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la Naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la federación.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolución obrada en la admiración universal por la belleza de Amalia.

La señorita Dupasquier estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad, hacía alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron á ofrecer su brazo á las recién llegadas y conducirlas á los asientos que eligieran; porque en ese baile ninguna señora hacía los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, ó la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fué á sentarse con Florencia en un ángulo del salón, donde se habían reunido todas las damas que allí había por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obsequio de la verdad, con mucho más miedo que sus nobles esposas.

Florencia fué levantada en el acto por un joven amigo de Daniel, para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvi-

dada, no fué invitada á las cuadrillas; sucede generalmente, que á la impresión que hace una mujer bella desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.

Pero la pobre Amalia no conocía á nadie, con nadie estaba comprometida: los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas Marquesas del tiempo de Luis XIII, en Francia, ó del Virrey Pezuela en la ciudad de los Incas.

—Ha venido usted muy tarde, señorita—dijo á Amalia la señora anciana, haciéndole uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que sólo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

—En efecto, pero me ha sido imposible venir antes—contestó Amalia, volviendo el saludo á su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje descubrió al momento una persona de distinción, como, al mismo tiempo, su poca exaltación por la causa federal en el moño pequeñísimo que traía, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque hasta los días en que estamos del año de 1840, el más ó menos federalismo se calculaba por el mayor ó menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabían perfectamente la opinión á que ambas pertenecían con sólo mirarse el ojal de la casaca, si eran hombres, ó la cabeza, si eran señoras.

—Creo que ésta es la primera vez que tengo el honor de ver á usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo?

—No, señora, resido en Buenos Aires hace algún tiempo.

—¡Algún tiempo! Entonces ¿no es usted de Buenos Aires?

—No, señora, soy tucumana.

—¡Ah! Bien me lo decía yo, ¡era imposible que usted no hubiera llamado la atención, si fuera usted mi compatriota!

—Sin embargo, creo que tengo el honor de ser compatriota de usted, señora.

—Sí, sí; en cuanto á argentina; quiero decir de Buenos Aires.

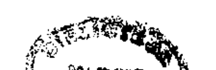
—Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí—dijo Amalia, con una sonrisa tan amable, que acabó de seducir á la buena señora, que desde ese momento conoció que tenía por interlocutora á una persona de espíritu y de clase.

—Conozco mucho—le dijo,—á la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

—No, señora. Tengo el honor de ser su amiga solamente; me llamo Amalia Sáenz de Olabarrieta—dijo Amalia, anticipándose á satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya había descubierto la propensión de hablar y preguntar, que nunca es más común que en los bailes entre ciertas señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

—¡Ah! ¿es usted la señora viuda de Olabarrieta? Tengo mucho gusto en conocer á usted. He oído su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oído, no hay nada de exagerado.

—Yo creía, señora, que en Buenos Aires ha-



bía sobradas cosas de qué ocuparse, para hacer á una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

—¡Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, según dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y buen gusto! ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera qué pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiría entonces la modestia de usted!

—Pero, señora—contestó Amalia,—yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

—¿Aquí?

—Aquí, sí, señora.

—¿Aquí? ¿De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiración que me ha causado!— dijo la señora con una sonrisa la más picante y despreciativa del mundo.— El buen gusto — prosiguió, — hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh, si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡qué mujeres! ¡Oh, eso era elegancia y buen gusto, señora! ¡Pero hoy!

—¿Podría saber, señora, si no es indiscreción, con quién tengo el honor de hablar?

—Soy la señora de N...

—¡Ah! me felicito por esta ocasión en que tengo el honor de saludar á la señora de N...

—Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto á este baile, ¿no es verdad?—prosiguió la señora de N... que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí había.

—Confieso á usted que yo no echo de menos ese buen tono que extraña usted—le respondió Amalia, que todo lo quería oir, sin decir ella nada.

—¡Oh, por Dios!

—¡Cómo! ¿No halla usted de buen tono la con-

currencia de esta noche?—le preguntó Amalia, que empezaba á encontrar que su vecina podría distraerla del mal humor que sentía.

—¡Buen tono!—dijo la señora, riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla y aproximándose á Amalia.—¿Conoce usted—continuó,—ciertas cualidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena ó mala raza?

—Quizá.

—Fíjese usted un momento en el pie de los hombres.

—¿Y bien? Ya está.

—¿Qué nota usted?

—¿Qué noto?

—Sí, con franquza.

—Nada.

—No es cierto.

—Pues, señora, no comprendo.

—Yo se lo explicaré á usted; son hombres de pies anchos y botas cortas; ¿se ríe usted?

—De la ocurrencia, señora.

—Pues esa es la primera señal de la clase á que esos hombres pertenecen. ¡Oh, de esos no había por cierto en nuestros pasados bailes! ¡Botas en un baile! ¿Ve usted aquel frente del salón? ¿Ve usted la primera cuadrilla?

—Sí, todo lo veo.

—Pues las señoras sentadas y las que están bailando son esposas ó hermanas de estos modernos caballeros.

—¿De manera, señora, que usted tiene la suerte de conocerlos á todos?

—En general los distigo por clases; en particular conozco á algunos.

—¡Ah, es una verdadera fortuna! ¡Yo que estoy aquí como si me hallase en Constantinopla!

—Tanto mejor.

—Tanto peor, señora, porque siquiera usted puede saber con quién habla, cuando alguna de esas damas ó caballeros se le acerquen.

—¿Pero qué, no tiene usted ningún pariente en Buenos Aires?—preguntó la señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba á recibir.

—Ninguno al servicio ó en la amistad del Gobierno—contestó Amalia, comprendiendo que la señora buscaba seguridades.

—¡Ah! pues entonces, sólo ganaría usted una cosa con conocer lo que desea.

—¿Y cuál es, señora?

—Un poco de risa.

—Es algo.

—En esta época, especialmente. ¿Qué le parece á usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta, estirándose su hermoso chaleco colorado?

—Me parece muy bien.

—No, señora, le parece á usted muy mal.

—¿Mal?

—Sí, mal; yo quiero defenderla á usted contra usted misma.

—Vaya, pues, señora, me parecerá mal si usted se empeña.

—Ese es el señor don Pedro Jimeno, comandante interino del cuerpo.

—¡Ah! ¿ese es el señor Jimeno?

—El mismo. Uno de los hombres más afortunados en su carrera.

—¡Es posible!

—Figúreselo usted: en 1821 fué mozo de servicio en el café de la Victoria.

—¡Ah!

—Sí, señora, mozo de café.

—Por algo se empieza en este mundo, señora.

—Y después se va adelante, ¿no es cierto?

—Así es en general.

—Pues eso mismo le pasó á Jimeno.

—¿Ascendió á la capitanía?

—No, de mozo de café ascendió á mercachifle.

—Hola! la cosa va en progreso—dijo Amalia sin poder contener la risa.

—¡Oh! Pero ascendió más todavía.

—¿En el mismo orden?

—Oígalo usted: de mercachifle pasó á ser empleado en nuestro teatro viejo.

—¡Hola, se hizo cómico!

—Menos que eso.

—¿Apuntador?

—Menos que eso.

—¿Menos que apuntador?

—Sí, señora.

—¿Entonces, qué fué?

—Uno de los peones encargados de levantar el telón de boca.

—¡Oh, es admirable la carrera de ese señor! ¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla?

—Muy sencillamente: el general Zapiola lo empleo de escribiente en la capitanía del puerto, y la federación lo hizo comandante de aquélla.

—Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el señor Jimeno, ¿quién es?

—Ese es el señor general Mansilla.

—Uno de los más furiosos unitarios que ocupa-

ron una banca en el Congreso constituyente. ¿Ve usted ese otro personaje que se le acerca?

—Sí, ¿quién es?

—Torres, don Lorenzo Torres. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

—¿Por qué dice usted eso, señora?

—Porque Torres también fué unitario hasta mucho después de la revolución de Lavalle—contestó la señora de N... que parecía saber de memoria la biografía de todo el mundo.

—¿De suerte—dijo Amalia,—que hoy hay muchos federales que no lo han sido siempre?

—Cierto. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno—dijo la señora de N... señalando á un caballero de cuarenta años, poco más ó menos, de tez morena y ceño zonzo.

—Y ese caballero, ¿quién es?—preguntó Amalia.

—Ese es don Baldomero García, federal toda su vida; hombre de carácter más duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se da la mano con un excelente personaje de la actualidad. ¿Lo ve usted?

—Sí, pero no conozco á ese señor.

—¡Por Dios, que usted no conoce á nadie! Ese es Juan Manuel Larrazábal. ¡Dios me libre de creerlo, pero dicen que es un espía del señor gobernador!

—Voces de partido quizá—dijo Amalia, fijando sus ojos rápidamente en un hombre que hacía un rato la estaba contemplando con unas miradas transversales, pues que salían de dos ojos al sesgo.

—¿Y podrá usted decirme—preguntó Amalia á

la señora de N...—quién es aquel caballero que está haciendo molinete con un guante blanco y que se distingue por el tamaño exagerado de su divisa punzó?

—¡Cómo! ¿Pues que, no lee usted la *Gaceta?*

—¡La *Gaceta!*

—Sí, la *Gaceta Mercantil.*

—No la leo jamás, pero aun cuando así fuera...

—Si así fuera, habría comprendido usted que aquel caballero no podría ser otro que el redactor de la *Gaceta*. Se llama Nicolás Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1.° de diciembre de 1828 lo vi desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos á los revolucionarios. Después entró de oficial en el ministerio Guido, bajo la administración Viamonte. En 1833, escribió algunos mamarrachos en el *Clasificador*. Después escribió el *Restaurador de las Leyes*. En esa época ya no abrazaba sino á los federales. Ahora escribe la *Gaceta*, y abraza al diablo. ¡Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

—Sí, señora—contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la señora de N... una de aquellas intransigibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamás, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraban á las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacían en estar en ellas midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaba á sus ojos.

—¿Y, sabe usted una cosa?—continuó la señora de N...

—¿Qué cosa, señora?

—Que observo que Nicolás Mariño la mira á us-

ted demasiado, y que la mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle á una joven de la belleza de usted.

—Gracias, señora.

—Y, sobre todo, de sus principios, porque, ¿no es verdad que usted no haría á ese hombre el honor de recibirlo en su casa?

—Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraería otras nuevas—respondió Amalia esquivando dar una contestación directa.

— Y sobre todo la de este hombre—prosiguió la señora de N...—Y la mira, la mira á usted, no hay duda. ¡Oh, y es un honor! ¡El redactor de la *Gaceta!* ¡El comandante del ilustre cuerpo de serenos! Pero ¡vaya! al fin su esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

—¿Aquella señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del señor Mariño?

—Sí.

—¡Ah!

—¡Qué bailes!

—A propósito, me dice usted, señora, quiénes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimientò?

—¿Aquéllos? ¡Ah! el primero es el coronel Santa Coloma, carnicero á la vez que coronel.

—¿Sí?

—Carnicero de animales y de gente.

—Degenerado del oficio.

—El otro es el coronel Salomón, pulpero.

—¡Vaya, eso es menos malo!

—El otro es el comandante Maestre, forajido de profesión.

—Vamos, no falta sino que el otro pertenezca á tan nobles jerarquías.

—Pues no, señora, el otro es el general Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la República; pero, para manchar los galones de ese y de los que se le parecían, la federación moderna puso los galones militares en hombres como á los tres primeros.

—¿Sabe usted, señora,—dijo Amalia,—que, sin negar que son interesantes las biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaría más saber cuál de estas señoras es Manuelita, y cuál Agustina?

—Las dos están en este momento bailando en la otra sala; ¿le habrán dicho á usted que Agustina es una belleza?

—Cierto, esa es la opinión universal. ¿No es así la de usted?

—Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

—¿Lo que quiere decir?

—Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

—Ese no es un defecto, señora; ese es el color de las rosas—dijo á la señora de N...

—Usted lo ha dicho: es el color de las rosas.

—Pero, en fin, ¿es una linda mujer?

—No.

—¿No?

—Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono y demasiado frívola entre la gente de espíritu.

—Está visto—dijo Amalia para sí misma,—que esta señora es un tesoro en un baile; pero hay un gran riesgo en dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.

—Desgracia sería para usted, señora—dijo Amalia,—que Agustina supiese que tan mal trata usted su belleza, porque, en general, las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

—¡Bah! ¿Cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa gente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

—¿Por nosotras?

—Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas, es por nuestros hijos ó por nuestros maridos.

—Es expuesto, sin embargo.

—Ese es nuestro único desquite: que lo sepan; que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demás, el riesgo no es mucho. porque, ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

—¿Siempre?—preguntó Amalia con una sonrisa la más maliciosa del mundo.

—Siempre, como ahora mismo, por ejemplo—contestó la señora de N... con el mayor aplomo.

—Perdón, señora, yo no he tenido el honor de decir á usted cómo pienso.

—¡Qué gracia! ¡Si desde que se sentó usted á mi lado me lo está diciendo!

—¿Yo?

—Usted, sí, señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, no tienen, ni usan, ni visten, las damas de la federación actual. Es usted de las nuestras aunque no quiera.

—Gracias, señora, gracias—dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En este momento la señora de N... saludó cariñosamente á otra señora que tomaba asiento frente á ella.

—¿Sabe usted quién es aquélla?

—Ya he dicho á usted, señora, que no conozco á nadie.

—¡Válgame Dios!

—¿Y qué he de hacer, señora?

—Esa es la esposa del general Rolón: buen corazón, excelente amiga; pero las nuevas amistades á que la ha conducido la posición de su marido le han hecho perder el poco de buen tono que tenía, y convida á sus tertulias de invierno, anunciando, ¿qué le parece á usted que anuncia en las esquelas de invitación?

—Anunciará la hora y el día, supongo.

—Bien, ¿pero además de eso?

—¿Además? Si dice que es una tertulia, el día y la hora del recibimiento, no sé qué más...

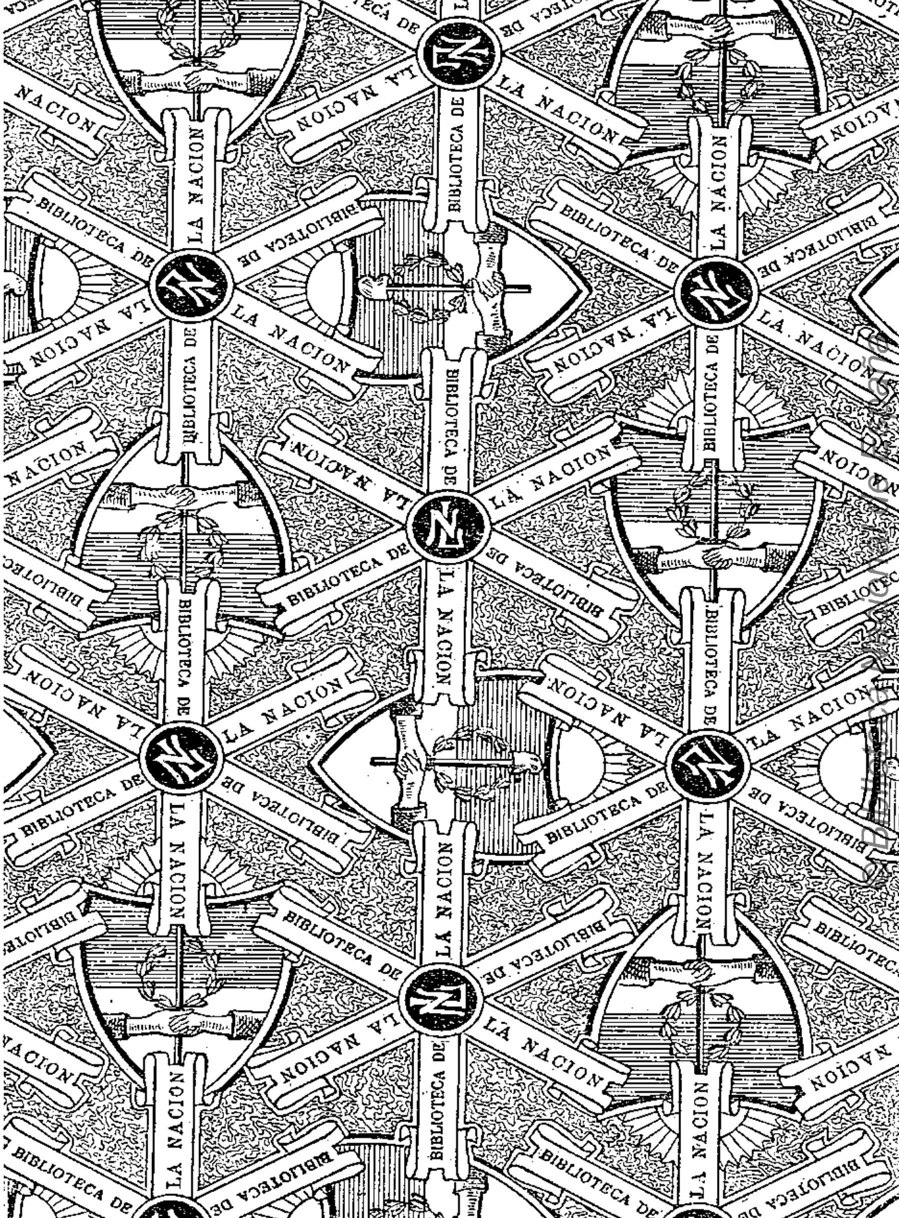
—Pues, bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡pobre Juana!

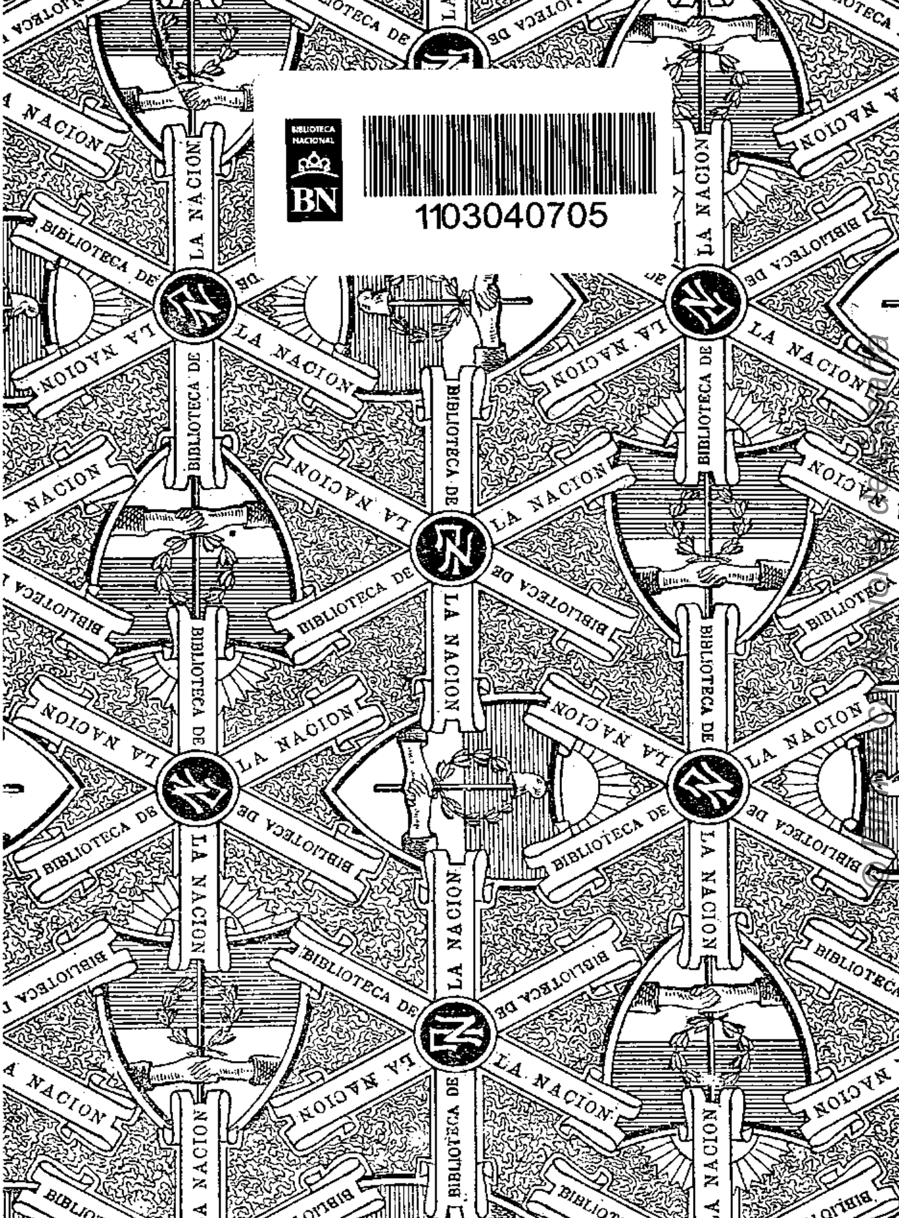
Amalia no pudo menos que soltar la risa con menos conveniencia de la que requería el lugar en que se encontraba; y á tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos: acababa de descubrir á Daniel en la puerta del salón. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigía á su prima, después de haber divisado á su Florencia paseando en los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero antes de que los primos y los amantes

cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vayamos un momento á recoger los pormenores de otra escena bien diferente, en otra parte, en nada parecida á la que dejamos; y, del brazo con el lector, hagamos también lo posible para volver pronto á los salones de nuestro viejo fuerte.

FIN DEL TOMO PRIMERO


BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA DE LA NACION
BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1103040705